

# CRISTIANDAD

Año LVIII - Núms. 843-844  
Septiembre - Octubre 2001

Edita  
Fundació Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacció y Administració  
Duran i Bas, 9, 2º  
Tel. y Fax 93 317 47 33  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@eic.ictnet.es](mailto:regnat@eic.ictnet.es)

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



Paz y Reino  
de Cristo

El 11 de  
Septiembre  
y la teología  
de la historia

Sumario: pág. 2

## «BUSCÁBAMOS LA CURACIÓN Y HE AQUÍ EL TERROR»

(Jeremías 8,15)

## Sumario

Crónica de un atentado que cambió nuestro mundo. <i>Jorge Soley Climent</i>	3
Mis recuerdos del padre Orlandis. Acerca de su «pesimismo». <i>Francisco Canals Vidal</i>	29
La condenación de Babilonia la Grande (del libro del Apocalipsis, de san Juan)	34
Laicismo y paz social <i>José M<sup>a</sup> Petit Sullá</i>	36
La transformación del mundo en Reino de Dios <i>Pedro Pablo Silva, OSB.</i>	39
«Baal». La ciudad vista por Dostoyevski	41
Ciudad y decadencia. La ciudad vista por Spengler	42
«De Babilonia a Brasilia». La ciudad vista por Schneider	45
El símbolo de la riqueza insuperable. La ciudad vista por Lapierre y Collins	47
La paz en la tierra. Juan XXIII	50
Pequeñas lecciones de historia. Montfort y el seminario de San Sulpicio <i>Gerardo Manresa</i>	51
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	51
Orientaciones bibliográficas, <i>Gregorio Peña</i>	54
De otras fuentes: Una mirada actual a los signos del retorno de Cristo <i>Federico Mihura Seeber</i>	56
Cristiandad hace cincuenta años, <i>J. M<sup>a</sup> P. S.</i>	61
Contraportada. ¿Y si la respuesta es Dios?	64

## RAZÓN DEL NÚMERO

### Paz y Reino de Cristo

El ejemplar de la revista que el lector tiene en sus manos reúne un contenido singular. CRISTIANDAD, se ha dicho en alguna ocasión, no es una revista de «actualidades», sino que pretende en sus páginas hacerse eco y ser pregón insistente de lo que es permanente actualidad. Sin embargo, casi la totalidad del presente número está relacionado con un hecho de acuciante actualidad: los sucesos acaecidos en el último 11 de septiembre; y hemos querido reflexionar sobre ellos a luz de la teología de la historia siguiendo las enseñanzas de nuestro maestro el padre Ramón Orlandis.

Durante estas últimas semanas se han podido oír y leer comentarios muy diversos que, como podrán comprobar en este número, nos invitan a reflexionar sobre los trágicos sucesos a los que venimos refiriéndonos. Después del 11 de septiembre se ha dicho desde instancias muy diversas que la humanidad del siglo XXI estará amenazada constantemente por el peligro de la guerra. Son muchas las circunstancias mundiales que hacen prever la precariedad de una posible paz, que viviremos en un ambiente de temor, perplejidad, incertidumbre y, sobre todo, de inseguridad. Ante el odio terrorista muchas preguntas han quedado sin respuesta y pretendidas seguridades han sido cuestionadas; parece que han desaparecido los motivos de tranquilidad, las expectativas de paz y de crecido bienestar que se afirmaban como metas fácilmente realizables.

Ante esta realidad es necesario recordar la enseñanza de la Iglesia, tantas veces reiterada en el magisterio de los Papas, desde Pío IX hasta la actualidad. No es posible la paz en un mundo que se ha enorgullecido de estar fundado en el laicismo más absoluto, en la negación pública de Dios como principio y fin de todo lo creado, que rechaza toda soberanía que no se funde en la exclusiva voluntad humana. Por todo ello, en este mundo postcristiano resuenan con urgente actualidad las palabras de Pío XI: sólo es posible la paz de Cristo en el Reino de Cristo.

Finalmente, queremos recordar la importancia de interpretar los signos de los tiempos como manifestación de los planes de Dios sobre la historia de los hombres. Ante las tragedias que acabamos de vivir no hay que olvidar que en la Providencia «permisiva» de Dios también debemos descubrir sus proyectos de amor y misericordia. En estos momentos de turbación social y política, no que hay que confiar en falsas seguridades que ya han demostrado hasta la saciedad su inutilidad y engaño; es el momento de repetir confiada y esperanzadamente la plegaria que la liturgia pone en nuestros labios: Ven Señor Jesús.

11 DE SEPTIEMBRE DE 2001

## Crónica del atentado que cambió nuestro mundo

JORGE SOLEY CLIMENT

Los atentados del 11 de septiembre han hecho correr ríos de tinta. Entre tantas palabras hemos intentado rescatar del olvido aquellas que consideramos más valiosas. Aquí presentamos, pues, una «retahíla de recortes» que nos pueden ayudar a formarnos un criterio ante un acontecimiento de tamaño magnitud.

### Los atentados que sobrecogieron al mundo

En Estados Unidos se acostumbraba a decir que todo el mundo recordaba dónde se encontraba el día que mataron al presidente Kennedy. Lo mismo podrá decirse, pero para todos los habitantes del planeta, de los atentados del pasado 11 de septiembre sobre las Torres Gemelas y el Pentágono. La sorpresa, la incredulidad, la conciencia de la magnitud del suceso, fueron generales. Pete Hamill, desde las páginas de *Letras Libres*, nos deja este testimonio, en primera persona, de la devastación y el terror vividos ese día, que por su inmediatez pueden ayudarnos a hacernos una idea real de lo ocurrido:

«Cuando volvimos a levantar la vista, el fuego y el humo pasaron de ser un espectáculo espectral a específico horror humano. Eran las 9.40. De la fachada norte de la torre sur, justamente abajo del piso que vomitaba flamas anaranjadas, un ser humano salió volando en el aire...

»Después, sobre nosotros, a las 9.55, la primera de las torres comenzó a colapsarse. Escuchamos crujidos, ruidos secos, pequeñas explosiones, y entonces las paredes se abombaron hacia afuera y escuchamos un sonido como de avalancha, y se vino abajo...

»La calle ante nosotros es ahora un yermo gris pálido. Hay polvo en la calle y en la banqueta, polvo en los techos de los coches y polvo en las lápidas de la iglesia de San Pablo. El polvo cubre a todos los seres humanos que pasan, policías y civiles, blancos y negros, hombres y mujeres. Es como una asamblea de fantasmas. A la derecha, la nube de polvo aún crece y se desinfla, ondulando de manera siniestra, abultándose y un instante después cayendo en sí misma. La torre ha desaparecido.

»Comienzo a correr rumbo a Broadway, a través de una gruesa capa de polvo. Park Row está blanco. City Hall Park está blanco. Hay hojas de papel por todos lados, pedidos, facturas, órdenes de compra, el confeti pulveri-

zado del capitalismo. Suenan las sirenas, aúllan los cláxones.

»Le pregunto a un policía si hay un centro de emergencias.

»«Sí —dice—, en todos lados».

»Después estamos todos caminando hacia el norte, arroyos de neoyorquinos, miles de nosotros, con pañuelos sobre los rostros, tosiendo, algunos llorando. Muchos buscan a amigos, esposos o esposas.

»Al sur de Canal Street se han evacuado los edificios, no hay teléfonos ni electricidad y el aire está turbio de humo pútrido y polvo.»

### Bienvenidos al nuevo mundo del siglo XXI

El escritor Claudio Magris ha escrito en las páginas del *Corriere della Sera* que «enseguida, en cuanto llegaron las primeras noticias y las primeras imágenes de la destrucción, junto a la incredulidad y el horror se adueñó de nosotros un sentimiento: el sentimiento de que nuestra vida ha cambiado y está cambiando». Bienvenidos, pues, a un nuevo mundo, más inhóspito, cruel e inseguro que aquel en el que ya nos habíamos acostumbrado a vivir. Si, como dijo Clausewitz, «una vez abatidas las barreras de lo posible es extremadamente difícil volver a colocarlas», el ataque perpetrado rompe los límites de lo posible hasta ahora y nos empuja a una nueva situación.

En su carta al presidente Bush publicada en *Le Figaro*, Jean D'Ormesson se pregunta: «¿Qué es lo que ha cambiado en unas pocas horas? Casi todo. El comunismo es algo obsoleto, Estados Unidos ya no es invencible, la paz ya no está asegurada, la guerra ha vuelto pero no se libra contra nadie, el terrorismo es una gran potencia y la democracia ya no está segura de ser el futuro del mundo. Aspectos enteros de nuestra vida son arrojados al recuerdo».

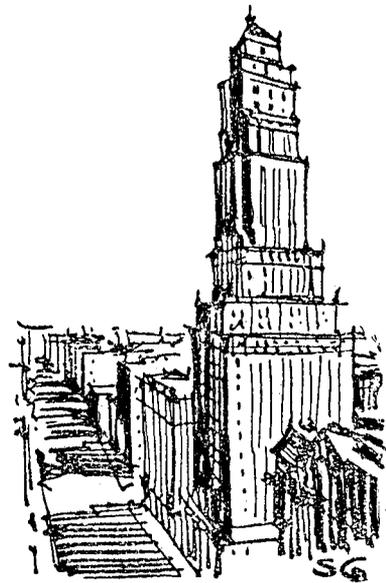
No resulta exagerado, pues, afirmar, con el escritor y periodista escocés Timothy Garton Ash que, «si la caída del Muro fue el auténtico final del siglo xx, hay razones para afirmar que la demolición del World Trade Center fue el comienzo del xxi». Insiste en la misma idea Emilio Lamo de Espinosa al sostener que «nuestro mundo ya no volverá a ser el mismo, pues el desplome de las dos majestuosas y orgullosas torres del Centro del Comercio Mundial es un hito que marca una nueva etapa, quizás incluso abriendo simbólicamente el siglo xxi, al igual que otra caída arquitectónica, también espectacular y televisada, la del muro de Berlín, marcó el fin del siglo xx. Y lo que veíamos desmoronarse al tiempo que, atónitos, se desmoronaban como un castillo de naipes esas obras de ingeniería y vanidad humana, era la confianza, la confianza en el orden seguro de las cosas, la confianza en el poder, la confianza en la inteligencia del Imperio, desarmado, incapaz, herido, desorientado durante varias horas».

Tras la conmoción, la reflexión. Hay que intentar comprender un acontecimiento que, en palabras de Jean D'Ormesson, «al igual que el descubrimiento de América o la conquista de la Luna, reúne dos de los elementos más chocantes de todo acontecimiento histórico: la repentina sorpresa que golpea como un trueno y el carácter previsible oculto que sólo aparece a la larga».

No es de extrañar pues que algunas de las palabras que más se han repetido hayan sido *vulnerabilidad* y *fin de la inocencia norteamericana*. El antiguo consejero de Kennedy Arthur Schlesinger refleja este nuevo sentimiento cuando escribe que «el atentado mató a miles de civiles estadounidenses que se ocupaban inocentemente de sus asuntos en las ciudades de Nueva York y Washington en un espléndido día de septiembre. Causó la evacuación de la mitad sur de Manhattan y aisló la ciudad de la tierra firme. Alcanzó la ciudadela de los jefes militares estadounidenses. Hizo que todo el país se paralizase casi por completo. Cerró aeropuertos, interrumpió el servicio telefónico, hizo detenerse a los trenes. Violó el concepto que la nación tenía de sí misma y produjo una sensación de vulnerabilidad antes desconocida para la mayoría de los estadounidenses».

### El fin de la inocencia

Estados Unidos no volverán a ser los mismos, sostiene John Carlin, para quien «el asombroso descubrimiento ha sacudido la sensación de mastodónica invulnerabilidad de los americanos, les ha mostrado que el mundo era un lugar más peligroso y complejo de lo que imaginaban, ha introducido en su psique colectiva una sensación de precariedad y un elemento de miedo que antes no existían. Por eso no hace falta ser historiador ni astrólogo para predecir que los increíbles acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 marcarán un antes y un después en la vida americana. Ni la política estadounidense, ni la visión que



*Park Avenue. Nueva York*

tienen del resto del mundo y cómo relacionarse con él, ni sus actitudes y valores, volverán a ser jamás los mismos».

El fin de la inocencia estadounidense viene dado, pues, por su trágica incorporación al resto de las naciones, a expensas siempre de una agresión. Continúa John Carlin recordando que «hasta el presente, a diferencia de casi todos los demás países del mundo, Estados Unidos no ha tenido que preocuparse por su supervivencia. Los norteamericanos han sido un pueblo en busca de nuevas fronteras que atravesar, optimistas natos, más ignorantes que el resto del planeta –hasta ahora– de la tragedia de la vida, las inevitables limitaciones que sufre el empeño humano».

John Howard, Senior Fellow de la revista *First Things*, lo ha expresado con claridad: «La edad de la inocencia de América ha sido quebrada. La cómoda seguridad, consecuencia de los dos océanos y de nuestra poderosísima fuerza militar, ha demostrado ser un frágil escudo, incapaz de aislarnos de la masacre. Nosotros, también, nos encontramos ahora en una situación en la que el miedo y la incertidumbre se han convertido en elementos de la vida cotidiana».

Y es que, de hecho, estamos ante una novedad en la historia norteamericana plena de consecuencias. Como señala Timothy Garton Ash, «con el ataque externo más importante al corazón de la patria estadounidense desde que las fuerzas británicas incendiaron Washington en 1814, aquellos cimientos paradójicamente sólidos se verán sacudidos». Una idea de la magnitud de este ataque la dan las siguientes cifras: en la Revolución americana hubo 4.435 caídos, en Pearl Harbour 2.388; el Día-D 4.900; en la ofensiva del Tet, durante la guerra del Vietnam, 7.040.

Nunca en la historia un ataque terrorista había producido un número tan elevado de víctimas mortales. Otros

aspectos singulares, señalados por Cristiana Vivencio en *Ideazione*, son «las nacionalidades de las víctimas, al menos 47; los bomberos muertos en acto de servicio, más de trescientos. Por primera vez en la historia se han utilizado aviones de línea para cometer un atentado. Por primera vez un edificio de más de cien plantas ha sido abatido. Por primera vez los medios de comunicación han retransmitido las imágenes del ataque en directo».

Pero aunque las consecuencias más inmediatas y relevantes van a afectar a Estados Unidos, no se van a limitar al coloso norteamericano. Como escribe Vincenzo Cerami, «las contradicciones que durante tanto tiempo habíamos intentado ignorar han ido creciendo en violencia. La aparente alegría consumista a la que hemos dedicado nuestra vida ha llegado al momento de pasar cuentas. El mundo en que vivíamos escondía una insidia, que ahora ha tomado el rostro de un terrorismo hasta ahora desconocido, dotado de recursos tecnológicos y financieros inimaginables en el pasado. Se repite continuamente que el 11 de septiembre ha sido violado el tabú de la intangibilidad norteamericana, pero en realidad es todo Occidente el que se ha descubierto expuesto y vulnerable».

### ¿Pearl Harbour o Sarajevo?

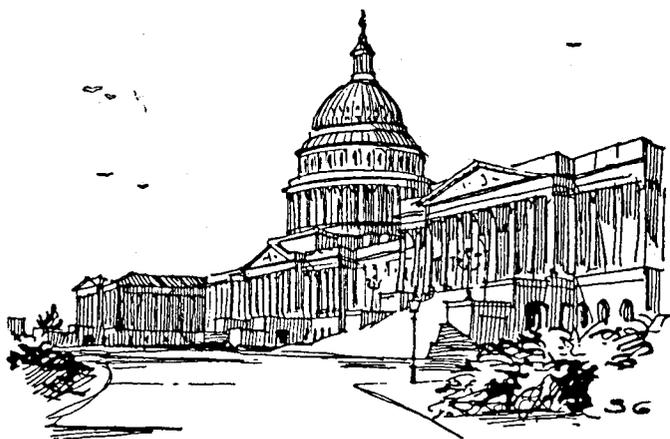
Una imagen vino enseguida a la mente de muchos analistas: Pearl Harbour, el ataque sorpresa (aunque ahora parece que no lo fue tanto) japonés que desencadenaría la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Las semejanzas con los atentados del 11-S son evidentes... las diferencias también. Gabriel Jackson fue una de las primeras voces en establecer el paralelismo: «Creo que la comparación con Pearl Harbour es apropiada en al menos dos puntos. El 7 de diciembre de 1941 y el 11 de septiembre del 2001 se produjo naturalmente una conmoción traumática similar en la población acostumbrada a sentirse completamente protegida por los océanos Atlántico

y Pacífico y por la superioridad tecnológica de la economía americana y de sus fuerzas armadas; y en ambas ocasiones hay un sentimiento moral de ultraje a través de un acto de guerra no declarada, con el intento de desorganizar y desmoralizar a la población civil, pillada completamente por sorpresa».

Un análisis más exhaustivo de la historia norteamericana evidencia, sin embargo, diferencias cruciales. Como indica Miguel Ángel Bastenier, «desde 1812 no se había producido un acto de agresión extranjera en el territorio continental norteamericano. En aquella fecha estallaba una breve contienda con la antigua potencia colonial, en la que los casacas rojas incendiaron Washington, que sólo era un poblacho, y el general y futuro presidente Andrew Jackson defendió con éxito Nueva Orleans de los británicos. Los japoneses perpetraron Pearl Harbour en 1941, pero Hawai era un territorio insular que no había alcanzado la condición de Estado, y los asiáticos nunca pudieron llevar el combate a tierra firme. Por eso, y porque el crimen del World Trade Center es todo un acto de guerra, cabe que sea el precursor de un conflicto de dimensiones planetarias que puede informar el tipo de enfrentamiento más propio del siglo XXI».

Thomas Fleming, editor de la revista norteamericana *Chronicles*, señala otro paralelismo, que en cierto modo tiene más fundamento: «El 11 de septiembre de 2001 no pretendió ser como el ataque a Pearl Harbour. No, si queremos encontrar un paralelo, no será el 7 de diciembre de 1941, sino el 28 de junio de 1914, cuando los nacionalistas serbios asesinaron al Archiduque de Austria en Sarajevo. El efecto inmediato fue el de decidir a Austria de que ya era hora de controlar los Balcanes. En unos días, las alianzas de Serbia con Rusia y Francia, y de Austria con Alemania se concretaron. La guerra más terrible del siglo XX fue su resultado». De la misma opinión es Laurent Larcher, quien escribía en la francesa *Decryptage* que «hemos vivido la semana pasada nuestro atentado de Sarajevo... el extraño paralelismo continúa. Este jueves por la noche, George W. Bush ha lanzado un ultimátum incondicional al régimen talibán. El 23 de julio de 1914, Austria-Hungría, después de haberse asegurado el apoyo de Alemania, lanzó un ultimátum incondicional a Serbia. Entonces, también, se trataba de luchar contra un núcleo terrorista, la «Mano negra». El régimen de Kabul, sostenido bajo mano por Pakistán, temporiza, rechaza las condiciones americanas y se prepara para la guerra santa. El engranaje, debido al juego de alianzas claramente establecido, era previsible en 1914. Hoy en día nadie puede prever los efectos de las decisiones tomadas por la administración Bush y sus aliados».

En Pearl Harbour todo estaba claro, ahora la situación es como mínimo borrosa. «Franklin D. Roosevelt no tuvo problemas para decidir su respuesta al ataque aeronaval contra la base de Pearl Harbour. Las cosas no son tan fáciles para Bush en esta primera guerra internacional del tercer milenio», comenta Javier Valenzuela desde El Cairo.



*El Capitolio. Washington*

## LA CAÍDA DEL IMPERIO

Cuando se habla, como hace Virgilio Ilari, de «la primera guerra de la era imperial americana», la tentación de comparar el Imperio norteamericano y su pax universal con el Imperio romano y su pax romana es fuerte. Robert Harris, en el *Daily Telegraph*, ha caído en ella en un artículo titulado «La sombra de Roma pende sobre Washington». En él se afirma lo siguiente:

«El que el Imperio romano pudiera quebrarse probablemente le habría parecido inconcebible a un rico “homo novus” —llamémosle Lupus— que disfrutara del ocio en su villa de la bahía de Nápoles. Al fin y al cabo, el latín era el idioma universal. La gran amenaza militar del Este —el imperio de los partos— se había desvanecido. Roma controlaba la economía global. La sociedad romana estaba abierta para los extranjeros con talento, hasta el punto de que era posible para un esclavo ambicioso conseguir que sus hijos fueran ciudadanos de pleno derecho. ¿Dónde había una nube en el horizonte?

»Se nos ha recordado, de la forma más gráfica y horrible, que ninguna civilización está nunca a salvo, que la historia no termina, que las afirmaciones de “superioridad en todas las materias” son ilusorias, y que todos los imperios —puede que incluso éste— tienen que caer al final.

»Pero por primera vez desde el final de la Guerra Fría, uno tiene la incómoda sensación de que el futuro no está tan asentado ni es tan monolítico como antes parecía ser y que el imperio estadounidense puede seguir un día el mismo camino que el romano.

»El derrumbamiento del World Trade Center marcará con toda seguridad el final de la era Antonina de la hegemonía estadounidense y el comienzo de tiempos más oscuros e inciertos».

### El espectáculo de la muerte en directo y por televisión

Y de la Antigüedad a la Ultramodernidad. Hace tiempo que se viene señalando que hemos entrado de pleno en la sociedad del espectáculo, donde sólo existe lo que aparece en la televisión y en formato «espectacular». Esta primacía de lo espectacular llevó a Marshall McLuhan a decir que «sin comunicación no habría terrorismo». Han sido muchos los analistas que han señalado que este proceso ha llegado a su culminación con los atentados del 11-S. Enrique Gil Calvo ha escrito que «El dramatismo que ayer tarde destilaban los televisores convertía las películas norteamericanas de ciencia-ficción patrioter, tipo *Independence Day* (esa ridícula adaptación de *La Guerra de los Mundos*, de H. G. Wells), en patética fantasmagoría de cartón piedra. Pues ahora no se trata de ninguna fantasía pueril en tanto que heroica, sino de terror puro y duro, sólo que a escala planetaria. Ahora los agresores no son

alienígenas desalmados, sino nuestros semejantes, conciudadanos aunque adversarios, que conviven frente a nosotros compartiendo el mismo planeta. Y ahora no hay héroes cinematográficos que puedan salvarnos, ni pompa mayestática de la Casa Blanca que pueda rearmar la moral recuperando la dignidad, sino sólo un ingente caos absurdo, digno de la pluma de Shakespeare: un cuento mediático narrado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que carece por completo de significado».

Y Lamo de Espinosa ha recalcado la naturaleza espectacular de los actos terroristas, con sus reglas propias: «Un espectáculo dantesco y gigantesco que pretende (y consigue) impactarnos, palabra clave en este contexto. Pues, ¿cuántos “impactos”, ahora en términos de marketing televisivo, obtuvieron los terroristas a partir de sólo tres impactos físicos? ¿Qué mayor operación de publicidad? ¿Cuántos miles de millones de telespectadores? Sólo faltaba que lo hubieran anunciado previamente para así poder vender la publicidad prime time. Sin la televisión no hay impacto y sin impacto publicitario no hay terrorismo. Es una guerra terrorista diseñada y preparada para la sociedad virtual, la contrapartida de la Guerra del Golfo. Su objetivo último no son ni las torres ni el Pentágono, sino los millones de telespectadores; su objetivo somos nosotros, fascinados y aterrados ante la pantalla del televisor. Qué es lo que nos quieren transmitir no es fácil de identificar, pero en todo caso sí dicen: aquí estoy yo. Un mensaje narcisista de autoafirmación delirante».

### ... que oculta la realidad de la muerte

Pero tras el espectáculo mediático subyace la realidad, esa terca realidad. Uno de los colaboradores del director de cine Roberto Benigni narra en *Avvenire* cómo vivió los atentados el director norteamericano Jim Jarmusch: «En el momento del ataque Jim no estaba en casa, pero sí estaba su mujer. Lo vio todo, todo lo que los periódicos y las televisiones no han querido mostrar: cabezas que volaban, cuerpos quemados, mutilaciones horribles, como en una representación del infierno. Desde el 11 de septiembre no consigo dormir. No creo que se recupere hasta dentro de un tiempo».

Román Gubern, por su parte, ha señalado cómo se nos ha vuelto a ocultar la realidad de los cuerpos destrozados en aras de una repetición interminable de un impacto que parece un brindis a Hollywood: «el complemento del terrorismo global es la televisión en directo, que nos permite participar sin riesgo en el espectáculo público de la muerte y la violencia. En Occidente la muerte se ha convertido en espectáculo ambivalente y fue su presencia reiterada en las telepantallas la que provocó el hartazgo de la opinión pública norteamericana acerca de la guerra de Vietnam y

obligó a sus políticos a cancelarla. Por eso la censura militar impidió que la muerte apareciera en las imágenes de la guerra del Golfo, guerra aséptica por antonomasia, servida por precisas «bombas inteligentes» y con sus bombardeos nocturnos mostrados como candelas encendidas en un árbol navideño. Con la catástrofe de Manhattan hemos vuelto de nuevo a esta censura, pues en nuestras pantallas no han aparecido cadáveres. Aparentemente, los aviones bomba eran armas destructivas, pero no asesinas. Y, por eso, el pánico provocado en las masas despavoridas parecía el susto engañoso de los radioyentes de Orson Welles en 1938».

El psiquiatra Eugenio Borgna, en una entrevista en *Avvenire*, realizaba una clarividente reflexión acerca de las dificultades de nuestra cultura para asumir la muerte: «Desde hace tiempo, la cultura en la que vivimos busca eliminar la muerte. Sobre todo, se oculta el significado de la muerte. El énfasis actual sobre la eutanasia se concentra sólo sobre cómo se muere y evita afrontar el problema del sentido del morir. Esta muerte olvidada, el 11 de septiembre se detuvo ante nosotros como un muro infranqueable. Nos hemos despertado bruscamente de nuestro sopor y devueltos a la angustia, al sufrimiento, a la solidaridad con nuestro prójimo. Ha sido retomada brutalmente la pregunta dramática sobre el sentido de nuestro vivir; y sin, para muchos, el consuelo de una fe que nos salva del horror.

Nos hemos despertado de un sueño, pero también de una sorda angustia, de un miedo sin objeto definido que desde hace años se difunde y ha llegado a ser un fenómeno social. Porque la muerte que habíamos expulsado no desaparecía, sino que se representaba de manera subterránea. Una muerte camaleónica, camuflada, pero aún más incandescente en el fondo de nuestra alma. El “Apocalipsis” de Nueva York, cargado de la fuerza de ser un suceso inesperado y que como un fin del mundo produjo una muerte colectiva, ha rasgado el velo del fondo secreto de nuestra alma».

### ¿Por qué nos odian?

Ante tanta muerte y desolación es humano que las víctimas intenten encontrar una motivación al sinsentido terrorista. El Padre Neuhaus lo expresa en su revista, *First Things*, y al mismo tiempo da una respuesta cargada de consecuencias: «mirando la televisión durante aquel día, la pregunta que aparecía recurrentemente era: ¿por qué nos odian tanto? Y la respuesta era, en una sola palabra, Israel».

El propio presidente Bush, en su histórico discurso ante el Congreso después de los atentados, se hacía eco de la misma inquietud, dando otra respuesta, más acorde con la visión utópica que los Estados Unidos tienen de sí mismos: «Los estadounidenses se están preguntando: ¿Por qué nos odian? Ellos odian lo que ven aquí en esta cámara: un

gobierno democráticamente electo. Sus líderes son nombrados por ellos mismos. Ellos nos odian por nuestras libertades: nuestra libertad de religión, nuestra libertad de expresión, nuestra libertad de votar y congregarnos y de estar en desacuerdo entre nosotros». Con ciertas dosis de escepticismo, Norman Birnbaum caricaturiza esta postura cuando escribe: «Fuimos atacados por ser tan buenos y generosos, además de tan ricos y poderosos».

### Dios bendiga a América

La confluencia de puritanismo protestante e iluminismo filosófico que han conformado el carácter norteamericano se han puesto de relieve también estos días. Escribe John Carlin que «la guerra que nos espera, declaró Bush, consiste en “una lucha monumental entre el bien y el mal”. Lo cual corresponde a lo que el escritor norteamericano Seymour Martin Lipsett califica, en su libro *American Exceptionalism*, como la vena “moralista utópica” del carácter estadounidense, su “necesidad de definir su papel en un conflicto diciendo que están en el bando de Dios contra Satán”». Es lo que Drew Forrest en el *Mail & Guardian* ha definido como «la idea de que el mundo está dividido entre los elegidos por Dios y los espiritualmente condenados» (huelga decir quién detenta cada papel).

Esta visión no es nueva, y tal y como señala Laurent Larcher en *Decryptage*, está repleta de ambigüedades: «nos reencontramos con el acento del presidente Wilson que en 1917 ya lanzó una “cruzada por la democracia” contra la barbarie de los hunos, o bien con el de Eisenhower que tituló sus memorias de guerra “Cruzada en Europa”. Pero se trata de una cruzada sin cruz. El enemigo no es el Islam, repite el presidente americano. Esta “America’s New War” (para retomar el título de la CNN) es una guerra contra el terrorismo (“Guerra contra el terror”, titula también la CNN). De acuerdo, tras el término *terrorismo* todo el mundo piensa en islamismo, pero para evitar caer en la trampa de una guerra de religión hay que utilizar una semántica más neutra, incluso a veces ambigua».

George Bush, en su intervención del 21 de septiembre ante el Congreso, siguió fiel a esta conciencia de pueblo elegido: «Todo Estados Unidos se sintió emocionado la noche de la tragedia cuando vieron a demócratas y republicanos unidos en las escalinatas de este Capitolio cantando “Dios bendiga a Estados Unidos”».

### América, la corruptora

En el otro extremo están todos aquellos para quienes Estados Unidos es la fuente de toda corrupción. Y en primer lugar, evidentemente, los militantes islamistas. El propio Bin Laden se refiere en sus escritos a Bush como «el jefe internacional de los infieles, el símbolo moderno del paganismo mundial».

Pero también desde el interior de los propios Estados Unidos se han alzado voces en este sentido. Es el caso de la polémica editorial del *The Free Lance-Star*, de la que entresacamos algunos de los párrafos más significativos: «A muchos de los que vieron los aviones estrellarse contra el Centro del Comercio Mundial les parecía que estaban viendo una película, pero esta vez ni Bruce Willis ni George Clooney estaban allí para salvarnos de las consecuencias de nuestro “way of life” [modo de vida]. Al contrario, los hechos más significativos quedaron oscurecidos por una enorme nube de humo mediático levantada en cuanto los edificios se desmoronaron.

»Parte del humo que todavía permanecía en el ambiente horas después era la columna de George Will, muy en la línea que puede servir como la explicación oficial del régimen sobre los sucesos del día anterior.

»“Los americanos –ha escrito Will–, son objetivos a causa de sus virtudes –principalmente su democracia y su lealtad hacia aquellas naciones que, como Israel, son avanzadillas de nuestras virtudes en un mundo aún peligroso”. Will, evidentemente, considera nuestra política internacional como una implementación de nuestras “virtudes”.

»Si es así, está usando la palabra “virtud” en un sentido altamente idiosincrático, ya que virtud en este caso significaría, para sólo citar algunos casos recientes, (1) esterilizar por la fuerza a 300.000 mujeres peruanas a cargo de los impuestos norteamericanos, (2) mantener un embargo económico sobre Irak que está causando muertes generalizadas y sufrimientos entre civiles inocentes, (3) matar indiscriminadamente a civiles serbios durante la guerra de Kosovo y (4) apoyar tácitamente la reciente política israelí de asesinar a los dirigentes palestinos.

»Con virtudes como estas, el país no tiene necesidad de vicios...

»... Lo que se echa de menos en las actuales discusiones es la indicación de que la base real de nuestra política exterior en estos momentos no es la virtud sino la hegemonía global basada en una desestabilización programada de la moral, una política que crea monstruos que se revuelven para atacar, sino destruir, a aquellos que los han creado».

Hablando con toda la libertad que otorga el ser norteamericano, Craig Stuart se permite escribir que «este horrible acontecimiento parece como un torrente que cae de repente sobre toda esta moda del libertinaje, fruto de la insaciabilidad de un capitalismo depredador y presuntuoso y de un nihilismo modernista donde el exceso sexual es una perpetua carrera de vértigo orgiástico y de autoburla cínica».

Esta denuncia, no por minoritaria, ha dejado de oírse incluso en los ámbitos más cercanos al poder norteamericano. Así, el *New York Times* se hacía eco de la siguiente acusación: «Los predicadores televisivos Jerry Falwell y Pat Robertson, dos de las voces más prominentes de la derecha religiosa, culparon en parte a los grupos de liber-

tades civiles, feministas, homosexuales y pro aborto por los ataques “por haber vuelto la ira de Dios hacia América”». Ante tal devastación, tan fulminante como inesperada y en un lugar tan simbólico, parece evidente que, como en todo momento histórico pero de un modo más claro, Dios se dirige al hombre. Es lo que señala Eugenio Borgni en el diario de la Conferencia Episcopal Italiana, *Avvenire*: «Esas dos torres altísimas, el vértice de la creatividad tecnológica, el símbolo de un progreso que es problemático, devorado por el fuego. Esta tragedia ha tenido subterráneamente, en el fondo de nosotros, el sabor de un castigo, de un castigo no racionalmente sino oscuramente temido».

### El simbolismo de los objetivos

Los objetivos escogidos por los terroristas (las Torres Gemelas del Centro del Comercio Mundial de Nueva York y el Pentágono de Washington) no podían estar más cargados de simbolismo. Su elección demuestra el conocimiento que tienen de los Estados Unidos, lo que les ha llevado a golpear precisamente donde más impacto emocional existe, y su capacidad para lanzar un mensaje nada ambiguo. Como escribe Craig Stuart, «Nueva York en llamas, el Pentágono desgarrado, los empleados del hipercapitalismo volando en el vacío, aplastados en el acero o cubiertos de cenizas, el presidente de los Estados Unidos obligado a esconderse en un búnker bajo tierra, América llorando y rezando... Estas imágenes quedarán grabadas en la historia del nuevo siglo».

El objetivo de los terroristas era, pues, agredir y humillar a Estados Unidos donde más duele: en su propio territorio y atentando sobre los símbolos más representativos de su poder. Para el periódico iraquí *Al-Irak*, «son el prestigio, la arrogancia y las instituciones de América las que arden». «He aquí América golpeada por Alá en su punto más vulnerable, destruidos gracias a Dios sus edificios más prestigiosos», añadió Osama Bin Laden al referirse a los atentados en su alocución televisiva.

Existe consenso acerca de dicha importancia simbólica: la lectura es idéntica tanto si procede del área islámica como si es hecha en Occidente. Samuel P. Huntington, el famoso teorizador del «choque de civilizaciones», respondía de esta manera a las preguntas de un entrevistador:

P. ¿A qué blanco apuntaba el terror?

R. A los símbolos de Estados Unidos: el World Trade Center, como símbolo del capitalismo, y el Pentágono, como símbolo del poderío militar estadounidense.

P. ¿Qué atacaron los terroristas, un país o una cultura?

R. Ambas cosas. Ven Estados Unidos como la encarnación de una civilización occidental odiosa y, al mismo tiempo, como el país más poderoso de la Tierra.

Srdja Trifkovic, director del Center for International Affairs, incidía a su vez en el carácter único de la destrucción de las Torres Gemelas: «El horror en Nueva York era

literalmente imponente. El Pentágono en llamas era en comparación casi un espectáculo, horrible y letal, pero familiar: hemos visto escenas similares en Beirut, Belfast, Bagdad o Belgrado. El Centro del Comercio Mundial era de un orden diferente de magnitud. El *Titanic* viene a la mente: una tragedia épica cargada de simbolismo».

Por el contrario, para Emilio Lamo de Espinosa, el ataque al Pentágono, aunque menos espectacular, es más humillante: «Lo importante es que, sea quien sea su autor, la víctima herida y golpeada es el corazón del poder mundial, que muestra así su vulnerabilidad. Pues si los dos impactos sobre las torres son la parte espectacular, un brindis a Hollywood, el impacto sobre el Pentágono es la humillación de la fuerza e inteligencia del Imperio. Ya nadie puede estar seguro y ni siquiera el escudo antimisiles de Bush garantiza nada».

Dejamos a criterio de cada uno la prioridad entre uno u otro edificio; lo que es indudable es que la combinación de ambos resultan un cóctel de intensidad insuperable.

En cualquier caso, está fuera de duda que la imagen que tienen de sí mismos los norteamericanos (lo que hoy llamaríamos la autoestima) ha quedado seriamente afectada.

En palabras de John Carlin, «Los devastadores ataques terroristas del martes en las capitales política y financiera de Estados Unidos, completamente inesperados y de una crueldad indescriptible, pero brillantemente coreografiados, contra los dos símbolos más significativos del poder económico y militar norteamericano, el World Trade Center y el Pentágono, han hecho que también se estrellen contra el suelo las optimistas certezas del Sueño Americano».

Es toda la concepción de la vida norteamericana la que ha quedado afectada. Como explica Vicente Verdú, «¿En qué creen los estadounidenses? Creen en el individuo, en el dinero, en su patria, en el poder económico, político y militar. Creen en una América que les ha hecho fuertes, que promete hacerlos ricos y que les convierte, según leen por todas partes, en los primeros ciudadanos del mundo. Ahora, todo esto se viene más o menos a pique, momentáneamente, con el desplome de los símbolos de su fortaleza». Y es que habían puesto su admiración en las Torres Gemelas, su seguridad en el Pentágono, y ni la una ni la otra se encuentran seguras en obra humana alguna.

## LAS TORRES GEMELAS, MODERNAS TORRES DE BABEL

Las Torres Gemelas han acaparado la atención en todo lo que se ha referido a los atentados del 11 de septiembre, llegando a identificarse con el ataque como un todo. La magnitud de la tragedia y el elevadísimo número de víctimas mortales, así como su centralidad y popularidad mundial lo explican. Estos días, en medio de tanta noticia de última hora, también ha habido un hueco para detenerse a contemplar algunos aspectos de las que han llegado a ser denominadas «las torres del bien y el mal».

El testimonio más interesante es el de Eric Darton, un profesor universitario que ha estudiado y publicado una obra sobre la historia de las Torres del Centro del Comercio Mundial. En ese libro escribe: «Descubrí que un gran número de figuras de gran relieve del mundo de la política y de las finanzas había orquestado una gigantesca conspiración cuyo objetivo era edificar un complejo inmobiliario de proporciones insospechadas en Manhattan Sur, que era una zona que no lograba recuperarse desde la depresión. La idea era elevar el precio del suelo. Años después de la gran depresión, el Alto y el Medio Manhattan se habían recuperado, pero el Bajo Manhattan no lograba levantar cabeza. Hacía falta construir un gran centro en el sur de la isla, un corazón que bombeaba la energía financiera de toda la zona. Así que una élite de políticos y financieros unieron sus fuerzas para dar conjuntamente un golpe maestro, cuya finalidad era construir los edificios más altos del mundo, el centro de operaciones financieras más importante del comercio global. Los hermanos David

y Nelson desempeñaron una parte fundamental en el proceso que desembocó en la construcción del World Trade Center».

La ejecución del proyecto recayó sobre el arquitecto norteamericano de origen japonés Minoru Yamasaki. «Él es el elegido, con Emery Roth, en un competido concurso para edificar 1.200.000 m<sup>2</sup> de suelo sobre una superficie de unas seis hectáreas, inmediata al vértice de Manhattan. La densidad del programa exigía un megadesarrollo en altura que dejaría al resto de las torres vecinas como comparsas. Tras construir más de 100 maquetas diferentes, opta por la solución ganadora que sitúa los 900.000 m<sup>2</sup> de oficinas en dos volúmenes limpios de 110 plantas, y más de 400 metros de altura», explica *El País*.

Detrás de esas dimensiones ciclópeas se esconde todo un programa: «Yamasaki resumía hace 25 años las aspiraciones de su mayor logro profesional: “El World Trade Center debe ser una representación viva de la fe del hombre en la humanidad”. Ironías del destino. Ahora ya sólo quedan escombros», escribe Isabel Piquer.

El significado y carácter simbólico de las Torres, es pues patente, tal y como sostiene Vicente Verdú: «Las Torres Gemelas de los años setenta fueron algo más que una lanza contra el tiempo de recesión. También el Empire State se alzó en malos tiempos. Estados Unidos ha ensartado en su solar grandes pináculos, incluso en medio de la crisis, como manifestación de que su fuerza no se doblega a la adversidad. El presidente y todas las predicaciones –polí-

ticas y religiosas— a lo largo de Estados Unidos han repetido hasta la extenuación que nada podrá prevalecer sobre el imperio». Y, sin embargo, el terror se ha llevado por delante tanta grandeza. El comentario de Eric Darton, quien se refiere a Yamasaki como el arquitecto del terror (aunque matiza: «El mote no es de mi cosecha. Mucha gente le llamaba así porque había un elemento de terror implícito en el diseño de sus edificios»), adquiere ahora una dimensión inesperada.

El francés Paul Virilio, a contracorriente, señala la fragilidad de esas soberbias obras del hombre, cuando afirma: «Ahora leo en *Le Monde* que lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001 era inimaginable. ¡Es un escándalo! Yo, sentado en mi mesa de arquitecto, hace ocho años, hablé de la fragilidad de esos rascacielos, de unos símbolos que no tienen en cuenta la insensatez de un urbanismo que multiplica las torres gigantescas y multiplica así su fragilidad».

Según Lamo de Espinosa, «para la caída de las torres hicieron falta no una, sino dos bombas. La primera, un simple y anticuado avión cargado de queroseno, ciertamente no un arma sofisticada. Pero sí era sofisticada la segunda bomba, las propias torres que no pudieron soportar el impacto. El avión no causó las muertes; las causaron las torres inmensas cuyos diseñadores habían previsto todo menos eso, como los diseñadores del *Titanic* previeron todo menos lo que acabó ocurriendo. El orgullo de la arquitectura fálica, símbolo visible de la mundialización económica y donde se alojan buena parte de los grandes bancos de inversión y los operadores de bolsa, caía estrepitosamente arrastrando a miles de personas a un infierno de polvo y cascotes».

## Nueva York – Babilonia

Junto al simbolismo de las Torres Gemelas hay que señalar que el golpe ha sido asestado en Nueva York, la ciudad que encarna mejor los rasgos de la modernidad y que ha sido saludada como «la Babilonia esteta de nuestros tiempos».

«Nueva York no es una ciudad estadounidense, sino la capital cultural del mundo y el paradigma de ciudad abierta, la metrópolis universal de nuestra era. Y eso es lo que los bárbaros no han perdonado», escribía Sergio Vila-Sanjuán. A su vez, Andrés Ortega remachaba esta idea afirmando que «Nueva York es la verdadera capital del imperio y del mundo. El presupuesto de la ciudad es mayor que el de toda Rusia».

El golpe, pues, recae sobre el imperio americano y el mundo occidental en su conjunto en su más soberbia metrópolis, pero al mismo tiempo golpea especialmente a la comunidad judía norteamericana, pues, como escribe Ángel Maestro en *Libertad Digital*, «Si la influencia judía es grande en los Estados Unidos, la metrópoli neoyorquina constituye su quintaesencia».

## La reacción de los estadounidenses

El golpe fue durísimo e inesperado y conmocionó los pilares más representativos de un modo de vida que parecía inalterable. Gabriel Jackson expresaba, de forma muy gráfica, los sentimientos que embargaron a los norteamericanos: «Incredulidad, seguida de conmoción, encolerización de la ciudadanía, profusión de sentimientos patrióticos y especulaciones ciegas relativas al futuro inmediato, fueron las reacciones principales de la gran mayoría de la población americana mientras escuchaba y veía la información por la radio y la televisión sobre los cuatro secuestros, la destrucción de las torres del World Trade Center, el choque con el Pentágono, la paralización de todo el tráfico aéreo y la cancelación de cientos de actividades públicas habituales».

Thomas Fleming habla de pánico ante la reacción de los miles de ciudadanos que se abalanzaron sobre los supermercados ante un suceso que por inconcebible se hacía aún más terrible: «Por unas horas el desconcierto fue total; si el presidente no podía estar seguro en Washington, ¿quién podía estarlo?». Como escribe Eliot Weinberger, «no sorprenderá a nadie entonces que la reacción en el interior de los Estados Unidos, alejado de los efectos de los hechos mismos, haya sido la supervivencia individualista: un incremento considerable en la venta de armas, supermercados vacíos de productos enlatados y agua embotellada y largas filas en las bombas de combustible. Cuando no hay gobierno, pues, sálvese quien pueda».

»El pánico es precisamente el efecto deseado por los terroristas. El objetivo del terrorismo no es matar a los individuos (incluso en grandes cantidades) sino asustar y desmoralizar a una nación e intimidar a su gobierno. Si su intención era crear pánico nacional, los terroristas del 11 de septiembre están teniendo un éxito admirable».

¿Cómo no sentir la propia pequeñez e impotencia ante el curso de las cosas, un curso desbordado? «La incompreensión es tal, ante el cuadro de este país inviolado desde hace siglos y súbitamente atacado en su corazón, que la gente toma espontáneamente el camino de la iglesia para encontrar respuestas a sus preguntas», escribía Laurent Larcher en *Le Monde*. Como bien señalaba el diario digital *Hispanidad* en su editorial, «Ante la muerte, la tolerancia y la multiculturalidad se disuelven como un azucarillo: es el momento en que el hombre busca principios donde agarrarse». El hombre, de manera natural, se vuelve hacia Dios y se pone en sus manos misericordiosas. Reacción religiosa que también vimos en los ejemplos heroicos de quienes, como los trescientos bomberos de Nueva York, entregaron sus vidas para salvar al prójimo, o como el del franciscano Michael Judge que murió dando la extremaunción a los heridos en el ataque a las Torres Gemelas. Reacción pronto neutralizada y redireccionada hacia un clímax de nacionalismo liberal democrático con los tintes propios que adquiere dicho culto en los Estados Unidos de América.

Reacción también ahogada en un mar de ansiolíticos. «Los datos recopilados por una empresa farmacéutica para el periódico *The Washington Post* revelan que las recetas de Xanax (Alprazolam) han aumentado un 22% en Nueva York y un 12 % en Washington. Aunque no hay cifras exactas sobre el incremento a nivel nacional, datos preliminares hablan de un 9%.

De otro medicamento que comúnmente se prescribe para la ansiedad, Ativan (Lorazepam), se ha vendido un 19% más en Nueva York y un 16 % en Washington. A escala nacional el aumento es del 6,3%. Igualmente se ha elevado la venta de Valium: 14 % en Nueva York y 8 % en Washington», nos informa Rosa Townsend.

Los siguientes pasos fueron la ira desatada sobre el supuesto enemigo interior y la «cuartelización» de la vida civil. El testimonio de Justin Raimondo muestra esta fase de la reacción a los atentados: «Estos son días oscuros para América. La oscuridad es tan espesa y tan profunda que ciega nuestra razón y nubla nuestra alma. En nuestro miedo aplaudimos el discurso lacrimógeno y adolescente del Presidente como una obra maestra de retórica presidencial, y en nuestra frustración estamos deseosos de golpear a cualquiera enemigo imaginable.

»Como siempre, la rabia del populacho y la ira de las autoridades recaen sobre los disidentes y, especialmente, sobre las minorías raciales. Durante la Segunda Guerra Mundial fueron los japoneses-americanos, hoy las víctimas son los árabes-americanos. Aquí, en Nueva York, cualquiera que sólo parezca árabe camina por las calles bajo su cuenta y riesgo».

Estamos, pues, ante una gran trampa, como escribe Claudio Magris en el *Corriere della Sera*, que puede afectar al conjunto de la vida norteamericana: «Si para eliminar una criminalidad engrandecida de improviso hasta dimensiones enormes en una ciudad es necesario patrullar cada calle y vigilar a fondo a todos los paseantes, esa ciudad ya no es una ciudad, sino una guarnición asediada, en la que no caben aquellas cosas que constituyen la vida ciudadana».

## Reacciones en el mundo musulmán

La reacción del mundo musulmán se ha debatido entre el sentimiento antioccidental y la necesidad de mantenerse dentro de lo políticamente correcto. «De hecho, el mundo islámico es, como mínimo, ambiguo respecto al asunto; cuando no se ha alegrado o ha tendido a ver conspiraciones americano-israelíes por todas partes», señala Srdja Trifkovic.

Para probarlo, veamos algunas de las posturas adoptadas por los periódicos musulmanes más influyentes. El egipcio *Al Ahrām*, el día después de los atentados, escribía que «Quienes lo cometieron son americanos, no árabes o palestinos». Otros titulares a destacar, muchos pro-

venientes de países supuestamente aliados de los Estados Unidos, son los siguientes:

«Las noticias señalan hacia otros grupos, especialmente los judíos», *Al-Jazira*, Arabia Saudí.

«El Mossad podría estar implicado para crear presión entre la opinión pública en contra de los árabes o del Islam», *Al-Watan*, Omán.

«El terrorismo en América es una conspiración contra los musulmanes del mundo. Nadie excepto Israel y los judíos tienen los recursos y la capacidad para dar una sacudida de este tipo al mundo», *Nawa-e-Waqt*, segundo diario en importancia de Pakistán

«América y los países occidentales deberían darse cuenta de la sucia propaganda lanzada por los sionistas y los hindúes fanáticos que desean aprovecharse de un choque entre el mundo cristiano y el musulmán», *Pakistán*, Karachi.

«El principal beneficiario de la horrible catástrofe de ayer contra el pueblo americano es Israel», *Al-Bilad*, Jeddah, Arabia Saudita.

«Si América piensa sosegadamente no le será difícil entender que la Umma musulmana considerará un ataque contra Afganistán como el inicio del ataque y la ocupación del mundo musulmán», *Pakistán*.

«Mientras la administración estadounidense mantenga al estado terrorista número uno [Israel], el establecimiento de una coalición internacional que incluya a Sharon y Peres será simplemente una coalición para aterrorizar al mundo. Los árabes no deben unirse a una coalición satánica como ésta», *Akhbar Al-Khalij*, Bahrein

«Hezbollah, Hamas y la Yihad Islámica no son organizaciones terroristas; son movimientos de liberación», *Al-Hayat*, Londres, cercano al gobierno de Arabia Saudí.

«Si la Guerra fuera de verdad contra el terrorismo y sus raíces, sin distinciones, entonces Israel estaría clasificado en primer lugar en la lista de los países terroristas», *Al-Hayat*, Londres.

## La Inteligencia americana en evidencia

Una de las cuestiones más recurrentes es cómo han podido los terroristas no ser detectados por los servicios de inteligencia del estado más poderoso del planeta. Una de las explicaciones es la sugerida por Andrés Ortega en *El País*: «Sorprende que el ataque haya cogido desprevenidos a los servicios de inteligencia y de defensa de EEUU que, como el resto del país, tienen una fe casi ciega en la tecnología». En este caso la tecnología no ha servido de nada. Como reconoce Thomas Fleming, «Si nosotros tuviéramos un aparato de seguridad nacional competente, provisto con agentes de contra-inteligencia y analistas fluidos en los dialectos árabes, tendríamos capacidad para prevenir los contra-movimientos iniciales de los terroristas islámicos. Pero, como la mayoría de los americanos, hemos puesto nuestra fe en la inteligencia artificial en lu-

gar de en seres humanos inteligentes, bastante escasos, el NSA, la CIA y el FBI. Los americanos deben comprender que la CIA no sólo armó y entrenó a los muchachos de Osama, sino que incluso se encargó de adoctrinarlos en la ideología islámica para prepararlos mejor para matar rusos. Esa misma CIA es ahora la responsable de recoger y organizar la información que necesitaremos para el próximo conflicto».

Y es que fue la misma CIA la que enseñó durante la guerra de Afganistán a Osama Bin Laden muchas de las sofisticadas técnicas terroristas que el millonario saudí está combinando con el islamismo suicida en su guerra contra Estados Unidos. El fracaso de la CIA, el FBI y la NSA es pues estrepitoso. Estos servicios de inteligencia llevaban señalando a Bin Laden, como mínimo desde 1993, como el principal peligro para EE.UU. y advirtiendo de que el saudí soñaba con una «gran acción» contra el país al que tantos árabes y musulmanes identifican como el valedor de Israel y su política de represión de las revueltas palestinas. El ataque no provino del espacio sino de unos hombres resueltos y sin armas de fuego. En palabras de D'Ormesson, «sabíamos que las civilizaciones eran mortales y temíamos un estallido nuclear. Son unos hombres armados con cuchillos los que han hecho vacilar al país más avanzado y poderoso del mundo».

### Es la hora del crimen

La reacción al cuestionamiento de la labor de los servicios secretos norteamericanos hubiera sido inconcebible en otros momentos. Ahora no. El vicepresidente de Estados Unidos, Dick Cheney, informa Javier del Pino, «reconoce que para ganar a quienes se encuentran en el “lado oscuro” del terrorismo puede hacer falta meter en la nómina de la CIA “a unos cuantos indeseables” que se encarguen del trabajo sucio.

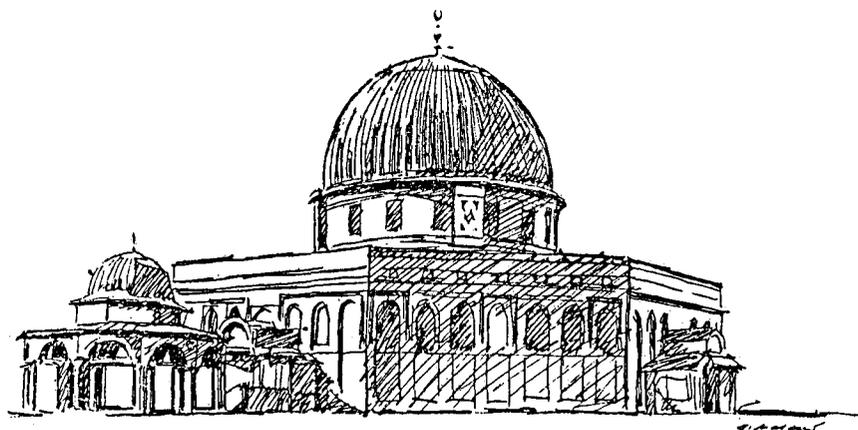
»“Si sólo trabajamos con agentes buenos, agentes ofi-

ciales, no vamos a saber nunca qué están haciendo los malos. Éste es un negocio sucio, peligroso, perverso; tenemos que movernos en ese escenario”, dijo Cheney en la cadena televisiva *NBC*. “Vamos a volver a analizar de qué manera trabajamos y con qué gente, pero puede que nos haga falta meter en nómina, en el lado oscuro, a algunos individuos muy indeseables”, aseguró el vicepresidente».

### Pero, ¿quiénes son esos locos suicidas?

Una pregunta surge de inmediato ante la visión, reiterada una y otra vez, de la destrucción: ¿quiénes han sido capaces de semejante atrocidad? ¿son humanos, son como nosotros? Para desconuelo de quienes hubieran preferido atribuir su maldad a residuos de un arcaísmo ya superado, resulta que los criminales son tremendamente semejantes a nosotros. «Muchos de los terroristas que han sido identificados hasta ahora resultan ser gente decente, con estudios, de clase media con prometedoras carreras profesionales y gente que les quería... Hicieron lo que hicieron por motivos que consideraban honorables: vengarse de los americanos, considerados como responsables de la continua persecución de los palestinos, y enviar una señal al mundo de que el Islam es una fuerza con la que hay que contar», explica el experto en islamismo Gilles Kepel, quien también señala que durante la última década «Surgen perfiles de jóvenes activistas de los que un gran número, originarios de la península arábiga, ha realizado estudios superiores y pertenece a ambientes acomodados, y abandona una vida fácil por la “dureza de la *yihad*”. Se hacen eco de esos kamikazes del 11 de septiembre, muchos de los cuales son estudiantes procedentes de la península».

Para horror de una mentalidad que no puede concebir la entrega a una causa que no sea la consecución del propio interés, «muchos de esos agentes tienen formación técnica y científica. Son informáticos, ingenieros, médicos y hasta pilotos de aviones».



## EL TERRORISMO COMO SÍNTOMA DE LA CRISIS MORAL

Que un acto terrorista como el que vivimos sólo podía darse en la tardomodernidad, es algo fuera de duda. Sí, es cierto, siempre ha existido el asesinato, el magnicidio, suicida incluso, pero no la combinación de destrucción masiva, tecnología y espectáculo mediático que nos ha deparado el 11 de septiembre. De ahí la dificultad del pensamiento al uso para clasificar a un terrorismo que a su aparente arcaísmo añade rasgos ultramodernos. Como expresaba *The Free Lance Star*, este terrorismo es producto de la modernidad, para desorientación de quienes enarbolan el discurso oficial: «El terrorista es el monstruo, o lo que es lo mismo, el sueño desordenado de Hollywood de liberación del orden moral volviendo como pesadilla. La Izquierda solía decir que el *Establishment* primero fantaseaba sobre sus monstruos y luego los creaba. Independientemente de si era verdad acerca del *Establishment*, es verdad de Hollywood en estos momentos. La factoría del sueño globalista nos ha dado numerosas imágenes de los monstruos que el régimen globalista parece decidido a crear.

»El terrorista musulmán, desde este punto de vista, es tanto el repudio del globalismo secularista del tipo del que Thomas Friedman del *The New York Times* nos llama a defender, como su plenitud. El terrorista islámico es su repudio porque es religioso, pero es su plenitud porque está decidido a ignorar el orden moral al igual que aquellos que dedican sus vidas a subvertirlo en interés del beneficio produciendo pornografía o MTV.

»Friedman se enfada porque los terroristas no se comportan como él. Se entristece porque los terroristas actúan según el tipo incorrecto de inmoralidad. Declara una guerra unilateral contra los terroristas pero no entiende que el terrorismo es la imagen reflejada en un espejo del globalismo que aparece como un monstruo que destruye la cultura que lo creó al abandonar el orden moral en su carrera hacia el beneficio y la dominación. Los edificios que simbolizaban mejor ese sistema en todo su orgullo y vulnerabilidad eran las torres del Centro del Comercio Mundial».

### Modernidad y tecnología al servicio del terror suicida

Tal y como hemos señalado, los terroristas que planificaron y ejecutaron los atentados, no eran salvajes arcaicos. En palabras de Kepel, «Ahora asistimos al perfeccionamiento colectivo de la técnica inventada por los kamikazes japoneses, cuyo suicidio era simbólico, ritual: el uso de la tecnología contra la tecnología, el uso de la propia vida como arma para atacar al enemigo y desquiciar sus calles, sus plazas, sus hogares, sus conciencias por medio del miedo. Todo ello desde el anonimato absoluto: sin rostro, sin domicilio, sin nombre. La globalización del terror.

»La matanza de Estados Unidos es un atentado suicida que tiene la potencia devastadora de la guerra electrónica, destinado a señalar al universo que Occidente ya no tiene el monopolio de la destrucción masiva y que se le puede golpear en su territorio».

En el terrorista, sostiene Giuseppe Sacco, «podemos ver también el máximo de modernidad. En el mecanismo criminal que las investigaciones están progresivamente revelando, se adivina de hecho un conocimiento profundo y vital de las características de la sociedad americana, de lo que ofrece a quien tiene un proyecto propio y quiere llevarlo a cabo; la modernidad técnica de una estructura organizativa «en red» y un uso de los mecanismos financieros contemporáneos tan profesional como astuto».

Para desespero de los servicios secretos norteamericanos, resulta que lejos de ser un atajo de salvajes de las montañas, «La red de Bin Laden es un diseño avanzado de empresa». Luis Gómez, glosando el titular siguiente: «Las organizaciones criminales modernas imitan las estructuras más novedosas del mundo empresarial», escribía que «Los secuestradores del vuelo 11 de American Airlines que se estrelló el 11 de septiembre contra la torre norte del World Trade Center de Nueva York formaban una célula. O el nodo de una red. Tuvieron muy poca relación con quienes secuestraron los otros tres aviones, según se sabe por las investigaciones del FBI. Cada grupo gozaba de autonomía. No es un capricho que a la organización terrorista que lidera Bin Laden se la denomine con el término “red terrorista”. Es una red horizontal, descentralizada. Sigue el modelo, en términos de dirección de empresas, de los diseños organizativos avanzados».

Y es que a lo mejor los dos enemigos tienen más de un punto de semejanza. En palabras del teólogo ortodoxo Olivier Clément, «Secularismo y terrorismo son gemelos: ambos forman parte de la modernidad».

### El clímax del nihilismo

Tanta muerte y destrucción, tal explosión de autodestrucción, sólo puede tener sus raíces en un nihilismo destructivo profundamente anidado en el alma humana. El filósofo André Glucksmann así lo ha manifestado en *Avvenire*: «El de las Torres Gemelas ha sido un atentado nihilista», de «fin del mundo». «Los nihilistas, de hecho, son tantos... demasiados. Pon las palabras de Dostoievski en la CNN y podrás comprender la realidad».

Continúa argumentando Glucksmann del siguiente modo: «La guerra de 1914 fue una guerra entre Estados, pero cuando la guerra se mezcla con la revolución, se dobla (se hace exterior y civil) y se universaliza. Pero hay una tercera fase, que Tucídides también vio: el momento en que la guerra se convierte en interna a cada individuo,

el momento de la locura, del nihilismo. El momento nihilista estalla después de la guerra fría, pero ya estaba latente en ella.

Es el punto culminante de la guerra, el estado de violencia total que ya no está estructurado por los Estados ni por regla alguna. El tercer estadio, el nihilista, representa una vuelta de tuerca más: destruir es el único modo de construir, primacía absoluta de la destrucción»

«“Esto es el vacío, odio mi vida”. Esta frase, a caballo entre la reflexión depresiva y la declaración suicida, está contenida en el diario requisado a uno de los dos supuestos terroristas radicales islámicos detenidos en Navarra» constituye una prueba más del nihilismo latente en buen número de los terroristas islámicos.

Como ha escrito Bárbara Spinelli, el nuevo enemigo «es nihilista y todos sus deseos convergen hacia este único objetivo: la “nadificación” de una civilización de la que se siente humillado y que está frente a él con la fuerza de su riqueza, de su progreso técnico, económico, político. Por eso lo que para el islamista es un sueño, para el laico democrático es una pesadilla».

Un ataque nihilista ante el que la reacción se hace sumamente difícil, pues, como afirma Roberto Hernández, «¿qué sucede cuando ese terrorismo busca única y exclusivamente la destrucción? ¿Cómo se puede combatir esa contingencia? Lo que presenciamos el 11 de septiembre es algo que ha sorprendido a todos los analistas especializados en terrorismo. ¿Cómo enfrentarse a unos terroristas que desprecian su propia vida y las de los secuestrados?».

En la búsqueda de una respuesta no tendríamos que olvidar nuestro propio vacío, que Glucksmann nos recuerda cuando afirma que «En lo que se refiere a Europa, ha sido el Papa quien ha dicho que el Viejo Continente vive como si Dios no existiese. Son afirmaciones que juzgo importantes y que comparto, porque es la primera vez en la historia de la humanidad que una civilización, en este caso la europea, vive sin hacer referencia a Dios».

El nihilismo de los terroristas suicidas y el de los manifestantes antiglobalización, como ya señalábamos en el número de julio-agosto de *Cristiandad*, son diversos pero convergentes. Es lo que intuye Bastenier cuando escribe que «La lucha contra la globalización, finalmente, congrega a extraños compañeros de cama. De un lado, los educados colectivos de Seattle y Génova, que más que el fin del mundo, lo que piden es un lugar en el mismo, y de otro, la barbarie terrorista. Pero aunque no haya acuerdo posible entre ambas, las dos coinciden en la elección del enemigo. Por ello, aunque nadie quiera la alianza, lo cierto es que la antiglobalización posee ya un brazo armado y criminal. El de una nueva bipolaridad del terror».

### **El horror moderno: nada nuevo bajo el sol**

Una vez señalado el carácter novedoso de los atentados del 11-S, hay que señalar que también existen eviden-

tes continuidades con el horror que hemos padecido a lo largo del siglo xx y que se remonta a la guerra revolucionaria que vimos nacer en Francia en 1789, donde todo vale contra toda la población no afecta. En palabras de Gabriel Jackson, «El terrorismo no es más que el aspecto de un problema que ha existido claramente desde que la bomba atómica fue arrojada a Hiroshima en agosto de 1945. Desde ese día, el ser humano ha conseguido de forma manifiesta superar su capacidad de autodestrucción».

Y Enrique Gil Calvo sostiene que «si descontamos la magnitud de la repercusión mediática, esto no es ninguna novedad. La guerra total, que asesina civiles para desprestigiar y desmoralizar al enemigo, se inventó y desarrolló a lo largo del pasado siglo xx. Y muchos señalan que el primer caso de guerra total que buscó aterrorizar a la población enemiga fue precisamente la Guerra Civil estadounidense, que llenó las primeras planas de la prensa con sus masacres de civiles, y los posteriores excesos de la II Guerra Mundial no harían más que acrecentar su terrorífica eficacia demostrada».

El profundo conocedor del Islam que es Tiziano Terziano señala los rasgos de continuidad al argumentar que «las acciones de estos hombres son atroces, pero no son gratuitas, son actos de guerra, una guerra que desde hace tiempo no es caballerescas, una guerra en la que el bombardeo de poblaciones inermes ha sido un fenómeno común a todos los beligerantes del último conflicto mundial, desde los V2 alemanes sobre Londres al bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki con su balance de más de 200.000 muertos: todos civiles. Desde hace tiempo se combaten con medios y métodos nuevos guerras no declaradas, lejos de los ojos del mundo que cree ahora verlo y entenderlo todo sólo porque asiste en directo a la caída de las Torres Gemelas».

Y es que, nos recuerda Luis Prados, «En los últimos 20 años se han producido más de 270 atentados suicidas en una docena de países». Sin tanta repercusión, pero plenamente reales. Y que además golpean principal e indiscriminadamente a la población civil. Es Glucksmann quien pone ante nuestros ojos una evidencia: «Los datos son elocuentes: en la guerra de 1914 murieron un 80% de militares y un 20% de civiles, en 1945 hubo casi el mismo número de muertos militares y civiles, y hoy la proporción se ha invertido, 80% civiles y 20% militares».

Las palabras de Alfonso Berardinelli al respecto son demoledoras y nos devuelven bruscamente a una realidad que habíamos preferido ignorar: «Quien se ilusionaba pensando haber vivido en este último decenio y desde 1945 en un mundo próspero y pacificado quizás no se acordaba de la otra cara del mundo. Nuestro Occidente con sus mercados, sus bolsas, sus colosos industriales, sus constituciones y sus inagotables comodidades en sus ciudades (donde también viven masas de pobres) era un envoltorio que evidentemente no permitía ver, ni siquiera a los especialistas de la información, lo que pasaba fuera. Y fuera había todo aquello que rechazamos percibir y reconocer. Allí están



*Santa Sofía de Constantinopla, convertida en mezquita.*

los infiernos de la pobreza, de la humillación, de la violencia cotidiana vivida por pueblos enteros y generaciones de no-occidentales y no-americanos.

»El siglo que hemos dejado a nuestras espaldas no ha sido inocente y nuestra civilización no ha sido muy civilizada. Incluso si queremos creer que los otros, quienes nos odian, los extraños, los monstruos, los no-americanos, son el mal, nosotros no somos el bien.

»En el siglo xx nosotros, los occidentales hemos declarado y combatido en dos guerras mundiales en las que han sucedido cosas contrarias a lo que definimos como civilización. Después de Auschwitz e Hiroshima ha venido la guerra de Corea, de Vietnam, de Afganistán, de Oriente Medio, de Chechenia, del Golfo Pérsico, de Yugoslavia. Es de estas guerras, de las que no podemos olvidarnos, de las que nace el odio, de las que nace el nuevo terrorismo gigantesco y global de hoy».

### **El debate sobre el valor de las víctimas**

El horror ante la cifra de muertos y los detalles de las vidas de las víctimas no ha impedido a algunos, especialmente en el mundo árabe, plantear por qué esas muertes recibían más atención que el lento goteo, por ejemplo, de los muertos en Irak a causa del embargo estadounidense de alimentos y medicinas. «El destino de las víctimas civiles de los bombardeos norteamericanos sobre Irak, el destino de los niños iraquíes asesinados en masa por el bloqueo decretado contra su país, el destino de los civiles masacrados en Serbia por los bombardeos de la OTAN, el

destino del pueblo palestino, son también tragedias humanas», escribía De Benoist.

El eurodiputado gaullista Paul Marie Coûteaux escribía en el mismo sentido en *Immédiatement* que «uno no puede dejar de pensar en el millón y medio de muertos que provocaron la Guerra del Golfo y el embargo que la siguió, en esos muertos clandestinos, tan inocentes como los de Manhattan, pero para los que no hemos tenido tanta generosidad para imaginar su drama solitario porque no nos han obligado a ver una y otra vez sus imágenes y que no han tenido nunca el derecho a un minuto de silencio. En la fría balanza en la que se miden las compasiones de los humanistas, ¿cuántos miles de muertos en un país del sur se necesitan para conmocionarnos tanto como con un solo occidental?».

*Oslobodjenje*, periódico progubernamental de Sarajevo, lo expresa de una manera más cruda y que deja entrever el profundo resentimiento antioccidental que late en nuestro mismo continente: «Cuando los fascistas serbios mataron a 20.000 residentes de Srebrenica en 48 horas [sic!] en plena Europa, los bastardos de los gobiernos europeos permanecieron mudos. El americano medio continuó comiendo sus palomitas de maíz mientras miraba un partido de béisbol... y la Casa Blanca tuvo su habitual fin de semana tranquilo. Cuando América está en llamas, las personas, de Sarajevo a Brooklin, deben permanecer en silencio durante tres minutos. Dios no permita que Srebrenica y Nueva York pasen de nuevo. Todos somos iguales ante Dios. Desgraciadamente, ante los políticos, Ahmet de Srebrenica y John de Manhattan no son iguales».

## La nueva guerra

La nueva guerra ya está aquí. Una guerra que Geoffrey Parker ha definido como la «primera guerra del siglo XXI». Nueva, eso está claro, «pero, ¿qué tipo de guerra? Parece claro que no será una guerra cualquiera: lo que tienen en mente no es Vietnam, Corea o Kosovo», explica Thomas Fleming, a la vez que se congratula de tener un gobierno republicano: «Tenemos suerte teniendo un vicepresidente y un ministro de Defensa que son veteranos de varias crisis internacionales. Con el equipo de Gore en el poder, los proyectiles habrían estado volando ya la semana pasada».

La guerra, por mucho que se pretenda focalizar sobre Afganistán a efectos de consumo interno, ya no es entre dos estados soberanos. En palabras de D'Ormesson, «Desde el 11 de septiembre, usted ya no puede librar la guerra contra una nación: debe librarla contra unas redes tan inasibles y misteriosas como el “espectro” de sus películas de aventuras». Y Alain De Benoist, por su parte, señalaba en una entrevista concedida al periódico *La Padania* que «América ha sido atacada por una “red”. Estamos en la era de las redes. Los ataques sobre Nueva York y Washington son actos de una guerra postmoderna».

«El agresor no es un adversario declarado, localizado, identificado. No es un antagonista tradicional, territorialmente definido, legitimado por el derecho internacional. Estamos más allá del clásico conflicto geométrico, más allá del encuentro simétrico entre dos combatientes visibles frente a frente. La violencia destructiva no parece tener un centro. Estamos frente a la guerra postmoderna, frente a una trágica violencia bélica en estado líquido, vaporoso. Más allá del terrorismo del siglo XX, más allá de la guerra entre ejércitos organizados» escribía en *Ideazione* Luciano Lanna.

Nueva, sí, pero también con trágicas continuidades, en opinión de Geoffrey Parker: «Naturalmente, los estadounidenses ya estaban familiarizados con imágenes de edificios reducidos a ruinas por aviones estadounidenses, y de civiles muertos y mutilados; pero hasta el martes esto era algo que sólo les pasaba a otros, en Bagdad, Kabul, Jartum o Belgrado. Componían episodios de las últimas guerras del siglo XX. Los acontecimientos del martes marcan, como ha señalado el presidente George W. Bush, la primera guerra del siglo XXI. Aunque la mayoría de los norteamericanos resalta la novedad del nuevo conflicto, persisten, sin embargo, algunas continuidades. En especial, las bajas de cada bando revelan una asombrosa asimetría. Mientras que, en las guerras mundiales y en la guerra civil española, ambas partes sufrieron fuertes pérdidas, en la guerra del Golfo la coalición perdió escasamente 200 combatientes, pero mató a más de cien mil iraquíes y destruyó la infraestructura de todo un país. No sufrieron ninguna baja en los “ataques quirúrgicos” contra Sudán, Afganistán y Yugoslavia, a pesar de que, de nuevo, infligieron sustanciales bajas y extensos daños materiales. El martes, igualmente, los agresores perdieron sólo

18 hombres en su “ataque quirúrgico”, que dejó miles de estadounidenses muertos y causó daños materiales valorados en miles de millones de dólares».

Una guerra que pone de manifiesto, más que nunca, la inexistencia de un principio de autoridad ordenador del panorama internacional. Lo señala, desde nuestras antipodas, Fernando Savater, cuando escribe que «Hace unos años, Enzensberger escribió en *Perspectivas de guerra civil* que los conflictos bélicos van siendo cada vez menos entre Estados y más entre tribus o bandas dentro del Megaestado global en el que ya vivimos. Porque ese es el verdadero intrínquilis de la cacareada globalización: que hoy padecemos ya una sociedad planetariamente estatuida, un Estado mundial en el que faltan, sin embargo, leyes comunes».

«Y cuando no hay imperio de la ley, sólo reina el estado hobbesiano de naturaleza: la guerra de todos contra todos, donde el más débil tiene a veces todas las de ganar, cuando su propia pequeñez le hace casi invulnerable ante la impotencia del todopoderoso, cuya mastodóntica complejidad le convierte a su vez en excesivamente vulnerable ante cualquier acción imprevista», señala Gil Calvo.

Un orden necesario pero inexistente que lleva a afirmar a James Lindsay que «esto no es como cuando uno se fractura un hueso, va al traumatólogo, se lo colocan y ya está; es más como una enfermedad crónica, algo parecido al sida».

## Guerra no declarada y universal

La guerra, por supuesto, no se ha declarado y su alcance es desconocido. Escribe Vittorio Mathieu que «Si no me equivoco, la última declaración formal de guerra fue la de Italia a Francia y Gran Bretaña en junio de 1940. Hoy ningún gobierno cumpliría un acto como ése, que lo pondría en evidencia, aunque estuviera cargado de razones. Ultimátum, amenazas, mensajes, como máximo manifestaciones, han sustituido a las declaraciones formales. El resultado es que cualquiera puede iniciar una guerra, incluso un privado, y no sólo los entes de derecho internacional que desde el siglo XVI en adelante son llamados “estados”.

»La sacrosanta exigencia de distinguir entre militares y civiles hoy ya no funciona. Ni siquiera al burgués más pacífico, al niño, al anciano, se les puede garantizar la seguridad. Ya en el segundo conflicto mundial, a diferencia que en el primero, el vestir uniforme daba más esperanzas de no acabar muerto que el no vestirlo».

## El brillante porvenir de la guerra

La guerra será diferente pero su futuro está asegurado. «De alguna manera, en el día del peor desastre en la historia de Nueva York teníamos la sensación de que las muertes apenas habían comenzado», escribió Peter Hamill.

Y es que toda nuestra tecnología y poder de poco sir-

ven ante quienes se autoinmolan, como bien saben los israelíes, que han visto como todos sus controles no han sido suficientes para eliminar los atentados suicidas. Huntington reconoce que «yo no veo cómo se puede cambiar la actitud y el comportamiento de gente que no teme a la muerte». Y Vittorio Mathieu insiste en la idea al sostener que «Hoy, los medios técnicos son infinitamente más perfectos, pero nada podemos cuando el enemigo se entremezcla con nosotros».

Ahora vuelven a la memoria las palabras de Hussein Mussawi, líder de Hezbolá en Líbano, quien hace algunos años declaró que «No luchamos para que el enemigo nos reconozca y nos ofrezca algo. Estamos luchando para hacer desaparecer al enemigo».

«Hasta el martes, aproximadamente medio millón de personas viajaban en avión a diario en Estados Unidos; muchos millones más viajan por autobús, tren y coche. Aun cuando se mejore la seguridad en los aeropuertos, cosa que es necesaria, será imposible proporcionar protección total en cada tren, autobús, puente y túnel. Los viajeros se han convertido en un objetivo “legítimo”, y quizá incluso principal», comenta Geoffrey Parker, quien reconoce que estamos ante un nuevo panorama de inseguridad generalizada.

El corolario de esta realidad es triste pero inevitable: en palabras de Gil Calvo, «El siglo XXI, desgarrado por la lucha entre culturas coexistentes pero quizás incompatibles, tampoco conocerá la paz».

## ISRAEL EN EL OJO DEL HURACÁN

De modo misterioso la pequeña porción de tierra que conocemos como Israel o Palestina ocupa un papel central en las grandes convulsiones de nuestro mundo. Y en esta ocasión vuelve a cumplirse el apotegma. La atención, poco después de los atentados, alternó entre el horror de Estados Unidos y las reacciones en Tierra Santa, empezando por el pavor reflejado en el rostro de Arafat. Eran los primeros momentos, aquellos que hacían decir a Srdja Trifkovic que «quienquiera que lo haya hecho, los palestinos son los principales e inmediatos perdedores». La identificación entre los terroristas y la causa palestina se veía reforzada por las muestras de júbilo en las calles palestinas y la afirmación de Bin Laden: «Juro por Dios que América no tendrá seguridad hasta que no la haya en Palestina y hasta que todos los ejércitos occidentales ateos no se marchen de las tierras santas».

Pero la política da a menudo sorpresas y depara carambolas inesperadas. La necesidad de contar con el apoyo de los países árabes de cara a la ofensiva norteamericana provocó que Bush aceptase por primera vez la necesidad de la creación de un estado palestino. De apestados, los palestinos pasaban a ser halagados por Occidente. Primero fue Bush quien confirmó que la creación de un Estado palestino había formado parte «siempre» de la visión a largo plazo de EE UU para la zona. Después, tal y como informaba Walter Oppenheimer, «Tony Blair defendió ayer junto a Yasir Arafat, de visita en Londres, la creación “de un Estado palestino viable”» en lo que podría considerarse la Declaración Balfour palestina.

El mundo musulmán está aprovechando la ocasión para recoger las nueces de un árbol traumáticamente sacudido: «De la crisis mundial abierta el 11 de septiembre debe nacer el Estado palestino. Éste es el principal mensaje que dirigen a Estados Unidos y la Unión Europea el presidente egipcio, Hosni Mubarak, y otros líderes árabes moderados como el rey jordano Abdulá».

Lejos pues de perjudicar los intereses palestinos, según *The Guardian*, «intentando forjar una coalición internacional para proseguir su “guerra contra el terrorismo”, la administración Bush se está obligando a cambiar su manera de pensar el mundo. El cambio de más largo alcance en la perspectiva global de Mr. Bush puede afectar a las actitudes americanas hacia conflicto árabe-israelita».

### El temor de Israel

En contrapartida, la situación de Israel se ha fragilizado más si cabe. El incremento del número de operaciones de represión en los territorios ocupados no ocultan que Israel es el objetivo número uno del islamismo actual.

El peligro ya no proviene sólo de los desterrados, sino que se extiende a todo el mundo musulmán. Thomas Fleming explica el papel que ha jugado la difusión del odio hacia Israel en el desencadenamiento de la tragedia actual: «Han visto cómo Israel ha ido perdiendo terreno ante la opinión pública internacional y cómo cada vez más los musulmanes han llegado a identificarse con la causa palestina como algo propio. Ésa es una de las razones por la que los secuestradores no fueron reclutados en estados fundamentalistas hostiles a América, sino en países “amigos” como Egipto y Arabia Saudita».

«Enfrentado a un nuevo desafío, los Estados Unidos están intentando evitar la apertura de nuevos frentes. Y no es una maniobra fácil: Washington está teniendo dificultades con su aliado más fiel, Israel» apuntaba Guido Olimpo, corresponsal en Jerusalén del *Corriere della Sera*.

El corolario de la descolocación de Israel ante los nuevos acontecimientos y de su exasperación ante Estados Unidos lo constituyeron las polémicas declaraciones de Sharon, que *La Vanguardia* glosaba así: «La Casa Blanca



*Tipos afganos, según un grabado de 1842.*

reaccionó ayer con una virulencia inusual a unas declaraciones del primer ministro israelí, Ariel Sharon, en las que se comparaba la actual política de Estados Unidos hacia los países árabes con la política de apaciguamiento hacia Adolf Hitler practicada en 1938 por las democracias europeas. «Las declaraciones del primer ministro son inaceptables», dijo Ari Fleischer, portavoz de George W. Bush.

El embajador estadounidense en Israel transmitió de inmediato a Sharon la irritación de Bush por sus palabras. Israel no tiene un aliado más fiel que EE UU y la relación entre ambos países siempre ha sido estrecha en momentos de crisis. Pero Ariel declaró que Israel estaba solo. «Sólo podemos confiar en nosotros mismos», dijo, «y de hoy en adelante, sólo en nosotros confiaremos». El primer ministro israelí comparó su país con la Checoslovaquia de 1938, cuya invasión por el Ejército alemán fue tolerada por las democracias europeas con la esperanza de que las ambiciones territoriales del régimen de Adolf Hitler se vieran satisfechas.

«Nos encontramos», declaró Sharon, tras subrayar que no cesaba el terrorismo palestino contra Israel, «en una compleja y difícil campaña política. Hago un llamamiento a las democracias occidentales y, sobre todo, al líder del mundo libre, Estados Unidos: no repitan el terrible error de 1938, cuando las democracias europeas decidieron sacrificar Checoslovaquia como solución cómoda y temporal. No intenten apaciguar a los árabes a nuestra costa. Eso es inaceptable para nosotros. Israel no será Checoslovaquia. Israel luchará contra el terrorismo».

### **Un ataque irreversible y cargado de incógnitas**

El ataque del 11 de septiembre es un camino sin retorno, un salto cualitativo que nos adentra en un escenario repleto de incógnitas. Por un lado el resentimiento antioccidental ha estallado. Osama Bin Laden, en su peculiar declaración de guerra, lo ha expresado del siguiente modo: «Aquí está América golpeada por Dios Omnipotente en uno de sus órganos vitales, con sus más grandes edificios destruidos. Por la gracia de Dios. El horror ha sido vertido sobre América de norte a sur, de este a oeste, y agradecemos a Dios que lo que América está padeciendo ahora es sólo una muestra de lo que nosotros hemos padecido. Nuestra nación islámica ha estado padeciendo lo mismo durante más de ochenta años, humillación y desgracia, sus hijos asesinados y su sangre derramada, sus lugares santos profanados».

Pero los sentimientos de los norteamericanos también han cambiado tras el brutal atentado. *The Independent* afirma que «la rabia acumulada en Estados Unidos es actualmente demasiado grande para que Washington renuncie al uso de la fuerza militar, mientras que los regímenes de la región son demasiado frágiles y demasiado temerosos —o dependientes— del islamismo como para poder entregar a Bin Laden. El éxodo de refugiados de Afganistán, anticipándose a un ataque americano, y el status de Pakistán como un poder nuclear son otros componentes cruciales, y letalmente imprevisibles, de la mezcla».

### «Libertad Duradera», antigua «Justicia Infinita»

La operación «Libertad Duradera» era, pues, inevitable. Se inició con un nombre inadecuado, «Justicia Infinita», uno de los atributos de Dios, en lo que era una afirmación blasfema por parte de una nación que se erigía en brazo divino sobre la Tierra. La presión islámica obligó a cambiar el nombre, pero sus fines y medios continúan levantando recelos. Michael R. Gordon, en *The New York Times*, advertía que «para complicar los planes de la Administración Bush, se ha perdido algo esencial: el elemento sorpresa. Tanto los talibán como los hombres de Bin Laden esperan un bombardeo y han evacuado sus campamentos y bases, según los servicios secretos de los Estados Unidos.

»Reconociendo la dificultad de su tarea, la Administración Bush ha querido evitar expectativas del tipo de que con uno o dos ataques aéreos se ponga fin a la amenaza del terrorismo en el mundo. Se habla de una campaña militar que podría durar años, no meses».

### Afganistán: una enorme tumba

La operación bélica sobre Afganistán era obvia. Pero no resulta descabellado plantear si no estarán los Estados Unidos cayendo en una trampa que ya sufrieron otras potencias. En Afganistán encallaron el Imperio británico en el siglo XIX y la Unión Soviética en el XX. Tan sólo los mongoles bajo Gengis Khan conquistaron el país, pero eso ocurrió en 1219.

Voces de alerta no han faltado. Srdja Trifkovic señala, refiriéndose a Colin Powell, que «acaso sea el único que sabe que Afganistán –nuestro objetivo inicial más probable– ha sido siempre el cementerio de los poderes imperiales, de Alejandro Magno a los ingleses y los rusos».

Los paralelismos entre la reacción estadounidense y la británica en el pasado son especialmente evidentes. *The Independent*, desde Londres, señala que «Nuestra declaración de guerra de 21 de noviembre de 1878 anunció que ese hombre había “abiertamente y activamente atizado el odio religioso contra los británicos”. Su participación y su apoyo a la masacre del personal de la embajada británica fueron “una traición y un crimen de gran envergadura, que ha precipitado al pueblo afgano a su actual estado de desgracia”, declaró sir Frederick Roberts en 1879, cuando los británicos reconquistaron Kabul. Los seguidores del emir “no escaparan al castigo y éste será tal que el mundo entero lo recordará. Todas las personas implicadas en los asesinatos serán castigadas tal y como se merecen”. Esta amenaza proferida en la época victoriana parece hecha a medida de George W. Bush y de Tony Blair».

La respuesta afgana llegó en la forma de una resistencia encarnizada, en la que «con un salvajismo inaudito en sus asaltos y sin tener en cuenta el riesgo (la palabra suicida puede ser utilizada con fundamento en este caso), los

afganos se abalanzaban sobre los británicos blandiendo la bandera verde del Islam. Aún se encuentran hebillas de cinturón y botones oxidados en las alturas entre las gargantas que unen Kabul a Jalalabad. La insignia de los regimientos británicos de la antigua Compañía de las Indias orientales ha sido borrada por el tiempo, pero los huesos de los 16.000 hombres aún están allí, mezclados con la tierra sombría de las montañas más amenazantes de Afganistán», recuerda *The Independent*.

Taleb Masud, analista pakistaní, advierte: «Habrà que lanzar una operación terrestre, pero a esta hora quién sabe dónde se encuentra Bin Laden, en qué montañas se ha escondido. La geografía complica la logística y aumentará los daños colaterales. Además, no hay que esperar una resistencia convencional, sino una guerra de guerrillas. Si cuentan con que la población afgana se levante contra los talibán, yo no estaría tan seguro... Pueden estar cansados de su Gobierno, pero se trata de un pueblo orgulloso que nunca ha sido dominado».

### Asia Central, el peor escenario

Si Vietnam fue un avispero del que Estados Unidos salió malparado, Asia Central es quizás el área más compleja y peligrosa del mundo. En Afganistán conviven, o mejor dicho, se enfrentan desde hace siglos más de 50 etnias y grupos tribales, muchos de las cuales desbordan las fronteras de este país de Asia Central hacia los Estados vecinos. Como prevenía Jean D’Ormesson, «Oriente es complicado. Corea era complicada, Vietnam era complicado. El mundo islámico es todavía más complicado. Sobre todo para ustedes. Arabia Saudí es su aliado, pero Bin Laden es un millonario de nacionalidad saudí. Pakistán es su aliado, pero apoya a los talibán que amparan a Bin Laden».

Desde Italia, Baget Bozzo nos recuerda que «El nombre de Bin Laden como autor de todos los atentados contra los Estados Unidos es el primero que viene a la mente. Pero hay que recordar que los talibanes fueron armados por Pakistán, que a su vez ha sido armado por los americanos. Y que la guerrilla islamista contra los soviéticos fue sostenida por los Estados Unidos. Los «afganos», esto es, los militantes musulmanes de la guerra antisoviética, han sido los promotores de la guerra musulmana en Bosnia y de las masacres argelinas. Ahora comprendemos mejor la guerra de los rusos contra los chechenos».

El peligro de desestabilización generalizada en la región es pues altísimo. A la riqueza natural, la presencia de cuatro civilizaciones (islámica, cristiana ortodoxa, hindú y sínica) y la guerra en Cachemira, se une el panislamismo, como pone de relieve *Nezavissimaia Gazeta* de Moscú: «Los atentados sucedidos en los Estados Unidos y el asesinato del general Massud son los eslabones de una misma cadena. Y el próximo objetivo de los talibán será “liberar” a los musulmanes de los países vecinos».

### El peligro del contagio y la extensión de la *yihad*

La estrategia de Bin Laden y los suyos (pues a estas alturas es indudable que hay una estrategia planeada y que los atentados no son un acto de salvajismo sin más) pasa por provocar una respuesta indiscriminada por parte de los Estados Unidos que genere una ola de antiamericanismo dentro del mundo musulmán que se lleve por delante los regímenes más tibios ante el dominio occidental. «Quienquiera que planeó la matanza no la concibió como un fin en sí mismo sino como parte de una estrategia más amplia contra su enemigo. De hecho, seguramente su próximo objetivo será provocar el despliegue del poderío militar norteamericano a lo largo del mundo», escribía Anthony Sampson en el *International Herald Tribune*. Y Thomas Fleming indicaba que «Los organizadores de los ataques del 11 de septiembre deben de haber estado esperando una reacción en cadena que solidificaría el mundo islámico en contra de Occidente. Estos terroristas no están locos». «A la espera de la ofensiva, el mollá Omar, emir de Kandahar, llama a la solidaridad de todos los musulmanes de la tierra, como Saddam Hussein en 1991, y apuesta por el desorden generalizado. Ahí se jugará el destino de este conflicto», en opinión de Gilles Kepel.

La revista *Tempo* de Yakarta, por su parte, indica que «Osama Bin Laden está persuadido de que la presión americana sobre Pakistán abre la posibilidad de un golpe de Estado dentro del golpe de Estado en Islamabad, según el modelo de lo que ocurrió con los oficiales libres egipcios». «El colapso de Pakistán podría ser la primera consecuencia de la acción norteamericana en la región» alertaba el *Frankfurter Rundschau*.

Y Thomas Fleming advierte que «... atacando y asesinando musulmanes inocentes en los estados como Afganistán, Irak, y quizás Pakistán. Esta vez, el Hitler moreno no sería un cínico secularista, como Saddam Hussein, en quien ningún musulmán serio podría confiar, sino un fundamentalista islámico sincero que podría reunir a todos los musulmanes piadosos en la próxima *yihad*». A esto hay que sumar la opinión de Ahmed Rashid, quien sostiene que «Pese a todos sus esfuerzos, Washington sigue teniendo dificultades para convencer a los musulmanes de que se trata de una guerra contra el terrorismo, no contra el Islam en general».

«En consecuencia, si una “guerra estadounidense contra el terrorismo” acaba siendo una guerra en nombre de los regímenes establecidos contra movimientos islamistas locales, incluso contra los pacíficos (o fortaleciendo el control israelí sobre los palestinos), es probable que engendre mucha desconfianza hacia el verdadero programa político estadounidense», previene Graham E. Fuller.

Incluso en el supuesto de una victoria en la batalla la guerra no se habrá ganado, pues «una vez que los talibán hayan sido derrotados y Bin Laden eliminado, lo que ellos representan y el cáncer que han extendido empezará a surgir en Oriente Medio, ya repleto de síntomas de esta enfer-

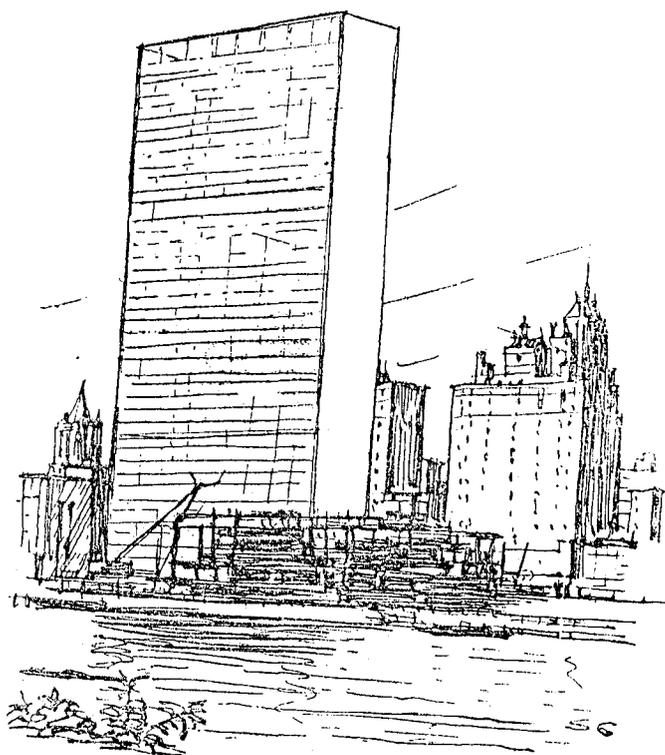
medad», señala Ugo Tramballi en *Il Sole*. Estamos ante un escenario que Alain de Benoist sintetiza del siguiente modo: «A largo plazo existe el riesgo de acabar en una versión militar y planetaria del escenario *Yihad vs. McWorld*».

### Rusia, entre el interés, el resentimiento y la precaución

Los atentados han devuelto a Rusia a la órbita occidental. La nueva Rusia de Putin se ha sumado a una coalición antiterrorista que va a refrendar sus discutidas políticas en el Cáucaso y en Asia central. A pesar de que Rusia ve la intervención americana en la zona como un peligro de que los Estados Unidos tomen su lugar como potencia regional, Putin ha valorado la oportunidad de acabar con la primera causa de desestabilización en sus territorios: el islamismo. Como nota Alexander Adler en *Courrier International*, «Rusia ha hecho su verdadera “rentrée” en el escenario internacional como socio de los Estados Unidos (y también de Israel) en la gran alianza anti-islamista que ha empezado. Las fuerzas rusas están implicadas en el Cáucaso (y no sólo en Chechenia, pues las bases de Al Qaida se extienden también por Daguestán), en Uzbekistán, contra el lugarteniente de Bin Laden, Yüldachev, y en el mismo Afganistán, apoyando a Rachid Dostom. En cuanto a los servicios secretos rusos, el SVR, coopera cotidianamente con la CIA. Vladimir Putin ha impuesto este cambio, casi en solitario, a sus ministros reticentes. Ahora prepara su factura, que enviará a Washington. Y cobrará al contado».

Rusia es pues un actor principal, por su posición de frontera entre el mundo cristiano y el musulmán, en los actuales conflictos con el Islam. No obstante, no hay que ignorar el arraigado sentimiento antinorteamericano que subyace en la cultura rusa, intensificado en los últimos años de crisis y decadencia. Este recelo se expresa en las páginas del diario húngaro *Nepszava*, que afirma que «Occidente no dijo mucho cuando, con la contribución afgana, los territorios del sur de la Unión Soviética se convirtieron en la vía de penetración militar y espiritual de los fanáticos islámicos».

En el mismo sentido, las palabras de Leonid Nikolayev en *Sovetskaya Rossiya*, expresan más a las claras este resentimiento: «La muerte de miles de personas en un acto terrorista merecen una dura condena y un castigo severo. Pero cuando se nos invita a compadecernos por la pérdida de un “símbolo de fe” bajo la forma de un centro de especulación comercial mundial, de explotación del hombre y de pillaje de Rusia, cuando somos invitados a tomar la parte en los actos de respuesta contra quienes reniegan de “los valores americanos”, debemos recordar que durante los últimos 15 años hemos sido, una y otra vez, obligados a celebrar las fiestas y las victorias americanas. Machacados, robados y humillados, nos hemos sentido fuera de lugar. Ahora que el dolor está con los americanos, se nos invita a compartirlo con ellos. Pero los americanos lo han



Nueva York. Edificio de las Naciones Unidas

provocado ellos mismos. En este sentido, es su dolor, no el nuestro».

### China en la retaguardia

La potencia emergente que es China no ha mostrado recelo alguno a la intervención norteamericana en Afganistán, lo cual marca un cambio de orientación, al menos en apariencia. Las razones de esta actitud hay que buscarlas en la amenaza islamista que últimamente se ha dejado sentir en el extremo occidental del gran coloso amarillo. Antonio Sánchez Gijón escribe que, «siguiendo las directrices de Jiang Zemin y de su sucesor Hu Jintao, China ha adoptado el perfil más bajo posible y apoyado en el Consejo de Seguridad de la ONU el principio de una respuesta americana. Pekín teme el ascenso islamista civil y militar que Bin Laden y sus apoyos ya han organizado desde hace tiempo. En esa región de Asia, China ha sido desafiada; los extremistas islámicos ya han tratado de agitar las poblaciones uigures, kirguisas, uzbekas, turcomanas, etc. que habitan la provincia de Xinjiang».

Según Graham E. Fuller, «La opresión china a los ocho millones de personas que forman la minoría turca musulmana de los uigures, en Xinjiang, ha empujado a éstos al nacionalismo y al Islam para oponerse al colonialismo de los Han». La neutralización de los focos islamistas situados en Afganistán son pues un objetivo prioritario para China.

### La ONU calla y asiente

Si alguien tenía alguna duda, ésta se ha despejado: Estados Unidos actúa según su propio criterio y la ONU no tiene más remedio que plegarse a su dictado o permanecer muda. Norteamérica actuó y, tras unos días de silencio, el Consejo de Seguridad aprobó una resolución legitimando cualquier actuación norteamericana. No podía ser de otra manera. Ya ocurrió con la guerra de Kosovo. Ahora, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld lo ha explicitado meridianamente al afirmar que los Estados Unidos «no tienen por qué estar detrás de las Naciones Unidas en todos y cada uno de los pasos militares necesarios».

### Debilidad de Europa

Junto a la ONU, Europa ha sido el otro gran descolocado por la crisis. La inexistencia de una única voz, el antiamericanismo latente en las sociedades europeas, en contraste con el filoamericanismo histórico del converso al liberalismo occidental, el desmarque de Gran Bretaña, han dejado al responsable de la política exterior europea en un flagrante fuera de juego. La declaración norteamericana de conmigo o contra mí ha obligado a los países europeos a unirse incondicionalmente a los planes norteamericanos. «Con esta decisión, los países europeos se han sujetado incondicionalmente a la primacía de la política americana... Pero cuanto más oyen los políticos europeos al Presidente Bush llamando a filas, más asustados están», notaba el *Berliner Zeitung*.

«Una vez más, la falta de unidad de Europa ha quedado de manifiesto: Gran Bretaña es de nuevo el compañero de armas de Washington, en contraste con la actitud cautelosa del resto del continente», resaltaba Gerard Dupuy en el francés *Liberation*.

### Reconstitución del eje anglosajón

La debilidad e inoperancia del conglomerado europeo contrastan con la rápida vertebración de un eje anglosajón. Tal y como nos sugiere Alexander Adler desde las páginas de *Courrier International*, «En primer lugar, asistimos a la reconstitución de una unidad que se creía periclitada: el mundo anglosajón. Fin en Washington del imperativo mexicano, fin en Londres de la hora del euro. En la prueba, la simbiosis entre los dos pueblos norteamericano y británico se ha reconstituido rápidamente y Tony Blair ha podido dirigirse al Congreso americano como en otro tiempo Churchill. Canadá, a su vez, acepta virtualmente integrarse, dentro del plan de seguridad fronterizo, en el dispositivo interior americano, mientras que Australia y Nueva Zelanda se movilizan. En este particular clima, Washington y Londres actúan juntas sobre la India para concretar

una alianza estratégica y sobre Pakistán, a fin de reducir el peligro militar que representa el régimen de Musharraf. El futuro dirá lo que quedará al final de esta comunidad churchiliana reconstituida».

### Una estrategia geopolítica con efectos secundarios

Lugares como Peshavar, Kandahar, Kabul o Ryad empiezan a ser familiares. Osama Bin Laden y su red Al Qaida invaden todas las conversaciones. Rafael Poch, el corresponsal de *La Vanguardia* en Moscú, nos sitúa de forma clara y a la vez penetrante, en el papel que ha jugado la política norteamericana en la popularización de nombres como *Yihad Islámica*:

«A principios de los ochenta, Estados Unidos se encontró ante el doble desafío de la revolución iraní (enero de 1979) y, once meses después, la invasión soviética de Afganistán. La caída del sha Pahlevi privaba a Washington de su principal gendarme en el Golfo, así como de importantes infraestructuras de control sobre los sistemas soviéticos de defensa en Asia central. Por un lado, había que hacer pagar a los rusos el máximo precio por haberse metido en el avispero afgano y, por el otro, había que encontrar una alternativa “islámica” a la nueva fuerza social de Irán.

»La respuesta se produjo en varios frentes. Militarmente se creó la Rapid Deployment Force, que supuso una inversión de 45.000 millones de dólares anuales durante los ochenta y acuerdos con 19 países para poner en marcha un ejército que debía ser garante del control del petróleo del Golfo. En segundo lugar, se abasteció con armas y dinero a la resistencia afgana antisoviética. Las armas comenzaron a llegar quince días después de la invasión de diciembre de 1979. Dos meses después, más de 2.000 insurgentes afganos ya eran entrenados en bases paquistaníes como fruto de la cooperación entre la CIA y el ISI, el servicio secreto de Pakistán.

»Junto a la ayuda económica y de armas, se fomentó la creación de un nuevo radicalismo islámico sunita, ferozmente antiiraní, sin consignas sociales. Con ese propósito, la CIA se apoyó en dos socios, el ISI, que aportaba cuadros e infraestructuras del Estado paquistaní, y el príncipe Turki Ben Faisal, jefe de los servicios secretos de Arabia Saudí, que puso el dinero.

»Según el general Mohamad Yusaf, ex jefe de operaciones afganas del ISI, el Director de la CIA, William Casey, promocionó en 1984, a través del ISI, acciones terroristas en Asia Central soviética. El ISI organizó 15 comandos de sabotaje destinados a hacer descarrilar trenes, destruir líneas de electricidad y volar fábricas, instalaciones militares y depósitos de combustible. En esa época, Osama Bin Laden coordinaba el reclutamiento de voluntarios islámicos de todo el mundo para luchar en Afganistán desde una oficina de Peshawar, junto a la frontera afgana. Una vez puesta en marcha, la máquina adquirió vida propia. Así, cuando en 1992 los soviéticos llevaban tres años

fuera de Afganistán, la URSS ya no existía y Estados Unidos había lanzado en el Golfo su guerra contra Saddam, el “área Bin Laden” tenía otros objetivos, el primero de los cuales ya era Estados Unidos, el «gran Satán».

»En la década de los noventa se han encontrado veteranos mujaidines internacionalistas afganos entre los dirigentes del GIA y el FIS argelinos, el movimiento Harakat al Ansar de Cachemira, la Gamaa Al Islamiya de Egipto (incluido un hermano del asesino del presidente Sadat y el jefe del comando que atacó a turistas europeos en Luxor en 1997), en nuevos movimientos guerrilleros y en Uzbekistán, Tadjikistán, Yemen, Bosnia y muchos otros países...

»Pero a la hora de la represalia no es fácil encontrar al responsable de aquella red entre sus socios. Estados Unidos ha sido la víctima, Pakistán es un Estado nuclear y Arabia Saudí un régimen “amigo”. Sólo queda Afganistán como diana para los misiles de respuesta de una política manifiestamente fallida y aventurera».

Un fracaso, por otra parte, que, como señala Jean-Germain Salvan en *Decryptage*, ha sido una de las constantes de la política exterior norteamericana, con ejemplos cercanos en el tiempo y el espacio: «Esa miopía americana se agravó desde la descolonización. Estados Unidos prefirieron jugar la carta del Islam, primero contra Europa, después contra la URSS... siempre que sirviera a sus intereses. Queriendo expulsar a los soviéticos de Afganistán, los americanos abrieron una caja de Pandora: financiaron, armaron y entrenaron a combatientes resueltos. Hoy, éstos de vuelven contra Estados Unidos, Israel y Europa. El mismo fenómeno se reproduce en Kosovo y en Macedonia con el UCK».

### Los Estados Unidos parieron el monstruo

Otro de los aspectos que más se han señalado estos días ha sido la pretérita colaboración entre Norteamérica y la nebulosa islamista. Colaboración que a veces ha llegado hasta la creación por parte de los Estados Unidos de ese monstruo que ahora se le rebela y que dio pie a que se publicasen, en la década de los 90, libros como el escrito por Alexandre del Valle en Francia titulado *Islamismo y Estados Unidos: la alianza contra Europa*. El apoyo a los mujaidín afganos provocó que, tal y como señala *The New Yorker*, «Queriéndolo o no, los Estados Unidos desencadenaron la primera guerra santa panislamista desde hacia ocho siglos».

No hace falta además remontarse a la época de la Guerra Fría para rastrear esa connivencia. Según *Le Monde*, «es difícil de ignorar el hecho de que los Estados Unidos siempre se han negado a ayudar a Massud, el hombre que encarnó la resistencia contra los talibán. Y mientras Arabia Saudita es considerada un aliado, la hipocresía que se ha puesto en evidencia estos últimos años es enorme. Pues es precisamente de allí de donde proviene el apoyo financiero de los grupos radicales islámicos... Estos ejemplos subra-

yan hasta qué punto la política de América en esa región necesitará cambiar, si es que las palabras que se escuchan en Washington quieren decir algo».

En este contexto, la nota humorística de Srdja Trifkovic no esconde el fracaso de unas decisiones erróneas basadas en una soberbia engañosa acerca de la capacidad para controlar y dirigir el terrorismo islamista: «el general Wesley Clark empezó a pontificar sobre la necesidad de una contestación fuerte a los atentados. Pero fue precisamente este hombre infeliz quien declamó ruidosamente que no habíamos matado a bastantes serbios. Quien observó la limpieza étnica de Kosovo. Quien armó a, literalmente, miles de terroristas islámicos... Hoy somos nosotros quienes tenemos que ver a algunos cristianos algo más cerca de casa, huyendo de edificios ardiendo alcanzados por los terroristas. Gracias, Wes, te lo debemos».

### La conexión balcánica

Los atentados del 11-S también han puesto en evidencia la política norteamericana en los Balcanes a lo largo de la última década. «Si tenemos que tomarnos en serio la

guerra contra el terrorismo, antes debemos saber que durante los años 90 la Administración Clinton toleró, ayudó y secundó las operaciones de Bin Laden en los Balcanes».

Ahora hemos podido saber que las autoridades musulmanas de Bosnia expidieron un pasaporte a Osama Bin Laden en la embajada bosnia en Viena en 1993 como recompensa a su apoyo con hombres y armas a la causa musulmana en Bosnia (en 1995 llegaron a haber más de 3000 mujaidines ligados a Al Qaida en Bosnia). El *Sunday Times* de Londres informa de que «la red terrorista de Bin Laden en Albania ha enviado con regularidad unidades para luchar contra los serbios en Kosovo». El *Washington Post* explica que «todos los informes advertían de que la organización de Bin Laden había entrenado y financiado al Ejército de Liberación de Kosovo», pero la campaña norteamericana hizo que pasaran de ser considerados terroristas a «luchadores por la libertad». Estos datos hacen concluir a Srdja Trifkovic que «una década de cobertura y abierto apoyo americano a los musulmanes de la ex-Yugoslavia ha constituido un desastre de política exterior, en detrimento de la paz en los Balcanes y de los intereses americanos. Sus beneficiarios han sido Osama Bin Laden y sus correligionarios en Sarajevo, Tirana, Prístina y Tetovo».

## OSAMA BIN LADEN, LA ENCARNACIÓN DEL MAL

La focalización en el personaje de Osama Bin Laden de toda responsabilidad resulta ciertamente cómoda de cara a la opinión pública. Si bien Gilles Kepel puede argumentar que «La desproporción de fuerzas es asombrosa: cuesta entender que esta masacre espectacular la pueda llevar a cabo un hombre refugiado en los altiplanos desérticos de Asia, donde las carreteras son pistas llenas de baches y rara vez se encuentra agua corriente o electricidad», parece fuera de duda que Bin Laden ha sido el principal cerebro de estas acciones.

Pero, ¿de dónde ha salido el terrorista más buscado del planeta? Como explica *La Vanguardia*, «Los hijos de Bin Laden fueron educados y socializados, desde su más tierna edad, con los príncipes saudíes, a pesar del origen plebeyo y yemenita de su padre, que lo compensó con una considerable inversión en el ámbito religioso: las peregrinaciones eran la ocasión propicia para invitar a su mesa, siguiendo el ejemplo de la familia real, a los ulemas y dignatarios de todo el mundo musulmán y a los dirigentes de los movimientos islamistas de toda la Umma. Osama, pues, estuvo en contacto con este medio, vinculado a los círculos de poder wahabíes. Estudió ingeniería en la universidad del rey Abd Al Aziz en Djedda, y fue alumno, en las materias islámicas obligatorias, de Mohamed Qotb (el hermano de Sayyid Qotb) y de Abdallah Azzam, el futuro paladín de la yihad en Afganistán. Cuando llegó a la edad adulta era un joven millonario para el que

el mundo de las ideas y la reflexión pasaba por la doctrina de los Hermanos Musulmanes y el salafismo de corte saudí».

»«Bin Laden es un producto de los servicios americanos», declaró ayer en *Tribune de Genève* Richard Labévière, autor del libro *Les dollars de la terreur, les États Unis et les islamistes*. El primer contacto se produjo en 1979, cuando el recién licenciado por la Universidad de Yedah entró en contacto con la Embajada norteamericana en Ankara. Con la ayuda de la CIA y los servicios de espionaje de las Fuerzas Armadas de EE UU puso en pie en los primeros años ochenta una red de recogida de fondos y reclutamiento de combatientes para los muyahidines afganos que combatían a los soviéticos. Lo hizo desde Peshawar, una ciudad paquistaní próxima a Afganistán. Parte de esta actividad, germen de la actual red Al Qaida (La Base) de Bin Laden, se financió con la producción y tráfico de morfina, la base de la heroína. La ruptura definitiva entre Bin Laden y sus aliados norteamericanos se produjo en 1990, cuando, en su combate contra el Irak de Saddam Hussein, EE UU desplegó tropas en Arabia Saudí, la tierra de los lugares sagrados musulmanes de La Meca y Medina», nos informa Javier Valenzuela desde Egipto.

Y acaba señalando que «Bin Laden piensa a lo grande, aunque era difícil imaginar que organizase algo como las escenas del fin del mundo de las Torres Gemelas y el Pentágono. Es algo que ha aprendido de los norteamericanos.

Fue la CIA la que le enseñó audacia en los años en que el saudí y los estadounidenses fueron aliados en la guerra contra la ocupación soviética de Afganistán. Fue también la CIA la que le instruyó en los trucos de la guerra clandestina: cómo mover el dinero a través de sociedades fantasmas y paraísos fiscales, cómo preparar explosivos, cómo utilizar códigos cifrados para comunicarse con sus agentes y sortear la detección, cómo replegarse a una base segura tras un golpe feroz».

La apuesta por capturar a Bin Laden puede ser, pues, un arma de doble filo. «El objetivo, en Afganistán, se centra en Osama Bin Laden y en su fuerza de combate, compuesta por menos de mil hombres. Se ha hablado demasiado de Bin Laden como para permitir que se escabulla; si dentro de unos meses no está muerto o detenido, el apoyo popular a la campaña de Bush se desvanecerá», ha escrito Enric González.

### Osama Bin Laden, *mahdī* o profeta

No hay que despreciar el impacto que, por ejemplo, han tenido las declaraciones retransmitidas por televisión de Osama Bin Laden en el mundo islámico. Sus semejanzas con Mahoma son evidentes: carisma personal, sensibilidad espiritual unida a una eficacia militar despiadada. Resultan interesantes las observaciones al respecto de Gilles Kepel: «Osama Bin Laden, cada vez más, construye su identificación con la figura del profeta del Islam, Mahoma. El profeta escapó de La Meca en el año 622, perseguido por sus enemigos, y se refugió en Medina. Ocho años más tarde, en 630, volvió vencedor a La Meca. La figura de Bin Laden se construye sobre esta imitación de lo que ha sido la gesta del profeta. Él, igualmente, salió de La Meca, en este caso de Arabia Saudí, que describe como impía, y se instaló en Sudán, y a partir de 1996, en Afganistán. De hecho, muchos movimientos islamistas contemporáneos intentan imitar este modelo.

En el Islam de los primeros tiempos, el profeta venció a los hipócritas; los hipócritas eran las gentes de La Meca que habían dicho que estaban con él y que luego se volvieron en su contra. Cuando él habla de los hipócritas, hoy en día quiere decir los dirigentes saudíes que pretenden ser musulmanes piadosos, pero en realidad son los aliados de los norteamericanos. Al mismo tiempo hay otro paralelo: en los tiempos de los primeros califas, los musulmanes destruyeron los dos grandes imperios de la época. Al igual que el imperio soviético fue destruido por la *yihad* (guerra santa) en Afganistán, ahora le toca al imperio americano».

André Chouraqui, por su parte, avanza otra identificación: «Temo que un musulmán, hoy, esté tentado de ver en Bin Laden al Mahdi: el misterioso jefe guerrero profetizado en el Corán, que nacerá en los últimos tiempos para combatir al Dajjal (el Impostor, el Anticristo) y hará triunfar el Islam contra sus enemigos».

### Ayman Zawahiri, el cerebro tras Bin Laden

La figura del egipcio Ayman Zawahiri, brazo derecho de Bin Laden, tiene interés especialmente porque certifica lo señalado hasta ahora. El llamado «arquitecto de la insurrección del Islam» no es ningún descamisado, como no lo son sus compañeros en esta particular *yihad*. En un informe elaborado para *Los Angeles Times* por Christian Miller, Mark Fineman y su corresponsal en El Cairo Hany Fares, podemos leer lo siguiente: «El doctor Zawahiri dirigió en otros tiempos una clínica floreciente en un barrio cairota de gente adinerada, con grandes villas y galerías de arte moderno. Era un vástago de una de las familias más respetadas de Egipto, había cursado estudios en un internado muy exclusivo; era un estudioso culto, buen cirujano y poeta». Un día dejó su privilegiada posición y a su familia y se embarcó en una lucha sin cuartel contra Occidente y los dirigentes musulmanes complacientes con él.

### El retorno de los asesinos

En medio de tanto análisis, algunos historiadores han recordado que la existencia de asesinos suicidas no es una novedad en el Islam. Elorza recuerda que «Esa convergencia de lucha implacable por la creencia y recursos taimados y sanguinarios cuajó en torno al año 1100 en el principal antecedente de lo que hoy sucede: la puesta en marcha por el ismailí Hasan-i Sabbâh, desde su castillo de Alamut, de una estrategia de eliminación de todo adversario religioso o político a cargo de auténticos comandos suicidas de sus leales, los “asesinos”. El comentario de Hasan al primer crimen consumado fue: “El asesinato de ese demonio es el comienzo de la felicidad”. Así debió pensar Bin Laden el día 11».

Y Laurent Larcher, en *Decryptage*, escribe que «Los enemigos de la cultura occidental que nutren en el Islam sus contenidos ideológicos han aprendido bien la doble lección de Libia e Irak. Gadaffi y Saddam Hussein se habían inspirado en Saladino en su lucha contra los Estados Unidos... Pero el mundo árabe-musulmán no se sublevó. Un camino nuevo es pues explorado: el del Viejo de la montaña y sus hashishins» (palabra proveniente del consumo de hachís que realizaban esos sectarios y de donde se deriva nuestra palabra *asesino*).

### Arabia Saudí, un aliado ambiguo

Hasta este momento nadie dudaba del axioma de que Arabia Saudí era el mejor aliado de los Estados Unidos en el mundo árabe. No es que esto no sea cierto, pero algunos movimientos del poder wahabita saudí al menos matizan dicha afirmación. «Con la benevolencia y, en ocasiones, hasta el apoyo de EE UU, Arabia Saudí ha patrocinado con su ideología wahabí y cientos de millones de dólares

la extensión del cáncer del integrismo en las últimas dos décadas por todo el mundo musulmán suní. Osama Bin Laden es saudí; los muyahidin que en los años ochenta expulsaron a los soviéticos de Afganistán fueron bendecidos, armados y financiados por los saudíes, y los talibán nunca hubieran conquistado Kabul en los noventa sin el apoyo de Riad», recuerda Javier Valenzuela en *El País*.

El *New York Times* comenta las causas de la distante reacción oficial ante la ofensiva norteamericana contra Afganistán: «No todo el mundo en el cosmopolita puerto de Jidda que considera a Osama Bin Laden como un conciudadano está dispuesto a tildarle de terrorista. De hecho, la popularidad de la que aquí disfruta resalta el interés del Gobierno saudí en unirse al esfuerzo de EE UU para darle caza: una postura demasiado débil correría el riesgo de ofender a su principal apoyo en Occidente (EE UU), pero una sintonía demasiado fuerte con Washington podría fomentar serios problemas en casa.

»En muchos sentidos, Bin Laden es una vergüenza para las 30.000 familias de la realeza en Arabia. Su austero y extremista punto de vista sobre el Islam es también el de los legisladores del reino para extender la fe.

»Pero la acusación a Occidente de hostilidad terrorista, y sobre todo por la presencia de tropas norteamericanas en suelo saudí, está siendo una amenaza para la casa real, en concreto porque esta hostilidad está encontrando ciertas simpatías en una población enfadada por el apoyo estadounidense a Israel».

### Occidentalismo frente a multiculturalismo

El hecho de que el ataque sobre los Estados Unidos haya sido obra de musulmanes ha provocado que se abriera el debate acerca de la relación entre civilizaciones diversas y, en especial, acerca de lo que se ha llamado civilización occidental. Fue primero Berlusconi quien provocó las iras de la izquierda occidental al afirmar la superioridad de nuestra civilización sobre la islámica. La periodista Oriana Fallaci, antigua comunista, ahora enarbola la bandera del occidentalismo: «Habitados como estáis al doble juego, afectados como estáis por la miopía, no entendéis o no queréis entender que estamos ante una guerra de religión. Querida y declarada por una franja del Islam, pero, en cualquier caso, una guerra de religión. Una guerra que ellos llaman *yihad*. Guerra santa. Una guerra que no mira a la conquista de nuestro territorio, quizás, pero que ciertamente mira a la conquista de nuestra libertad y de nuestra civilización. Al aniquilamiento de nuestra forma de vivir y de morir, de nuestra forma de rezar o no rezar, de nuestra manera de comer, beber, vestirnos, divertirnos o informarnos...

»No entendéis o no queréis entender que si no nos oponemos, si no nos defendemos, si no luchamos, la *yihad* vencerá. Y destruirá el mundo que, bien o mal, hemos conseguido construir, cambiar, mejorar, hacer».

La réplica no se hizo esperar. Entre quienes se opusieron a dichas afirmaciones con mayor virulencia cabe destacar a Chris Patten, comisario europeo de Relaciones Exteriores y miembro del Partido Conservador inglés, quien declaró que «Es inmoral pensar que nuestra civilización es superior». Esta andanada vino seguida de la llamada a recelar de todo «integrismo», entendiendo por este término cualquier afirmación con pretensiones de universalidad. *El Semanal Digital* señalaba que uno de los impactos de los atentados era el recelo a los integrismos: «se fortalece un fenómeno que venía creciendo a través de los medios de comunicación omnipresentes y formadores de opinión. Se trata del recelo aterrorizado para con la firmeza de convicciones. Recelo contra toda forma de convicción».

No es de extrañar, pues, la violenta reacción de los pacifistas relativistas. «Desconcierta la capacidad de odio que tienen ciertos “pacifistas”. También preocupa el eclipse de la razón: porque quemar con un gesto violento y lleno de desprecio la bandera de una nación en nombre del “diálogo entre los pueblos” es una manera singular de razonar», razonaba Antonio Socci en *Il Giornale*. Enrique de Diego afirmaba por su parte que «Desarmar a Occidente, criticar los valores occidentales es la moda occidental por excelencia. No es nueva. Lleva casi dos siglos de recorrido».

El historiador italiano Franco Cardini elevaba algo el tono de la reflexión y alertaba de las aporías en que cae el mundo occidental. Según él, «Estamos ante un riesgo: la explosión de un individualismo acompañado de la “pérdida de una cultura del límite” que provoca en cada occidental, y por tanto en cada uno de nosotros, una angustia profunda, un ilimitado deseo de poseer y, en consecuencia, una frustración que se intenta exorcizar proyectándola hacia fuera. El “enemigo interno” a la civilización occidental, contra el que habitualmente hemos combatido, podía ser antesdeayer el nazismo, ayer el comunismo, hoy parece emerger en ese rol el extremismo islámico. La sociedad occidental no parece conseguir entender las razones por las que, en la era de la globalización, el Este y el Sur del mundo han madurado contra ella un rencor que podría convertirse en odio generalizado. La sociedad occidental se siente «el mejor de los mundos posibles» y no consigue distinguir entre la bondad de sus principios y sus realizaciones y la inadecuación de sus resultados a escala planetaria. Occidente vive el drama de una civilización orgullosamente segura y orgullosa de sí misma, hecho, sin embargo, de individuos enfermos de aquello que el viejo Eric Fromm calificó como el complejo del Tener, y por tanto insatisfecha e insegura. De aquí la continua necesidad de la búsqueda de un Enemigo Metafísico».

Y es que entre la Escila del relativismo igualador y el Caribdis del occidentalismo secularizado hay que recordar la vigencia del mensaje cristiano, despreciado tanto por los musulmanes como por los liberales occidentales. Gianni Baget Bozzo escribía en *Il Giornale* que «Por su naturaleza y por su vocación, el Islam tiene la misión de

superar al cristianismo en la revelación definitiva de Mahoma, sello de la profecía». Y José Ignacio Munilla hacía el siguiente llamamiento: «No olvidemos que una de las raíces de este conflicto es la acusación del fundamentalismo islámico al occidente infiel de ser la fuente de la impiedad y de secularización incluso dentro de los

propios países musulmanes». Así pues, el Occidente secularizado que ha renegado de sus raíces cristianas se ve agredido en parte por lo que aún tiene de cristiano. «Occidente se engaña si cree poder separar en sus relaciones con el Islam la cuestión cristiana de la cuestión occidental», razona Baget Bozzo.

## NATURALEZA DEL ISLAM

La responsabilidad islamista en los atentados ha reabierto el debate acerca de la naturaleza del Islam y su compatibilidad con otras civilizaciones. Thomas Fleming notaba en *Chronicles* que «El Presidente, naturalmente, tiene que hacer equilibrios entre nuestra alianza con Israel y la realidad geopolítica de centenares de millones de musulmanes que controlan gran parte de los recursos de petróleo en que se ha basado su fortuna familiar. Pero esto no debería exigirle la repetición de la mentira de que el Islam es una religión de paz. Ése es un insulto a los musulmanes. El Islam es una religión de guerra, sobre todo de guerra contra los cristianos, y si los americanos no asumen ese hecho, no hay ninguna manera posible de defenderse».

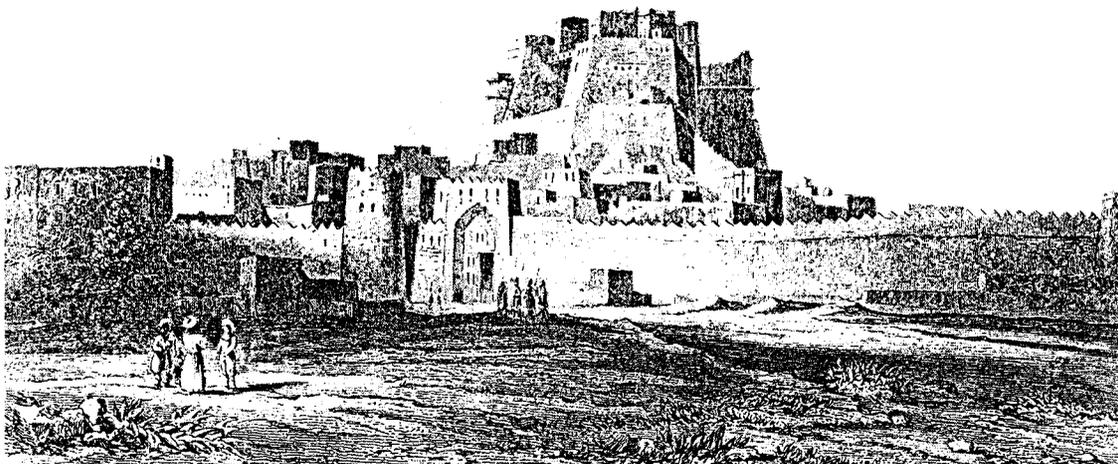
También en España, además de las interpretaciones ingenuas e irrealistas del Islam, se pueden ya escuchar voces que denuncian la naturaleza violenta y totalizadora del Islam. Es Antonio Elorza quien escribe que el mundo islámico «recibe en la azora IV del Corán formulaciones inequívocas en el sentido de que no existen límites en el combate por destruir a los enemigos del Islam: “Quienes creen, combaten en la senda de Dios”, “combatid a los amigos del Demonio”, “a quienes combaten en la senda de Dios, sean matados, sean vencedores, les daremos una enorme recompensa”. Un día de defensa del Islam “vale más que todo el mundo y que todo lo que hay en él”, reza un hadith. Sobra lo que llamamos humanidad, pues no se trata de hombres, sino de creyentes y no creyentes en una lucha dirigida a la victoria de Alá. Tampoco cuentan los medios, y Mahoma en su vida dio ejemplo al incitar a sus leales a matar a quienes se le oponían, como en el caso de los poetas que escribían sátiras contra él».

El islamismo no es nada nuevo, pues «en la historia islámica ha habido numerosos movimientos fundamentalistas armados que han conquistado el poder creando una teocracia. Pensemos en los almorávides y los almohades que desde Marruecos conquistaron España instaurando un régimen tan rígido que provocó la fuga de los musulmanes moderados. Y en los islamistas nazaríes (los famosos asesinos), el movimiento liderado por Shah Ismael que echó a los mongoles de Irán. Y también en los wahabitas que, el siglo pasado, llevaron al poder a la actual dinastía saudí», recuerda Francesco Alberoni desde *Libero*.

«Ya no es inconcebible decir en voz alta que los ataques reflejan la conexión inherente del Islam con la violencia y la intolerancia, evidente desde sus inicios», exclama Srdja Trifkovic. Una violencia potenciada por un resentimiento siempre presente pero desde hace tiempo especialmente intenso, como explica Terziano, quien ve una de las causas de los atentados «en la humillación de una civilización, la musulmana, en tiempos grande y temida, que se ve ahora cada vez más marginalizada y ofendida por el poder y la arrogancia de Occidente». De ahí que «Para muchos árabes, africanos y asiáticos que se sienten incompetentes, marginales y sin esperanzas, el hundimiento de las Torres Gemelas con tal eficiencia letal les habrá provocado inevitablemente un cierto tipo de orgullo», en opinión de Anthony Simpson.

### La lucha contra los cruzados

El resentimiento antioccidental a menudo se expresa en rechazo de un pretendido expansionismo que se remonta a Alejandro Magno y al que los musulmanes se refieren a menudo englobándolo bajo el término «cruzada». De hecho, Bin Laden, en febrero de 1998, creó el Frente Islámico Internacional contra los Judíos y los Cruzados y en su mensaje televisado afirmaba que «no puede esconderse que los musulmanes han sufrido la agresión, la iniquidad y la injusticia impuesta por la alianza Sionista-Cruzada y sus colaboradores; hasta el extremo que la sangre de los musulmanes se ha convertido en la más barata y sus riquezas en botín en manos de sus enemigos». Y más adelante insiste en esta idea de confrontación contra los cruzados (y sus aliados sionistas): «Por la gracia de Alá, una base segura está ahora disponible en las altas montañas del Hindukush en Kurasan; donde —por la gracia de Alá— la mayor fuerza militar infiel del mundo fue destruida. Y el mito de su super poder se desmoronó ante los gritos de los mujaidines de *Ala U Akbar* (Alá es grande). Hoy trabajamos desde las mismas montañas para librar de la iniquidad que ha sido impuesta a la Umma por la alianza Sionista-Cruzada, particularmente desde que ocuparon la tierra bendita de Jerusalén, ruta del viaje del Profeta (sea con él la bendición de Alá) y la tierra de los dos Lugares Santos».



*Kandahar según un grabado antiguo*

Baget Bozzo ha tenido la valentía de escribir que «Esperamos pues el pleno reconocimiento por parte de la Iglesia Católica de que la respuesta a la oferta de diálogo ha sido dada en Nueva York y Washington con un acto de guerra motivado por la religión. Desde hace trece siglos los cristianos la conocen, a través del dominio, la piratería, la conversión forzosa, el martirio, la voluntad islámica de sustituir con la violencia el cristianismo en la historia». Pero el realismo de esta afirmación ha encontrado una respuesta «políticamente correcta». En la reunión celebrada en Roma y convocada por la Comunidad San Egidio pocos días después de los atentados y que contó con la presencia de varios cardenales católicos y diversas personalidades musulmanas, la condena de rigor se acompañó de una «receta» curiosa y asimétrica que no presagia nada bueno: como informa *El País*, «coincidieron en subrayar la necesidad urgente de que las dos religiones y culturas aprendan a dialogar entre sí si quieren la paz en el mundo y de que Occidente abandone para siempre el “espíritu de las cruzadas”».

### **La obsolescencia acelerada del Nuevo Orden Mundial**

El Nuevo Orden Mundial, basado en el poder omnipotente de los Estados Unidos de América, nació muerto. Su poderío, que pretendía encarnarse en su escudo antimisiles, queda ahora en entredicho. El exconsejero del presidente Kennedy, Arthur Schlesinger, reconoce que aunque uno de los efectos de los atentados «será una demanda aun más fuerte para el escudo antimisil alrededor de América, sin tener en cuenta el hecho obvio de que la muerte llegó a Nueva York y Washington por una ruta más prosaica y menos predecible», para concluir que «La

Defensa Nacional Antimisiles promete ser nuestra línea Maginot».

Quienes sostienen posturas contrarias a la visión de los Estados Unidos como un Imperio se preguntan: «¿Podemos garantizar la seguridad de Israel permanentemente (sin tener en cuenta lo que hace a sus vecinos), frenar a Arafat, sobornar a Egipto, mantener a Irak embargado, hambriento y de vez en cuando bombardeado, vigilar la frontera entre los dos Coreas, garantizar la “seguridad” de la provincia china de Taiwán contra el país más poblado en el mundo, cortejar a Irán, sostener a Turquía, proscribir a Libia, bombardear Afganistán, proteger a Arabia Saudita contra reacciones agresivas, hacer de Bosnia un sitio seguro para los musulmanes locales que albergan a los terroristas, ocupar Kosovo a favor de los narcotraficantes albaneses, construir un escudo espacial para protegernos de los proyectiles de nuestros enemigos, rodear a Rusia con una OTAN creciente, contener a la India y Pakistán ante una escalada nuclear, destruir a los señores de la droga colombianos, proteger la porosa orilla del Río Grande, controlar los mensajes de Internet y detener la recesión de la economía? La respuesta está clara: no podemos pagar el precio de un nuevo Imperio».

Es pues ese Imperio el que ha mostrado su debilidad y contra el que el odio islámico se dirige. La declaración del Mullah Omar es significativa al respecto: «Estimados musulmanes y gran nación de Afganistán: estamos ante el tercer imperio [Estados Unidos] que quiere imponerse sobre nosotros. Sabéis bien que el británico, sin ningún derecho, nos invadió y nos atacó. La misma meta tenían los rusos, que sin razón alguna nos asaltaron cuando no había ningún Osama Bin Laden. Ahora es el tercer imperio el que quiere invadirnos... Sabed que no es sólo Osama la causa, sino la enemistad hacia el Islam».

## Un mundo precario e inseguro

El mundo en el que despertamos el día 12 de septiembre es algo más sombrío y frágil si cabe que el que estábamos acostumbrados a ver. «El mundo se mueve hoy, agitado, en busca de un nuevo mapa geopolítico de sí mismo», notaba M.A. Bastenier. Y D'Ormesson, a su vez, escribía en *ABC* que «Un historiador estadounidense, Fukuyama, anunció no hace mucho el fin de la historia. Una noticia buena o mala: la historia sigue. La guerra también».

De todos modos, el Nuevo Orden Mundial proclamado tras el fin de la Guerra Fría había obtenido hasta ahora unos resultados bastante pobres. En los últimos años se ha hablado mucho de Nuevo Desorden Mundial o de Geopolítica del Caos. La actual situación nos instala en una situación de frágil precariedad que se desborda en cualquier momento. El periódico *Monitor*, de Bulgaria, pone en duda la capacidad de Estados Unidos para instaurar

realmente un orden planetario: «¿No está asumiendo el hiperpoder demasiadas tareas arduas, como unir al mundo civilizado contra el terrorismo, controlar los campos de petróleo del Golfo Pérsico, detener a su antagonista estratégico, China, manejar el conflicto de Oriente Medio, equilibrar sus relaciones con Europa Occidental, forzar la paz en los Balcanes, y mantener un sofisticado equilibrio con Rusia en el campo de las armas estratégicas?».

A pesar de todas las advertencias, Norteamérica, y con ella todo Occidente, lo volverán a intentar: fundar el orden en sus propios intereses. El resultado será el mismo: «En el siglo xx, los Estados Unidos han puesto su política al servicio de su economía. El resultado está a la vista: destrucción económica y política», escribe Carlos Ruiz Miguel.

Una única certeza al respecto: «En este contexto, de lo que sí podemos tener certeza es de que este golpe introduce un elemento de caos en el panorama mundial», reflexiona Mathew O'Connor desde Nueva York.

## RESONANCIAS APOCALÍPTICAS

Ha sido frecuente hablar de los sucesos comentados señalando su carácter apocalíptico. Otros, como Enrique Krauze, confiesan que viendo las imágenes de destrucción de Nueva York. «Recordé las Lamentaciones de Jeremías:

¡Cómo, ay, yace solitaria  
la Ciudad populosa!  
[...]  
No pensó ella en su fin  
¡y ha caído asombrosamente!  
No hay quien la consuele».

Incluso el estudioso hebreo André Chouraqui reconocía que «Hemos asistido a una terrible mutación. Mutación de la seguridad, del orden de las cosas. En este sentido, es justo evocar el Apocalipsis». «El ataque sobre Estados Unidos tiene, en efecto, todos los síntomas de un aviso de la Providencia», se podía leer en el editorial de *El Semanal Digital*. Y Melchor Sánchez de Toca, en uno de los más finos artículos publicados estos días, reconocía desde las páginas de *Alfa y Omega* que «contemplando las imágenes de ayer me venían espontáneamente a la memoria las palabras del Apocalipsis que hablan de la destrucción de Babilonia. El capítulo 18 describe el horror de los comerciantes de la tierra viendo la humareda de sus llamas: «En una hora ha sido arruinada tanta riqueza». El humo que salía de las Torres Gemelas del World Trade Center era como una especie de grabado de Doré para nuestros tiempos modernos. En este sentido, el acontecimiento de ayer no puede ser más apocalíptico en toda la literalidad del término.

Y continúa Sánchez de Toca: «Siguiendo con la lectura del Apocalipsis, lo que estamos viviendo es una persecución contra los santos, «los que guardan los mandamien-

tos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (12,17). Nada nuevo, en definitiva, pues como decía el cardenal Newman, «la causa de Cristo agoniza siempre».

En este sentido, si bien es cierto que el ataque a Nueva York, como justamente señalan los comentaristas, constituye un ataque a la civilización occidental que en definitiva tiene raíces en los valores cristianos, no lo es menos que Nueva York es el icono por excelencia de Babilonia, la gran prostituta, manchada con la sangre de los santos. Al igual que la torre de Siloé de la que hablaba Jesús, la caída de estas torres debería hacernos pensar: «Aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé, matándolos, ¿creéis que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos igualmente pereceréis» (Lc 13,3).»

Pero no hay que olvidar que el Apocalipsis es un mensaje de esperanza para los últimos tiempos. Eugenio Borgna nos recuerda en *Avvenire* que «El Papa ha dicho: el Mal no tiene la última palabra, el Bien vence. Pero nosotros, ¿realmente lo creemos? Desde hace tiempo vivimos en un equívoco: el Bien se ha convertido en nuestros bienes. Que son efímeros e indefendibles. En el fondo lo sabemos. Y por esto tenemos miedo». Para Claudio Magris, «Ninguno de nosotros es capaz de pensar que la realidad que estamos viviendo puede cambiar. Creemos que el estado presente de la historia es el último». Pero no es así, los cristianos esperamos la victoria definitiva de Cristo «sobre el último desencadenamiento del mal» (Catecismo de la Iglesia católica, n° 677). Ante los tiempos revueltos en que estamos inmersos, sólo cabe confiar en el amor misericordioso del Corazón de Cristo. Como afirmaba el diario *Avvenire*, ahora más que nunca debemos exclamar «Ave Crux, unica spes».

## Acerca de su «pesimismo»

FRANCISCO CANALS VIDAL



Ramon Orlandis Despuig, S.I.

He tratado antes, en las páginas de esta revista, de mis recuerdos del Padre Orlandis referentes a los tres epítetos que, con intención más o menos peyorativa, se formulaban acerca de él: su «integrista», su «milenarismo» y su tomismo (véase 1998, abril-mayo y mayo-junio; 1999, enero-febrero). Advertirá el lector que no entrecomillo el tomismo. Este calificativo, que el Padre Orlandis, obviamente, aceptaba sin reservas, expresaba, no obstante, según él comentaba a veces, la motivación más profunda de cierta antipatía o aversión que sentían hacia él quienes, en la Compañía o en su entorno, le consideraban, diríamos, un jesuita atípico, y a cuyas tareas apostólicas no se les reconocía demasiado porvenir. Él insistía, por su parte, en advertir que la joven generación de los jesuitas, o serían tomistas, o «existencialistas o cualquier cosa», pero que no serían ya suaristas.

Me voy a ocupar hoy de otra acusación muy frecuente y característica. Me refiero al *pesimismo* del Padre Orlandis. Al expresar mis recuerdos en torno a esto, a ac-

titudes suyas y a reacciones y acusaciones que ellas suscitaban, tengo la convicción de no complicar su imagen, ni de dispersar la atención sugiriendo nuevas perspectivas. Creo que se entenderá que esta calificación de «pesimismo» no era sino un aspecto, el referido a la actualidad más inmediata, de las convicciones por las que era tachado de integrista y de milenarista.

El mismo se ocupó expresamente de la acusación en su artículo «¿Somos pesimistas?» (*Cristiandad*, núm. 73, de 1 de abril de 1947) y en dos trabajos sobre el optimismo en León XIII (núms. 76, de 15 de mayo de 1947, y 77, de 1 de junio de 1947). La cita de sus palabras como conclusión de uno de estos documentados estudios nos situará en el ambiente y las orientaciones del tiempo en que fueron escritos, en los años que siguieron al fin de la segunda guerra mundial, en el momento en que se iniciaba el paso del «antifascismo» al «anticomunismo» en el Occidente victorioso:

«Te pregunto, ¿quieres que CRISTIANDAD dé pábulo a tu optimismo anunciando la buena nueva de la salvación del mundo por el discurso de Truman o por un triunfo electoral de los cristianos demócratas? ¿Quieres que CRISTIANDAD se dedique a profetizarte la nueva edad de oro, la jauja del liberalismo?». (*Cristiandad*, núm. 76, 15 de mayo de 1947, p. 227)

En el mundo posterior a las revoluciones americana y francesa ha sido una actitud predominante en sus clases dirigentes, muy en especial entre sus intelectuales y políticos, la valoración entusiasta de su tiempo y la comprensión del curso de los acontecimientos que, desde el siglo XVIII, se había expresado, en el lenguaje cultural y político, con la mitología filosófica de la Ilustración, el Siglo de las Luces, la Libertad, el Progreso, el ascenso a la madurez o la toma de conciencia de la Humanidad.

Estos ideales, de los que participaron con orientaciones diversas los católicos liberales, demócrata-cristianos, e incluso a su manera los cristianos de izquierda, enfrentados con actitud triunfal al «oscurantismo», la «tiranía», la «intolerancia» el «fanatismo» y la «reacción», y la conciencia satisfecha de su triunfo y del carácter irreversible del progreso, alentaban los sentimientos y los ideales del pacifismo.

Desde *La paz perpetua* —la obra a la que Kant puso como lema «El milenio en filosofía»— pasando por los pacifismos que han precedido a cada una de las guerras mundiales, este optimismo liberal, progresista y pacifista, se

imponía como un imperativo categórico para los hombres de la cultura occidental.

Estoy convencido de que el verdadero camino para llevar al lector a la comprensión de la actitud con la que el Padre Orlandis se enfrentaba a aquel optimismo y a las falsas esperanzas que lo inspiraban es invitarle a comprender la connaturalidad profunda de su pensamiento con el que ha sido el juicio auténtico de la Iglesia católica ante esta evolución del mundo moderno.

Por decirlo con sus palabras, el Padre Orlandis atendía al magisterio *del Papa, Papa*, del Vicario de Cristo en cuanto tal.

Comenzó Pío XII su Pontificado describiendo la actitud de los hombres de nuestro tiempo como la de quienes «hablaban de progreso cuando retrocedían, de ascensión a la madurez cuando se esclavizaban». León XIII había calificado a los seguidores «*de este sistema tan extendido y poderoso que, tomando el nombre de libertad, quieren ser llamados liberales*» como «imitadores de Lucifer en su nefando grito: ¡No serviré!».

Son numerosísimos los pasajes de Encíclicas pontificias en los que, por la descripción de los males de nuestro tiempo, se sugiere que estamos entrando en los tiempos de «*la manifestación del hombre del pecado que se levanta contra todo lo que se llame Dios o reciba culto*», es decir, en la época por la que la Humanidad marcha hacia lo que el Catecismo de la Iglesia Católica llama «*el último desencadenamiento del mal*» (nº 667).

Por lo mismo, el Padre Orlandis estaba convencido no sólo de la verdad y acierto práctico de lo enseñado en la *Quanta cura* y en los documentos del *Syllabus* de Pío IX, y de la condenación del modernismo por San Pío X, sino de la iluminada prudencia y de la fecunda eficacia pastoral de las actitudes del Beato Pío IX y de San Pío X.

Nada tiene de extraño, pues, que por los mismos motivos por los que estos dos Pontífices, que veneramos ahora en los altares, han sido tantas veces juzgados peyorativamente como intransigentes y faltos de comprensión ante «el progreso, el liberalismo y la civilización moderna», fuese el Padre Orlandis acusado, como una dimensión de su «integrista», de irremediable y antipáticamente pesimista.

Además, el Padre Orlandis expresó siempre inequívocamente su adhesión sin reservas al insistente juicio que sobre la situación del mundo contemporáneo, y sobre el central problema de la paz social e internacional, se contiene en los documentos del magisterio de Pío XI, y que el propio Pontífice resumió en el lema de su Pontificado: «*La paz de Cristo en el Reino de Cristo*».

La paz verdadera sólo podrá darse entre los hombres si se atienen fielmente a las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo. El Padre Orlandis, en artículos monográficamente dedicados a este tema, y en su magisterio constante, en conferencias y en conversaciones, asumió seriamente esta doctrina.

El padre Orlandis era apóstol de la Esperanza, de la

esperanza del reino de Cristo en el mundo por el Amor misericordioso del Sagrado Corazón de Jesús. Sentía vivamente y exhortaba a sentir con los papas. Recordaba que Pío XII, al consagrar el mundo en 1942 al Inmaculado Corazón de María, concluía así su ofrecimiento en nombre del mundo: «Que todas las naciones, pacificadas entre sí y con Dios, te aclamen bienaventurada y de un a otro polo no resuene sino una sola voz: alabado sea el Divino Corazón, causa de nuestra salvación. A Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos».

También estaba convencido de que la conversión del mundo, si es imposible para los hombres, puede ser el efecto de la misericordia y de la gracia de Dios. Lo que no se puede esperar es la paz en el mundo sin el Reino de Cristo, mientras la mayoría de la humanidad desconozca a Cristo y el mismo mundo que fue cristiano se glorie de su «apostasía» y se jacte de construir una ciudad terrena desechando a Cristo.

La Iglesia espera esta conversión «*con los Profetas y el Apóstol*», según expresión del Concilio Vaticano II al tratar de la conversión de los judíos. El Padre Orlandis participaba de las que el Padre Ramière había llamado «*Esperanzas de la Iglesia*». De aquí que fuese acusado también de «milenarista».

Dios ha puesto en Cristo el único fundamento de todo el orden natural y sobrenatural, y en el plan divino debían reinstaurarse todas las cosas celestes y terrenas. Había, pues, un problema muy serio en el hecho de que el padre Orlandis fuese acusado de pesimista cuando su juicio sobre el mundo contemporáneo, fidelísimo al pensamiento de la Iglesia, se apoyaba en profundas razones que hallaba en la Revelación y en la tradición de la Iglesia.

Leemos en el Libro del Profeta Jeremías:

*«No escuchéis las palabras de los profetas que os vaticinan,  
que os engañan,  
visiones de su imaginación os cuentan  
no de la boca de Yahvé.  
Dicen a quienes desprecian la Palabra de Yahvé  
tendréis paz  
y a quienes siguen la obstinación de su corazón afirman:  
no os sobrevendrá mal alguno*

(Jer 23, 16-17).

Me han venido de nuevo estos recuerdos ante el sorprendente, inesperado y «apocalíptico» acontecimiento del hundimiento de las Torres Gemelas del «Centro del Comercio Mundial» de Nueva York, el pasado 11 de septiembre de este año en que estamos estrenando el siglo XXI.

A algunas personas cercanas a mí dije, al conocer la noticia: «*He aquí algo de lo que uno podría hablar con el Padre Orlandis*».

Algún periodista habló del ataque a **la capital del Im-**



*Babilonia. Ruinas de la Puerta de Istar*

**perio.** Es imposible no recordar las descripciones y los juicios de sociólogos y sistematizadores de filosofía de la historia sobre las grandes megápolis, cuya hegemonía económica mundial se confunde prácticamente con el poderío político de los «Estados mundiales», culminación y decadencia de las «culturas» o «civilizaciones», cuando éstas alcanzan su etapa de dominio mundial.

«*De Babilonia a Brasilia*», estas metrópolis absorben y confunden hombres de todas las razas, religiones, culturas, lenguas y naciones, convertidos en proletariado interno de la gran civilización cosmopolita, globalizada. Nunca se las compararía ni a Jerusalén, ni a Atenas, ni a Florencia, ni al París del tiempo del Rey San Luis y de la Catedral de Nôtre-Dame. Siempre se evoca en ellas (en estas ciudades hegemónicas e internacionales) al París del siglo XIX, a la Londres victoriana, al San Petersburgo europeizado —odiado por los viejos rusos—, **a la Babilonia** del Imperio que sometió y llevó a cautividad al pueblo de Israel.

El pescador de Galilea al que el Señor Jesús habló diciendo: «*Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia*», escribe «*a los elegidos extranjeros de la diáspora: ... Os saluda la Iglesia que está en Babilonia*». Aquí, como muchas otras veces después, la gran metrópoli del Imperio gentil en el que se había difundido la fe en el Dios

y Padre de Nuestro Señor Jesucristo y en Su Hijo, la ciudad de Roma, la gran metrópoli del Estado mundial de la civilización antigua, es llamada por el significativo y misterioso nombre de «Babilonia».

Digamos que la capital del Imperio de Nabucodonosor es significada como «tipo» de la Roma en que reside la Iglesia convocada por la predicación de Pedro y Pablo, «antitipo» de la ciudad caldea.

Pero «Babilonia» es también término al que se puede dar un significado moral, no alusivo a una localización geográfica sino a la «ciudad» de los hombres cuyas aspiraciones y pensamientos se orientan en un dinamismo que, por la riqueza y el poder, va hacia el orgullo, y desde el orgullo a la tiranía corruptora de los hombres y de los pueblos. Por esto San Agustín llama Babilonia a la «Ciudad terrena», edificada por el hombre «*desde el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios*».

En el último de los Libros del Nuevo Testamento, el Apocalipsis de San Juan, tres capítulos (del 17 al 19) profetizan «*la caída de Babilonia*». «*La gran ramera, sentada sobre muchas aguas, con la que fornicaron los reyes de la tierra*». «*Las aguas donde está sentada la ramera son pueblos, y muchedumbres y naciones y lenguas*». «*Tus mercaderes eran los magnates de la tierra, porque con tus seducciones fueron embaucadas todas las gentes*».

Esta Mujer la presenta el Apocalipsis como sentada sobre la Bestia con siete cabezas y diez cuernos que surge del mar, mientras otra segunda Bestia, con aspecto de cordero y lenguaje de dragón, se afirma que surge de la tierra, es decir, del Pueblo de Israel.

En una obra inédita del escriturista jesuita Juan Rovira y Orlandis, sobrino del propio padre Ramón Orlandis, cuya doctrina me consta que compartían con ellos los jesuitas Francisco Segarra y Francisco de Paula Solá —que me exhortaba a perseverar en Schola en esta enseñanza—, la Bestia surgida del mar se afirma ser el símbolo de la potestad política humana que, aunque viene de Dios, es asumida por los hombres en actitud de soberbio enfrentamiento a Dios. La Bestia surgida de la tierra, que exhorta a los hombres a adorar a aquella Bestia terrena, es el falso profetismo, es decir, una predicación de apariencia cristiana que lleva a los hombres a someterse al poder político anti-teísta.\*

A los siete reinos simbolizados por la siete cabezas suceden en el Apocalipsis diez cuernos «*que recibirán poder por una hora junto con la Bestia... Estos harán guerra al Cordero, y el Cordero los vencerá*». El gran escriturista Cornelio a Lápide veía en estos diez poderes políticos los precursores y servidores inmediatos del gobierno universal del Anticristo, del que, por cierto, habla el Nuevo Catecismo como la culminación en la Historia del enfrentamiento del mal al Reino de Dios y de Cristo (nº 675).

Mientras las siete cabezas reinan sucesivamente, los diez cuernos reinan «por una hora» simultáneamente después de ellas. Es decir, son la breve preparación de la época plenamente anti-teocrática.

Un signo tradicionalmente reconocido de la cercanía de la acción sobre la humanidad del **Misterio de Iniquidad**, es decir, de anormalidad, desorden, carencia de ley y de norma (**anomía**), (profetizado por San Pablo en la se-

\*Sobre la doctrina del padre Rovira y del padre Orlandis, véase el artículo del padre Francisco de Paula Solá «El Padre Ramón Orlandis Despuig (1873-1958)», *Cristiandad*, núm. 708-709, de abril-junio de 1990, p. 5: «Esta idea del Reinado Social de Cristo lo tenía tan en su entendimiento y en su corazón que empujó a su sobrino, el Padre Juan Rovira, eminente profesor de Sagrada Escritura, a que estudiase y escribiese sobre el milenarismo. En aquellos momentos era muy mal mirada esta doctrina y el padre Rovira se encontró en un ambiente hostil. El Padre Orlandis padeció mucho al ver que por ello su sobrino había perdido la cátedra, pero el Señor premió al defensor de su Reinado Social en la Tierra con la gracia del martirio. El Padre Rovira estará ahora con los mártires del Apocalipsis, que tanto apreciaba, clamando justicia a Dios (Apoc, 6,10). También al Padre Orlandis le costó la pérdida de su docencia en Teología Dogmática, Patrología, Moral, Historia de la Filosofía, que sucesivamente fue enseñando a los estudiantes jesuitas de Teología o Filosofía. Dios le destinaba a su lugar definitivo, allí donde ya apuntaba su temperamento ya "divinizado": el humanismo teológico concretado en el Corazón de Jesús. Desde 1923 vivía ya en la Residencia de Caspe dirigiendo la obra del Apostolado de la Oración».

gunda carta a los tesalonicenses) es la desaparición de «*lo que lo detiene*» (Tó katejon).

La tradición patristica y escolástica, hasta tal punto daba por cierto que era el mismo «Imperio Romano» el obstáculo a la eclosión de la anarquía (precursora del Imperio del Anticristo) que San Roberto Bellarmino argumentaba, contra aquellos luteranos que afirmaban ser el Papa el Anticristo, que ello no podía ser porque subsistía todavía, en su tiempo, el poder imperial romano en el Sacro Imperio Romano Germánico.

Todo esto lo estudió y nos lo hizo estudiar a nosotros en *Cristiandad* el Padre Orlandis —en el número 27 (1 mayo 1945), dedicado al fin del Imperio Romano en el momento en que Napoleón Bonaparte impuso que los Habsburgo de Viena la renuncia al título imperial romano milenario para no ser ya sino emperadores de Austria, en 6 de agosto de 1806. Comenzaba así el mundo a entrar en la época que el gran escriturista Padre Bover llamaba el de la democratización internacional de la potestad política (Bover-Cantera, *Sagrada Biblia* B.A.C. 1947, vol. II, pág. 583).

En estos días hemos oído hablar de nuevo de la lucha del Bien contra el Mal. Si viésemos como «malo» el movimiento antiglobalizador y hostil al comercio mundial que ha impulsado el hundimiento de las Torres Gemelas del Centro del Comercio Mundial, podríamos estar tentados de ver el poder político americano —el Imperio, como han escrito algunos periodistas— como el «Bien».

Pero olvidáramos que, aunque en la babilónica metrópoli de Nueva York vive el pueblo cristiano, como vivía el pueblo judío deportado en Babilonia, esto no ha de cegar nuestra mirada hasta no advertir que el mismo nombre de las Torres Gemelas, World Trade Center, sugiere las descripciones apocalípticas de Babilonia «*la ciudad grande que reina sobre los reyes de la tierra*», «*cuyos príncipes son los mercaderes*» y «*en la que se glorían cuantos se han enriquecido en la gran ciudad por lo elevado de sus precios*».

Leemos en el Apocalipsis, después de describir la soberbia y la corrupción de **Babilonia la grande, madre de las prostituciones y las abominaciones de la tierra**, que los diez cuernos de la Bestia anti-teísta, «*harán la guerra al Cordero*», es decir, que serán enemigos de Cristo, y aborrecerán y destruirán a la «*gran ramera*»:

«*Y los diez cuernos que viste (...) tienen un mismo designio, y su potencia y potestad la entregarán a la Bestia. Estos harán la guerra al Cordero (...) y los diez cuernos que viste y la Bestia aborrecerán a la ramera, y la dejarán devastada y despojada, y devorarán sus carnes y la abrasarán con fuego; porque Dios puso en sus corazones el que ejecutasen su designio, y que ejecutasen un mismo designio, y entregasen su reino a la Bestia, hasta que se cumpliesen las palabras de Dios; y la Mujer que viste es la ciudad grande, la que ejerce realeza sobre los reyes de la tierra*» (Apoc. 17, 12-18).

De nuevo me siento en la necesidad de revivir en mi

corazón la que hubiera sido una conversación con el Padre Orlandis sobre el hundimiento del Centro del Comercio Mundial por un terror impulsado por el odio a la gran ciudad mundial y a su «Imperio».

Si consideramos babilónica la gran metrópoli americana, entendemos el término «Babilonia» en aquel sentido moral y espiritual que le dieron, legítimamente, San Agustín, al referirse a la «ciudad terrena», y San Ignacio, en la «meditación de las dos Banderas», en la que vemos a Satanás sentado en el gran campamento de Babilonia, en una cátedra de fuego y humo.

Pero la tradicional interpretación escriturística entendía que la profecía del Apocalipsis nombraba con el «tipo» de la Babilonia antigua —la de Nabucodonosor— la ciudad de Roma —la nombrada por San Pedro en su carta.

Los protestantes leían el Apocalipsis como una profecía del hundimiento de la Iglesia romana. Algunos apologistas católicos, como Bossuet, alegaron que el hundimiento profetizado se había cumplido en la caída de Roma, invadida por Alarico y sus ejércitos bárbaros. Pero otros escrituristas católicos admitían, y lo concedían a los herejes, que en el Apocalipsis se profetizaba la destrucción de Roma. Es interesante leer a Cornelio a Lápide, que sobre el texto del Apocalipsis, cap. 17, escribe:

*«Babilonia es Roma; no la cristiana cual es ahora, sino infiel y pagana como fue en tiempo de San Juan, y como será de nuevo en tiempo del Anticristo».*

San Agustín, en el Libro 18 de *De Civitate Dei* (cap. 2º), escribe: *«Así como Babilonia fue como la primera Roma, así Roma misma es como la Segunda Babilonia»*, y en el cap. 27 llama a Roma *«la Babilonia occidental»*.

Cornelio a Lápide enumera una larga serie de autores entre los que figuran Bellarmino, Salmerón y Francisco Suárez, y dice que *«todos interpretan por Babilonia la Roma infiel, cual fue en tiempo de Juan y de nuevo será hacia el fin»*. Y prosigue:

*«Objetarán los herejes: “Roma es Babilonia; luego la Iglesia romana, con su Pontífice, es Babilonia”. Respondo que la inferencia es absurda, así como vacía: una cosa es la Roma ciudad, y otra es la Iglesia romana. Una cosa es la Roma gentil, y otra la Roma cristiana».*

*«Hacia el fin del mundo [modo de hablar poco adecuado para significar lo que podría llamarse «el fin del tiempo de las Naciones»] Roma, abandonando la fe, la piedad, a Cristo y al Pontífice, de nuevo será Babilonia».*

*«La ciudad de Roma volverá entonces a gloriarse, como en la Antigüedad, de la idolatría y los vicios. Será tal como fue bajo Domiciano y Nerón. Dejará de ser cris-*

*tiana para ser gentil y perseguirá al Pontífice y a los fieles cristianos a él adheridos».*

Finalmente, conviene advertir que Cornelio a Lápide no anuncia la destrucción de la ciudad de Roma como realizada por aquellos «diez cuernos» en que hemos visto el ejercicio de la democracia internacional, sino por el poder del Imperio del Anticristo que sucederá a ellos, pero que colocará su centro de poder en Jerusalén:

*«Es sumamente congruente con el genio y la finalidad del Anticristo, que él sea rey de Jerusalén y de los judíos y que, en lucha contra Cristo, destruya la metrópoli de su Reino y de su Iglesia, es decir, Roma. Deseará esto con afán, porque le parecerá que así destruye el Reino de Cristo. Así pues, como se opone el Anticristo a Cristo, los judíos a los cristianos, se opondrá Jerusalén a Roma: y así el Anticristo se esforzará en abolir a Cristo, a los cristianos y a Roma».*

Reflexionemos que hemos leído en el Libro del Apocalipsis que, para combatir al Cordero, es decir, en odio a Cristo, destruyen Babilonia quienes la odian, porque Dios ha puesto en sus corazones que ejecuten un designio divino. La ciudad mundana y terrena de Babilonia es castigada por Dios con la permisión del odio de quienes también odian a Cristo.

Y hemos leído en Cornelio a Lápide que el Anticristo, identificándose con los judíos y enfrentado a Cristo, querrá destruir Roma, que ha sido la capital del mundo cristiano, pero que será, al ser destruída, una ciudad de nuevo mundana y soberbia, embriagada con la sangre de los mártires de Cristo.

Los buenos y los malos, el Bien y el Mal, no los podemos encontrar identificados en todas y cada una de las posiciones opuestas que se dan en el curso de la Historia. *«Sólo Dios es bueno»* y Él difunde el Bien por Cristo entre los hombres.

Sólo la Iglesia, que, como afirmó Pío XII, no puede ser neutral ante los acontecimientos humanos y ante el curso de la historia, porque Dios no es nunca neutral, tiene autoridad divina para juzgar, como ha hecho en muchos momentos históricos, que una guerra humana puede ser una cruzada, y recordada por ella en sus celebraciones litúrgicas.

Pero por encima de todas las luchas humanas providencialmente previstas y dispuestas, obra en la Historia su designio, ordenado a la plenitud de Su Reino. Todo tiende a que se realice este designio de Dios:

*«El Reino de este mundo ha venido a ser del Señor Nuestro y de Su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos»* (Apoc. 11, 15).

## LA CONDENACIÓN DE BABILONIA LA GRANDE

(del libro del Apocalipsis, de san Juan)

### CAPÍTULO 17

<sup>1</sup> Entonces vino uno de los siete Ángeles que llevaban las siete copas y me habló: «Ven, que te voy a mostrar el juicio de la célebre Ramera, que se sienta sobre grandes aguas,

<sup>2</sup> con ella fornicaron los reyes de la tierra, y los habitantes de la tierra se embriagaron con el vino de su prostitución.»

<sup>3</sup> Me trasladó en espíritu al desierto. Y vi una mujer, sentada sobre una Bestia de color escarlata, cubierta de títulos blasfemos; la Bestia tenía siete cabezas y diez cuernos.

<sup>4</sup> La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas; llevaba en su mano una copa de oro llena de abominaciones, y también las impurezas de su prostitución,

<sup>5</sup> y en su frente un nombre escrito - un misterio -: «La Gran Babilonia, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra.»

<sup>6</sup> Y vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús. Y me asombré grandemente al verla;

<sup>7</sup> pero el Angel me dijo: «¿Por qué te asombras? Voy a explicarte el misterio de la mujer y de la Bestia que la lleva, la que tiene siete cabezas y diez cuernos.

<sup>8</sup> «La Bestia que has visto, era y ya no es; y va a subir del Abismo pero camina hacia su destrucción. Los habitantes de la tierra, cuyo nombre no fue inscrito desde la creación del mundo en el libro de la vida, se maravillarán al ver que la Bestia era y ya no es, pero que reaparecerá.

<sup>9</sup> Aquí es donde se requiere inteligencia, tener sabiduría. Las siete cabezas son siete colinas sobre las que se asienta la mujer. «Son también siete reyes:

<sup>10</sup> cinco han caído, uno es, y el otro no ha llegado aún. Y cuando llegue, habrá de durar poco tiempo.

<sup>11</sup> Y la Bestia, que era y ya no es, hace el octavo, pero es uno de los siete; y camina hacia su destrucción.

<sup>12</sup> Los diez cuernos que has visto son diez reyes que no han recibido aún el reino; pero recibirán con la Bestia la potestad real, sólo por una hora.

<sup>13</sup> Están todos de acuerdo en entregar a la Bestia el poder y la potestad que ellos tienen.

<sup>14</sup> Estos harán la guerra al Cordero, pero el Cordero, como es Señor de Señores y Rey de Reyes, los vencerá en unión con los suyos, los llamados y elegidos y fieles.»

<sup>15</sup> Me dijo además: «Las aguas que has visto, donde está sentada la Ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas.

<sup>16</sup> Y los diez cuernos que has visto y la Bestia, van a aborrecer a la Ramera; la dejarán sola y desnuda, comerán sus carnes y la consumirán por el fuego;

<sup>17</sup> porque Dios les ha inspirado la resolución de ejecutar su propio plan, y de ponerse de acuerdo en entregar la soberanía que tienen a la Bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios.

<sup>18</sup> Y la mujer que has visto es la Gran Ciudad, la que tiene la soberanía sobre los reyes de la tierra.

### CAPÍTULO 18

<sup>1</sup> Después de esto vi bajar del cielo a otro Angel, que tenía gran poder, y la tierra quedó iluminada con su resplandor.

<sup>2</sup> Gritó con potente voz diciendo: «¡Cayó, cayó la Gran Babilonia! Se ha convertido en morada de demonios, en guarida de toda clase de espíritus inmundos, en guarida de toda clase de aves inmundas y detestables.

<sup>3</sup> Porque del vino de sus prostituciones han bebido todas las naciones, y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con su lujo desenfrenado.»

<sup>4</sup> Luego oí otra voz que decía desde el cielo: «Salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas.

<sup>5</sup> Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades.

<sup>6</sup> Dadle como ella ha dado, dobladle la medida conforme a sus obras, en la copa que ella preparó preparadle el doble.

<sup>7</sup> En proporción a su jactancia y a su lujo, dadle tormentos y llantos. Pues dice en su corazón: Estoy sentada como reina, y no soy viuda y no he de conocer el llanto...

<sup>8</sup> Por eso, en un solo día llegarán sus plagas: peste, llanto y hambre, y será consumida por el fuego. Porque poderoso es el Señor Dios que la ha condenado.»

<sup>9</sup> Llorarán, harán duelo por ella los reyes de la tierra, los que con ella fornicaron y se dieron al lujo, cuando vean la humareda de sus llamas;

<sup>10</sup> se quedarán a distancia horrorizados ante su suplicio, y dirán: «¡Ay, ay, la Gran Ciudad! ¡Babilonia, ciudad poderosa, que en una hora ha llegado tu juicio!»

<sup>11</sup> Lloran y se lamentan por ella los mercaderes de la tierra, porque nadie compra ya sus cargamentos:

<sup>12</sup> cargamentos de oro y plata, piedras preciosas y perlas, lino y púrpura, seda y escarlata, toda clase de maderas olorosas y toda clase de objetos de marfil, toda clase

de objetos de madera preciosa, de bronce, de hierro y de mármol;

<sup>13</sup> cinamomo, amomo, perfumes, mirra, incienso, vino, aceite, harina, trigo, bestias de carga, ovejas, caballos y carros; esclavos y mercancía humana.

<sup>14</sup> Y los frutos en sazón que codiciaba tu alma, se han alejado de ti; y toda magnificencia y esplendor se han terminado para ti, y nunca jamás aparecerán.

<sup>15</sup> Los mercaderes de estas cosas, los que a costa de ella se habían enriquecido, se quedarán a distancia horrorizados ante su suplicio, llorando y lamentándose:

<sup>16</sup> «¡Ay, ay, la Gran Ciudad, vestida de lino, púrpura y escarlata, resplandeciente de oro, piedras preciosas y perlas,

<sup>17</sup> que en una hora ha sido arruinada tanta riqueza!» Todos los capitanes, oficiales de barco y los marineros, y cuantos se ocupan en trabajos del mar, se quedaron a distancia

<sup>18</sup> y gritaban al ver la humareda de sus llamas: «¿Quién como la Gran Ciudad?»

<sup>19</sup> Y echando polvo sobre sus cabezas, gritaban llorando y lamentándose: «¡Ay, ay, la Gran Ciudad, con cuya opulencia se enriquecieron cuantos tenían las naves en el mar; que en una hora ha sido assolada!»

<sup>20</sup> Alégrate por ella, cielo, y vosotros, los santos, los apóstoles y los profetas, porque al condenarla a ella, Dios ha juzgado vuestra causa.

<sup>21</sup> Un Ángel poderoso alzó entonces una piedra, como una gran rueda de molino, y la arrojó al mar diciendo: «Así, de golpe, será arrojada Babilonia, la Gran Ciudad, y no aparecerá ya más...»

<sup>22</sup> Y la música de los citaristas y cantores, de los flautistas y trompetas, no se oirá más en ti; artífice de arte alguna no se hallará más en ti; la voz de la rueda de molino no se oirá más en ti;

<sup>23</sup> La luz de la lámpara no lucirá más en ti; la voz del novio y de la novia no se oirá más en ti. Porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra, porque con tus hechicerías se extraviaron todas las naciones;

<sup>24</sup> y en ella fue hallada la sangre de los profetas y de los santos y de todos los degollados de la tierra.

## CAPÍTULO 19

<sup>1</sup> Después oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: «¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios,

<sup>2</sup> porque sus juicios son verdaderos y justos; porque ha juzgado a la Gran Ramera que corrompía la tierra con su prostitución, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos.»

<sup>3</sup> Y por segunda vez dijeron: «¡Aleluya! La humareda de la Ramera se eleva por los siglos de los siglos.»

<sup>4</sup> Entonces los veinticuatro Ancianos y los cuatro Vi-

vientes se postraron y adoraron a Dios, que está sentado en el trono, diciendo: «¡Amén! ¡Aleluya!»

<sup>5</sup> Y salió una voz del trono, que decía: «Alabad a nuestro Dios, todos sus siervos y los que le teméis, pequeños y grandes.»

<sup>6</sup> Y oí el ruido de muchedumbre inmensa y como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. Y decían: «¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso.

<sup>7</sup> Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado

<sup>8</sup> y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura - el lino son las buenas acciones de los santos». -

<sup>9</sup> Luego me dice: «Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero.» Me dijo además: «Estas son palabras verdaderas de Dios.»

<sup>10</sup> Entonces me postré a sus pies para adorarle, pero él me dice: «No, cuidado; yo soy un siervo como tú y como tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús. A Dios tienes que adorar.» El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía.

<sup>11</sup> Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco: el que lo monta se llama «Fiel» y «Veraz»; y juzga y combate con justicia.

<sup>12</sup> Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que sólo él conoce;

<sup>13</sup> viste un manto empapado en sangre y su nombre es: La Palabra de Dios.

<sup>14</sup> Y los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco puro, le seguían sobre caballos blancos.

<sup>15</sup> De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; él los regirá con cetro de hierro; él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios, el Todopoderoso.

<sup>16</sup> Lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo: Rey de Reyes y Señor de Señores.

<sup>17</sup> Luego vi a un Ángel de pie sobre el sol que gritaba con fuerte voz a todas las aves que volaban por lo alto del cielo: «Venid, reuníos para el gran banquete de Dios,

<sup>18</sup> para que comáis carne de reyes, carne de tribunos y carne de valientes, carne de caballos y de sus jinetes, y carne de toda clase de gente, libres y esclavos, pequeños y grandes.»

<sup>19</sup> Vi entonces a la Bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos reunidos para entablar combate contra el que iba montado en el caballo y contra su ejército.

<sup>20</sup> Pero la Bestia fue capturada, y con ella el falso profeta - el que había realizado al servicio de la Bestia las señales con que seducía a los que habían aceptado la marca de la Bestia y a los que adoraban su imagen - los dos fueron arrojados vivos al lago del fuego que arde con azufre.

<sup>21</sup> Los demás fueron exterminados por la espada que sale de la boca del que monta el caballo, y todas las aves se hartaron de sus carnes.»

## Laicismo y paz social

JOSÉ M<sup>a</sup> PETIT SULLA

El increíble atentado terrorista del once de septiembre contra las torres gemelas de Manhattan, que gran parte del mundo pudo ver con insólito estupor en directo por televisión, ha generado un sinnúmero de artículos, comentarios, análisis, etc., aparecidos en toda la prensa. Quizá había en todos ellos un denominador común, algo que se repetía con diversas modulaciones, un núcleo que de un modo u otro debía aparecer necesariamente, lo que se llama la versión «políticamente correcta», que en esencia decía que la civilización «democrática» ha sido atacada por algún tipo de terrorismo totalitarista. La trivialidad y ligereza con que se ofrece esta supuesta explicación induce a pensar que, en nuestras latitudes, hay escaso convencimiento de la bondad de la democracia y que, por ello, necesita ser presentada como la víctima de sucesivos y frecuentes ataques totalitarios. Pero, analizando la cuestión de modo objetivo, se ha de concluir que esta explicación es difícilmente creíble porque las torres del World Trade Center no son la estatua de la libertad ni el edificio de la ONU y no representan la democracia mundial sino más bien el comercio mundial.

Más ingenua es la versión –que ha sido profusamente presentada en la televisión estadounidense CNN y que procede de los más altos gobernantes de aquel país– de que hay gentes que hacen del terror su ideología y que existe un imperio del terror que ataca a un país que vive en libertad y paz. No se reparaba, al decir esto, que hay una triste y larga experiencia del terrorismo en todo el mundo, en Europa –y en España de modo particular. Muchos países sufren la lacra del terrorismo pero en todos ellos se habla de un «foco» problemático que lo alimenta. ¿Hemos de creer ahora que este terrorismo antiamericano es terror en su forma pura, es «terror en sí» sin causa alguna? El terror en sí no existe más que en las películas de miedo donde deliberadamente se busca el terror como masoquista emoción psicológica personal.

Un acto extraordinariamente grave y sin precedentes de terrorismo es ciertamente una buena ocasión para reflexionar sobre el sentido del terror como arma política, pero la suma gravedad del hecho no altera su naturaleza esencial. La deleznable acción de estrellar aviones de simples pasajeros contra edificios llenos, en su mayor parte, de simples oficinistas y trabajadores fue ciertamente brutal, verdaderamente demoníaco. Pero esta crueldad y brutalidad no cambia lo que es común al terrorismo menos audaz. El terror verdadero proviene de un odio y es el odio el que lo alimenta. El Terror –con mayúsculas– fue un período de la Revolución francesa, la tan celebrada y siem-

pre bien tratada por todos los periódicos y partidos liberales del mundo occidental. Desde aquel terror original las ideologías que han promovido el odio han expandido el terror como método de conquista y cuando han poseído el poder han ejercido el terrorismo de Estado como único método de consolidación. Los principales –no únicos– ejecutores que enseña la historia reciente han sido los anarquistas y comunistas, en cualquiera de sus facetas, tan bien tratados por otra parte por la prensa occidental, incluida la liberal e incluso la norteamericana. La ETA que nosotros padecemos, por ejemplo, se declara ufantemente «marxista-leninista», aunque esto no se diga nunca.

Pero los autores directos del atentado pusieron de relieve, ya desde el comienzo de las investigaciones, el foco del llamado integrista islamista que anida detrás del acto terrorista perpetrado en Nueva York y Washington. Se hizo entonces ineludible plantearse la presencia, de un modo u otro, de una cuestión religiosa, en particular la cuestión religiosa del islam. Y ha sido en este contexto donde –con toda una serie de pretendidas «matizaciones» acerca de la diferencia entre la religión y el fanatismo– encontramos una versión paralela a la anterior, aunque esta vez de tipo «religioso» y que sustituye a las ya señaladas impresentables versiones puramente políticas.

La tesis es entonces la siguiente: la sociedad religiosamente tolerante ha sido atacada por el integrista religioso. En esta formulación, si la comparamos con la anterior –cuyo esquema simple mantiene– la democracia ha sido sustituida por la sociedad laica y el totalitarismo por el fanatismo religioso. Y, si la democracia es «el imperio del bien», el bien está ahora representado por el agnosticismo religioso. Extraña y falaz conclusión, pero que es la tesis que finalmente prevalecerá, sin duda alguna, porque en ella vienen a coincidir los liberales más izquierdosos y los más conservadores.

No se ha hablado demasiado del islam en concreto, dilucidando si la guerra santa, la yihad, es o no intrínseca a esta religión, sino que se ha querido presentar al modo «filosófico» de ponerse por encima de toda religión y juzgarlo como un problema entre la religión entendida como algo fundamentalista y una actitud tolerante, agnóstica o laica.

Se han manejado como sinónimas palabras que no lo son –como tolerancia, agnosticismo o laicismo–, pero esta confusión terminológica es imprescindible para dar apariencia de justificación a sus arbitrarias y malintencionadas tesis. Aclarando mínimamente los conceptos habría que decir que la tolerancia en general es, en muchos casos, la única actitud posible frente a un mal inevitable por medios

usuales proporcionados al mal mismo y, en todo caso, se han de respetar los derechos religiosos de todo hombre, como enseña el Concilio Vaticano II en su Declaración sobre Libertad religiosa. Pero el último Concilio habla de derechos religiosos y expresamente niega la indiferencia religiosa. Si aceptara tal indiferencia, los musulmanes nos tendrían con razón por ateos prácticos. En cuanto al agnosticismo religioso, hay que decir que difiere esencialmente de la tolerancia y no tiene por qué ser bien recibido ni siquiera como mal menor, pues, aunque ha de ser respetado el agnóstico como persona, no tienen por qué aceptarse las razones de su agnosticismo. El agnosticismo, en general, es beligerante frente a la religión. Y en ningún caso puede aceptarse el reiterado argumento de que el agnosticismo es una actitud intelectualmente superior a la plena y convencida profesión de fe. La pretensión hegeliana de la supremacía de la razón filosófica sobre la fe religiosa ha minado la intelectualidad cristiana de Occidente y ha preparado su disolución como sociedad cristiana. Esta pretendida preeminencia de la razón sobre la fe es la que justifica la dictadura del agnosticismo que padecemos en todos los ámbitos culturales en nuestra sociedad, supuestamente tolerante con todas las creencias, donde no puede enseñarse nada que contradiga el agnosticismo y siempre puede denostarse la religión con cualquier pretexto. En cuanto al laicismo, que es en lo que vamos a parar definitivamente, hay que decir que es positivamente antirreligioso, que es el agnosticismo elevado a la máxima categoría social, pues obliga a que la religión esté siempre ausente de todo acto social —de la política, de la educación, de la cultura, de la economía, del deporte, etc.— y como que ello es totalmente imposible porque el hombre tiene una única vida que es individual y social a la vez, el laicismo actúa políticamente reprimiendo —si conviene sangrientamente— la religiosidad del pueblo sencillo que se expresa siempre en formas sociales.

Volvamos ahora la mirada concretamente a un determinado artículo de prensa, de cierta relevancia en nuestra sociedad barcelonesa. La tesis de que la tolerancia, el agnosticismo y el laicismo representado por Occidente ha sido atacada por el fanatismo religioso de un sector del islam fue presentada, con escasa sutileza, por una editorial del periódico *La Vanguardia* del día 23 de aquel mes de septiembre firmada por su Director adjunto. Bajo el curioso título de «Defender el islam», nos sorprendía con una explícita defensa del mundo laico frente al mundo religioso. Esta editorial no fue más que el preámbulo a otro artículo más explícito en esta misma dirección. Aquí se decía ya claramente que el problema ni es el totalitarismo ni el fanatismo; el problema es simplemente Dios. Pero ahora volvemos sobre la dicha editorial por lo que representa de posición oficiosa del citado periódico.

Pretendía dicha editorial expresar su apoyo a los que llamaba «musulmanes sensatos» y para ello apelaba a la unión del mundo «laico» de la sociedad actual. Los musulmanes «sensatos» —decía— han de sentirse defendidos

por los «millones de creyentes laicos que ha dado a luz la Ilustración». Este calificativo de «sensatos» da por supuesto que en el islam no hay laicismo social ni siquiera en los países donde el gobierno lo es oficialmente como Argelia o Turquía y obsérvese la tranquilidad con que la sensatez islámica tiene su paralelismo en el laicismo cristiano. Pero, más allá de la cauta terminología apenas mal disimulada, la tesis final es muy clara: las religiones han de pasar por el tamiz de laicismo para perder toda influencia social y política, pues de otra manera la paz mundial está amenazada. Tal era el mensaje chantajista de la editorial: «Permitir que las sectas fanáticas secuestren las religiones desataría un choque de civilizaciones sin precedentes». La idea es, ciertamente, plenamente ilustrada, la paz se ha de fundar en el ateísmo, esto es, aquel «ateísmo» que lleva a «despreciar los preceptos maximalistas que dictan algunos intérpretes de la Biblia o del Corán».

Y que se trata del ateísmo y no de otra actitud se refleja por el comienzo mismo de la dicha editorial que, citando al presidente checo Havel, decía: «una característica sin precedentes de la situación actual es que resulta básicamente atea». Aunque no está clara la apreciación del célebre presidente intelectual Havel lo cierto es que la llamada «situación» no es otra cosa que la civilización occidental. Y en vano pretende el articulista que esta situación sea común a cristianos y musulmanes amalgamando en un todo «superior» la filosofía de la historia de origen e intención racionalista hegeliana, porque la Ilustración sólo existió en la sociedad cristiana. Y, efectivamente, la Ilustración, con Kant a la cabeza, creó el laicismo y el laicismo es en esencia que la religión es algo exclusivamente privado que no ha de tener ningún peso en la sociedad. Y de este laicismo —y sólo de este laicismo— se ha seguido en Occidente el ateísmo generalizado. Esto es tan evidente que ni siquiera en los países sometidos al comunismo se ha descristianizado el pueblo con tanta intensidad como bajo los regímenes laicos de Occidente.

Volvamos sobre los hechos concretos que se originan con el atentado del once de septiembre del comienzo de este siglo y milenio. Es hora de que hablen no sólo los musulmanes sino también los católicos. Todos los cristianos —y los judíos— han de leer en la Biblia que toda desgracia colectiva tiene su origen en un pecado colectivo y que el pecado colectivo de Occidente es el ateísmo social. En consecuencia, lo que nos defenderá del fanatismo pseudorreligioso islámico, o de otro tipo, no es el laicismo sino el ordenamiento de la sociedad según el plan de Dios que vela sobre todos los hombres de todas las razas. Si Occidente no cambia de rumbo estos actos se repetirán con este u otro origen. Este deleznable acto terrorista es, en esencia, un castigo a nuestra sociedad.

Ni siquiera los que rezan por la paz parecen tener en la memoria las graves palabras del gran pontífice Pío XI, que meditaba, entre las dos guerras mundiales, el problema de la paz a la luz de la revelación cristiana. Intentemos ahora releer entera —o por fragmentos si se prefiere— la

encíclica *Ubi Arcano* de aquel pontífice y se arrojará una luz verdaderamente luminosa sobre el problema actual de la falta de paz en el mundo. Decía el Papa: «Muy bien cuadran a nuestros tiempos las palabras de los profetas: *hemos aguardado la paz y no venía este bien; el tiempo del remedio, y sólo vemos terror* (Jer 8,15) (n. 6)» y más adelante «¿Quién ignora el dicho de las escrituras: los que abandonaron al Señor serán consumidos? (Is. I, 28)» (n. 21). La tesis del Papa es exactamente la diametralmente opuesta a la del articulista, cuando escribió reiteradamente la relación entre la paz y el reino de Cristo: «no podemos ciertamente trabajar con más ahínco para establecer la paz, que restableciendo el reino de Cristo» (n. 42).

Pero para concluir este comentario diría que el articulista no ha encontrado la mejor ocasión para sostener esta tesis laicista disfrazada de tolerancia porque lo que los fanáticos musulmanes odian y han querido destruir con estos atentados no es la civilización cristiana sino, precisamente, su versión laica. Bin Laden no se ha cansado de repetirlo: Occidente es el ateísmo. Esta afirmación es desgraciadamente tan verdadera que ha de hacer efecto entre los musulmanes sinceros, aunque su principal portavoz sea él mismo más nacionalista o incluso marxista que islamista, con toda probabilidad. Los dirigentes del terrorismo islámico están sin duda en conexión o simpatía con el terrorismo revolucionario de corte marxista que actúa

en todo el mundo. Y viceversa, como se ve ahora en las manifestaciones de clara matriz marxista que se dan también en Occidente contra la guerra de Afganistán en que se han metido Norteamérica e Inglaterra. Pero, aunque los terroristas islámicos están evidentemente inficionados de la extendida crítica marxista —que han aprendido en las escuelas occidentales donde se han educado—, para los musulmanes que ahora hacen causa común con estos terroristas, el enemigo es ciertamente la sociedad opulenta pero porque en ella se ha organizado la sociedad sin Dios, sustituido por el único Dios del dinero.

Ellos juzgan a Occidente corrupto y corruptor. Ellos creen que esta sociedad materialista les quiere invadir y les quiere arrancar sus creencias, principalmente la creencia de que Dios está por encima de todo lo humano, que está muy viva en el islam. Frente a todo laicismo, los cristianos no deberíamos olvidar que el que «se ha hecho hombre» por nosotros es también Dios trascendente, Señor de todo lo creado y Rey del universo. La santa Trinidad y su amorosa mirada sobre el hombre prueba ciertamente la superioridad del cristianismo, como decía Ramón Llull en su predicación entre musulmanes, pero no puede ser motivo para justificar la inmanencia antropocéntrica hasta la autodivinización del hombre despreciando al único Dios trascendente, creador del mundo y providente de la vida humana, en particular, única causa de la verdadera paz.

## LAS DOS CIUDADES

Dos amores fundaron dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial. La primera se gloria en sí misma, y la segunda en Dios, porque aquélla busca la gloria de los hombres, y ésta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia. Aquélla se engríe en su gloria, y ésta dice a su Dios: «Vos sois mi gloria y el que me hace ir con la cabeza en alto». En aquélla, sus príncipes y las naciones avasalladas se ven bajo el yugo de la concupiscencia de dominio, y en ésta sirven en mutua caridad, los gobernantes aconsejando y los súbditos obedeciendo. Aquélla ama su propia fuerza en sus potentados, y ésta dice a su Dios: «A ti he de amarte, Señor, que eres mi fortaleza». Por eso, en aquélla, sus sabios, que viven según el hombre, no han buscado más que a los bienes de cuerpo, o los del alma, o los de ambos, y los que llegaron a conocer a Dios, no le honraron

ni dieron gracias como a Dios, sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su necio corazón se oscureció. Creyéndose sabios, es decir, engallados en su propia sabiduría a exigencias de su soberbia, se hicieron necios y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de serpientes. Porque o llevaron a los pueblos a adorar tales simulacros, yendo ellos al frente, o los siguieron, y rindieron culto y sirvieron a la criatura antes que al Creador, que es bendito por siempre. En ésta, en cambio, no hay sabiduría humana, sino piedad, que funda el culto legítimo al Dios verdadero, en espera de un premio en la sociedad de los santos, de hombres y de ángeles, con el fin de que Dios sea todo en todas las cosas.

SAN AGUSTÍN: *La Ciudad de Dios*

# La transformación del mundo en Reino de Dios

Texto de la homilía pronunciada por **Pedro Pablo Silva, OSB**, amigo de **CRISTIANDAD** en Chile, de la abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, correspondiente al domingo, día 7 de octubre

Queridos Hermanos,

Antes de empezar la homilía, quisiera recordar que hoy 7 de octubre es el día de Nuestra Señora del Rosario, fiesta instituida por el Papa San Pío V para agradecer la victoria de la Cristiandad contra la invasión turca en el año 1572, en Lepanto. Sin la ayuda de la Santísima Virgen, Europa y tal vez el mundo, serían hoy musulmanes.

En la primera Lectura, el profeta se queja ante Yahvé por el mal y la injusticia que hay en el mundo. Es común en ambos Testamentos que los profetas vean la realidad de una manera diferente a como la ve la gente de su tiempo. Dicen, por ejemplo, Dios va a castigar a Israel por su infidelidad a la Alianza con una deportación a Babilonia. Les responden: «Tú siempre nos profetizas desgracias»; en lenguaje de hoy: «Eres un negativo, exageras, las cosas no están tan mal». Sucede que los profetas sí ven la realidad y la gente del mundo no, pues al final, los oráculos proféticos se cumplen, y el pueblo judío, por citar un ejemplo, fue deportado a Babilonia por Nabucodonosor en tiempos del rey Jeconías.

Si nosotros no estuviésemos inmersos en la *misma mentalidad* que ha engendrado estas situaciones muchas veces estructurales, también, como los profetas, seríamos capaces de ver el pecado del mundo actual, y quejarnos a Yahvé hoy, *tanto o más que ellos*. «Por qué me haces ver desgracias, me muestras trabajos, violencias y estas catástrofes»<sup>1</sup>. El atentado en Estados Unidos, mirando las cosas desde Dios y de un mundo que se aleja cada vez más de él hasta volverse contra él, no debiera, por una parte, sorprendernos del todo, por otra sí. Porque, ¿qué es esto comparado con los horrores de la Revolución francesa, con las víctimas de las dos guerras mundiales, con los millones de muertos en los regímenes totalitarios, con las decenas de millones de crímenes anuales contra los niños indefensos, en el seno de sus madres, que mueren con la bendición de nuestras democracias occidentales, en pleno siglo de los derechos humanos? Por si fuera poco, los estudiosos, en un Symposium celebrado en Roma días antes de la jornada jubilar dedicada a los testigos de la fe de este último siglo, estiman en unos 40 millones los mártires de toda la historia de la

Iglesia, *de los cuales unos 27 son mártires del siglo XX*<sup>2</sup>. El hombre ha matado a su hermano en nuestros tiempos como nunca en la historia de la humanidad. Negarse a reconocerlo es vivir en el limbo. Por eso, de cara a lo que hemos vivido estos días es bueno detenerse y pensar en si debemos continuar de la misma manera...

La capacidad de resolver un problema radica, en primer lugar en reconocerlo, y luego en averiguar las causas que lo producen ¿Cómo se ha llegado entonces a derramar tanta sangre en nuestros días? A través de un largo y complejísimo proceso de secularización de siglos de historia, el cual, simplificando, se puede dividir en las siguientes etapas:<sup>3</sup> 1. «Cristo sí, la Iglesia no». Con esta frase gráfica se resume la reforma protestante del siglo XVI. Los reformadores afirman a Cristo, pero niegan las mediaciones humanas de la Iglesia. 2. «Dios sí, Cristo no». Esta etapa se incubaba en la Ilustración, y tiene su eclosión en la Revolución francesa y Napoleón; se caracteriza porque al negar a Cristo, se niega al Dios trascendente, pero se sigue hablando de un Ser Supremo, Gran Arquitecto del universo o también Razón del mundo. 3. «El hombre sí, Dios no», es el humanismo autónomo que la continuó; dicho con palabras de Nietzsche: «Es necesario que Dios muera para que viva el hombre», o Karl Marx que afirmaba que era necesario «derribar de su pedestal a Dios para poner en él al hombre» (¡!). Al final de este proceso hemos llegado a este resultado: 4. «El hombre no». Entonces, de la negación de la Iglesia, de Cristo, de Dios; del rechazo de la soberanía de Cristo sobre la sociedad y el hombre se ha llegado a través de sucesivas etapas a la negación del hombre.

Esta situación de desgracia, como lo constatamos por sus «frutos», es nuestra versión hodierna de lo que denuncia el profeta Habacuc. En la Sagrada Escritura, todas las catástrofes de la historia son un reflejo de lo que se da en el corazón del hombre. Debemos convencernos que no habrá soluciones de fondo para los problemas actuales mientras no se remuevan las bases sobre las cuales descansa el sistema religioso-político del mundo de hoy. No es cuestión solamente de encontrar terroris-

1. Hab 1, 3.

2. Cf. *Humanitas*, donde trata este tema.

3. Cf. Quas Primas 23.

tas, el problema está en el fondo del corazón del hombre, herido por el pecado, que sin la Iglesia, sin Cristo y sin Dios se vuelve contra su hermano, contra sí mismo y contra la creación.

Yahvé indica al profeta dos soluciones liberadoras: 1. Esperar en Él; la meta vendrá ciertamente sin retraso; esto es, Dios mismo interviene y juzga a las naciones *en la historia*. Es lo que nos enseña San Agustín y lo que vemos. 2. El justo vivirá por su fe; esto es, hay que creer que las promesas que Dios ha hecho acerca del mundo se cumplirán. Por tanto, debemos creer con fe teologal que la redención ya obrada por Cristo en favor del mundo, que gime con dolores de parto, ha de manifestarse y actualizarse en la plenitud de los tiempos, cuando Dios sea todo en todos. En síntesis: **¡que el amor que brota del Corazón de Cristo es la única**

**fuerza capaz de operar la transformación de este mundo en Reino de Dios!**<sup>4</sup>

«¡Qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejaran gobernar por Cristo!», dijo el Papa Pío XI en su Encíclica sobre Cristo Rey<sup>5</sup>. León XIII, refiriéndose a lo mismo, había escrito 25 años antes: «Entonces se podrán curar tantas heridas, todo derecho recobrará su vigor antiguo, volverán los bienes de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten de buena voluntad el imperio de Cristo, cuando le obedezcan, cuando toda lengua proclame que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre»<sup>6</sup>. Amén.

4. Ap 11, 15.

5. *Quas primas*, 18, 11 de diciembre de 1925.

6. *Annum sacrum*, 25 de mayo 1899.

## LAS VICTORIAS DE LA CIUDAD TERRENA

La ciudad terrena, que no será eterna (pues, una vez condenada al último suplicio, no será ya ciudad), tiene aquí abajo su bien y se goza en su posesión con ese gozo que pueden brindar tales cosas. Y porque ese bien no es tal que excluya de sus amadores las angustias, por eso esta ciudad con frecuencia se divide contra sí misma, pleiteando, batallando, luchando y buscando victorias mortíferas o al menos mortales. Porque sea cualquiera la parte de ella que se levante en guerra contra otra, pretende ser vencedora, siendo ella cautiva de los vicios. Si vence y se engalla más soberbiamente, su victoria es mortífera; pero si, pesando la condición y las consecuencias comunes, es mayor su aflicción por las desgracias que pueden sobrevenir que su hinchazón por las ventajas que reporte, la victoria es solamente mortal. Porque no siempre puede señorear, subsistiendo, a quienes pudo someter venciendo.

No es acertado decir que los bienes que desea esta ciudad no son bienes, puesto que

ella misma es un bien, y el mejor en su género. Por causa de estos bienes ínfimos, desea cierta paz terrena y anhela llegar a ella por la guerra. Si vence y no hay quien resista, nace la paz de que carecían los partidos contrarios entre sí, que luchaban con infeliz miseria por cosas que no podían poseer a la vez. Esta es la paz que persiguen las penosas guerras, ésta es la paz que logran las victorias pretendidamente gloriosas. Cuando vencen los que lucharon por la causa justa, ¿quién duda que la victoria debe acogerse con aplauso, y la paz con gozo? Son bienes, y los bienes son dones de Dios. Mas si, abandonados los bienes supremos, posesión de la Ciudad soberana, donde habrá una victoria seguida de una paz eterna y suma, se ansían estos bienes de manera que o se crea que son únicos o se amen más que los superiores, inevitablemente sigue la miseria y se acrece la existente.

## «BAAL»

### LA CIUDAD VISTA POR DOSTOYEVSKI

En el verano de 1862, Dostoyevski viaja por Europa y visita París y Londres. De regreso a San Petersburgo redacta una crónica del viaje, «Notas de invierno sobre impresiones de verano», en las que vierte la sorpresa que le puede causar a un hombre que tiene siempre las Escrituras en la mente y el más profundo sentido de la fe en el corazón, una ciudad como Londres, en aquel momento «el centro del comercio mundial».

Si; París es una ciudad asombrosa. ¡Y qué confort, cuántas comodidades para los que a ellas tienen derecho, y también qué orden, qué orden tranquilo! Yo todo lo reduzco a orden. Verdaderamente, un poco más, y París, con su millón y medio de vecinos, se convertiría en una poblacioncilla profesoral, tudasca, petrificada en tranquilidad y orden, en una Heildelberg cualquiera. A eso tiende. ¿Y no podría ser un Heildelberg de colosales dimensiones? ¡Y qué reglamentación! Compréndanme ustedes: no tanta reglamentación exterior, que resulta insignificante (claro que en comparación), cuanto colosal, interior, espiritual, emanada del alma. París se encoge con gusto, se estrecha con placer, se achica con unción. ¡Adónde se queda en este sentido, Londres, por ejemplo! Estuve en Londres ocho días por junto, y, cuando menos en lo exterior, ¡con qué cuadros tan amplios, y qué planos tan claros, tan especiales, sujetos a medida, que destacan en mis recuerdos! Todo allí es enorme y tajante en su originalidad. Hasta puede engañarnos esa originalidad. Cada rudeza, cada contraste, codéase con su antítesis y va con ella de bracero, contradiciéndose mutuamente y, por lo visto, sin poder excluirse. Todo eso, al parecer, aférrase tercamente a lo suyo y vive su vida, y salta a la vista que no se estorban unas cosas a otras. Y, sin embargo, nótese allí la misma tenaz, sorda y ya vieja pugna, guerra a muerte de todo principio personal en Occidente con la necesidad indispensable de convivir, de componer, sea como fuere, un todo y reunirse en hormiguero; formar aunque sea un hormiguero, organizarse un poco, sin comerse unos a otros... pues, de lo contrario, volverían a la antropofagia. En este sentido, por otra parte, obsérvase allí, lo mismo que en París, tan desesperado esfuerzo por aferrarse a su statu quo, ese echar de sí todos los deseos y esperanzas y maldecir el futuro, en el que no tiene fe ni siquiera los cabecillas del progreso, y postrarse ante Baal. Pero, por favor, no os dejéis seducir por frases retumbantes; todo eso sólo se advierte conscientemente en el espíritu de los progresistas conscientes; pero se nota de un modo inconsciente, instintivo, en la actuación vital de toda la masa. Pero el burgués, por ejemplo, en París, muéstrase cons-

cientemente muy contento y convencido de que así debe ser, y hasta es capaz de pegaros como le llevéis en eso la contra, y os pegará, porque hasta ahora tiene cierto miedo, pese a todo su aplomo. En Londres, aunque se observe lo mismo, ¡qué perspectivas, no obstante, tan amplias, tan abrumadoras! Hasta en lo exterior, ¡qué diferencia con París! Esa ciudad, día y noche atareada e inquieta día y noche como el mar; los rugidos y silbidos de las máquinas, esos trenes que corren por encima de las casas (y que no tardarán en correr también por debajo de ellas); esa osadía emprendedora; ese aparente desorden, que en realidad es orden burgués en el más alto grado; ese envenenado Támesis; ese ambiente saturado de carbón piedra; esos squares y parques magníficos; esos terribles antros, como el de Whitechapel, con sus vecinos medio en cueros, salvajes y famélicos; la City, con sus millones y su mundial comercio; el Palacio de Cristal; la Exposición Universal... Sí, la Exposición impresiona. Sentís una energía terrible, que ha unido allí a todas esas gentes incontables, llegadas de todo el mundo formando un solo rebaño; reconocéis una idea gigante; sentís que allí se ha conseguido una victoria, un triunfo. Empezáis como a temer algo. Por independientes que fuereis, algo hay que os parece terrible. «¿No será ese ya el ideal logrado? —pensáis—. ¿No será ese ya el término? ¿No será ese ya el rebaño único? ¿No será llegada, efectivamente, la hora de aceptar esto como la verdad plena y ajustarse a ella definitivamente?» Todo esto es tan solemne, triunfal y orgulloso, que se os empieza a encoger el espíritu. Miráis a esos cientos, a esos miles, a esos millones de individuos que han acudido aquí, sumisos, de todas las partes del mundo... gentes llegadas con un solo pensamiento, que se agolpa tranquila, terca y silenciosamente en este palacio colosal, y sentís que allí se ha consumado y relatado algo definitivo. Es un cuadro bíblico, algo por el estilo de Babilonia o de una profecía del Apocalipsis que se cumpliera a nuestra vista. Sentís que se necesita mucha dosis de secular negación y desvío para no postrarse, para no rendirse a la impresión y adorar el hecho y erigir en dios a Baal, es decir, para no tomar por el propio ideal lo existente...

«Vaya... eso es un desatino –diréis–, un absurdo morboso, nervios, exageración. Nadie se detendrá en eso ni lo aceptará por su ideal. Además, que el hambre y la esclavitud son sus hermanas, y, más que nada, contribuirán a fomentar el espíritu de negación y engendrarán escepticismo. Pero los *dilettanti*, ahítos, que se pasean por gusto, pueden, sin duda, imaginar visiones del Apocalipsis y consolar sus nervios, exagerando y sacándole a todo, para excitarse, fuertes sensaciones...»

«Bien –contesto yo–. Supongamos que me haya seducido la decoración, eso es. Pero si vierais qué orgulloso es ese potente espíritu de su victoria y de su triunfo, os echaríais a temblar a vista de su orgullo, terquedad y ceguera, y temblarías también por aquellos a quienes señorea ese orgulloso espíritu.» Ante tan colosales proporciones, ante tan gigantesco orgullo del dominante espíritu, a vista de la triunfal perfección de la obra de ese espíritu, se estremece también no pocas veces el alma, transida, doblégase, ríndese, busca la salvación en el desenfreno y la licencia, y empieza a creer que eso es lo procedente. El hecho abruma, la masa agobia y oprime a los chinos, y si engendra escepticismo, busca la salvación, triste y renegando, en algo semejante al mormonismo. Pero en Londres se le puede convencer a la masa en tal proporción y con un escenario como nunca veréis despiertos su igual en el mundo. Dijéronme, por ejemplo, que las noches de sábado medio millón de trabajadores de uno y otro sexo, con sus hijos, invaden, como el mar, la ciudad toda, concentrándose con preferencia en algunos barrios, y toda la noche, hasta las cinco de la mañana, se la pasan de juerga, es decir, comiendo y bebiendo como bestias para toda la semana. Todo eso es producto de sus economías cotidianas, dinero ganado con un rudo trabajo y entre maldiciones.

[...]

El pueblo es en todas partes pueblo; pero allí era todo tan colosal, tan claro, que os parecía sentir lo que hasta entonces no hicierais más que imaginar. Además, que allí veíais, no al pueblo, sino la pérdida de la conciencia, sistemática, sumisa, fomentada. Y sentíais, al ver todos aquellos parias de la sociedad, que, por mucho tiempo aún, no se cumplirían para ellos las profecías, que aún tardarán

mucho en darles palmas y blancas vestiduras y en llamarlos juntos al trono del Altísimo. ¿Hasta cuando, Señor? Y ellos lo saben, y, por lo pronto, vénganse de la sociedad con ciertas sectas subterráneas de mormones, predicadores errabundos. Nos asombra la estupidez de profesar en esas sectas, y no adivinamos que en eso hay un desvío de nuestras fórmulas sociales, un desvío terco, inconsciente; un alejamiento instintivo de todo para salvarse, alejamiento de nosotros con asco y horror. Esos millones de seres, abandonados y echados del festín de la vida, apretujándose y aplastándose mutuamente, en la bruma subterránea en que los dejaron sus hermanos mayores, llaman a tientas a una puerta cualquiera y buscan una salida para no asfixiarse en aquellas tinieblas. Ese es el supremo desesperado intento de apartarse de su pandilla; de su masa, y alejarse de todo, hasta de la imagen del hombre, y vivir a su manera y no estar con nosotros...

[...]

Pero cuando se va la noche y viene el día, ese mismo espíritu soberbio, huraño, vuelve a apoderarse de la gigantesca ciudad. No se preocupa de lo que pueda haber pasado durante la noche, no se inquieta por lo que en torno suyo ve ya en pleno día. Baal domina y ni siquiera reclama acatamiento, porque sabe que cuenta con él. Su fe en sí mismo es infinita; despectivo y tranquilo, sólo por quitarse eso de encima, da la limosna organizada, siendo después ya imposible quebrantar lo más mínimo su aplomo. Baal no cierra los ojos, como hacen, por ejemplo, en París a algunos violentos, sospechosos y alarmantes fenómenos de la vida. La pobreza, el dolor, los murmullos y quejas de la masa no le intimidan lo más mínimo. Despectivamente les permite a todos esos sospechosos y malignos fenómenos de la vida convivir con él a su lado a plena luz. No se afana cobardemente como el parisiense, por convencerse, darse ánimos y creerse que todo está tranquilo y marcha bien. No se toma el trabajo de esconder en algún sitio, como hacen en París, a los pobres para que no perturben ni inquieten inútilmente su sueño. El parisiense, a semejanza del avestruz, gusta de hundir la cabeza en la arena para no ver a los cazadores que se les echan encima. En París... ¡Pero qué digo! ¡Si no estoy en París!... ¡Pero cuándo, Señor, aprenderé orden!...



# CIUDAD Y DECADENCIA

## LA CIUDAD VISTA POR SPENGLER

En «La decadencia de Occidente» (1916-1920), Oswald Spengler sitúa la aparición de las grandes metrópolis mundiales como fenómeno típico de la decadencia de toda cultura (o civilización, en la terminología de Toynbee); hecho que viene repitiéndose desde Babilonia hasta nuestros días, y que ha llegado a su máxima expresión en la sociedad superurbanizada actual.

### La casa de campo y la aldea en el comienzo de toda cultura

El hombre primitivo es un animal *errante*, una vigilia cuya existencia anda a tientas por la vida; es todo macrocosmos, sin patria, sin solar, provisto de agudísimos y medrosos sentidos, siempre pendiente de arrebatarse alguna ventaja a la naturaleza hostil. Un cambio profundo comienza al iniciarse la agricultura, actividad artificial, completamente ajena a los cazadores y a los pastores. El que cava y cultiva la tierra no pretende saquear la naturaleza, sino *cambiarla*. Plantar no significa tomar algo, sino *producir* algo. Pero al hacer esto, el hombre mismo se torna planta, es decir, aldeano, arraigando en el suelo cultivado. El alma del hombre descubre un alma en el paisaje que le rodea. Anúnciase entonces un nuevo ligamen de la existencia, una sensibilidad nueva. La madre tierra, existencia, una sensibilidad nueva. La hostil naturaleza se convierte en amiga. La tierra es ahora ya la *madre* tierra. Anúdase una relación profunda entre la siembra y la concepción, entre la cosecha y la muerte, entre el niño y el grano.

[...]

Y como expresión perfecta de este sentimiento vital surge por doquiera *la figura simbólica de la casa labradora*, que en la disposición de sus estancias y en los rasgos de su forma exterior nos habla de la sangre que corre por las venas de sus habitantes. La casa aldeana es el gran símbolo del sedentarismo. Es una planta. Empuja sus raíces hondamente en el suelo «propio». Es *propiedad*, en el sentido más sagrado.

[...]

Éste es el supuesto de toda cultura. La cultura misma es siempre vegetal, crece sobre su territorio materno y afirma una vez más el ligamen *psíquico* que une al hombre con el suelo. Pero lo que para el labriego significa su casa, eso mismo significa *la ciudad para el hombre culto*. También la ciudad es un vegetal.

[...]

La civilización con sus ciudades gigantescas es la que,

por fin, desprecia esas raíces del alma y las arranca. El hombre civilizado, el *nómada intelectual*, vuelve a ser todo macrocosmos, sin patria, libre de espíritu, como los cazadores y los pastores eran libres de sentido. *Ubi bene, ibi patria*, el dicho vale para *antes* y para *después* de toda cultura.

### La ciudad debe ser sola y única

[...]

El hombre se torna «espíritu», se hace «libre» y vuelve otra vez al nomadismo; pero con más estrechez y frialdad. *El «espíritu» es la forma específicamente urbana de la vigilia inteligente*. El arte, la religión, la ciencia, se van llenando poco a poco de inteligencia, se van haciendo extraños a la tierra, incomprensibles para el labrador arraigado al terruño. La civilización trae consigo la crisis de la fecundidad. Las raíces antiquísimas de la existencia se secan en los adoquines de las ciudades. El librepensamiento —¡fatal palabra!— aparece como una llama que asciende magnífica y se consume al punto en el aire.

[...]

Al fin se inicia la urbe, la urbe gigantesca, *la ciudad como un mundo*, la ciudad que *debe* ser sola y única.

### Todo lo que no es urbe mundial es «provincia»

La ciudad es espíritu. La gran ciudad es el «pensamiento libre».

[...]

Surge, por último, el formidable símbolo y recipiente del espíritu totalmente liberado, la ciudad mundial, centro en donde, finalmente, se concentra por completo el curso de la historia universal. Me refiero a esas pocas gigantescas ciudades de toda civilización madura, a esas urbes que descalifican y desprecian todo el paisaje materno de su cultura, aplicando el concepto de provincia. Ahora ya todo es provincia; el campo, la pequeña y la gran ciudad, son provincia. Sólo quedan exceptuados de este apelativo

esos dos o tres puntos centrales. Ya no hay nobles y burgueses; ya no hay libres y esclavos; ya no hay helenos ni bárbaros; ya no hay fieles ni infieles. Ya sólo existen *los provincianos y los habitantes de la urbe mundial*. Las restantes oposiciones palidecen ante esta oposición única, que domina los acontecimientos, las costumbres vitales y las concepciones del universo.

### La Ciudad mundial, término del ciclo vital de toda cultura

El coloso pétreo de la ciudad mundial señala el término del ciclo vital de toda gran cultura. El hombre culto, cuya alma plasmó antaño el campo, cae prisionero de su propia creación, la ciudad, y se convierte entonces en su criatura, en su órgano ejecutor y, finalmente, en su víctima. Esa masa de piedra es la *ciudad absoluta*. Su imagen, tal como se dibuja con grandiosa belleza en el mundo luminoso de los ojos humanos, contiene todo el simbolismo sublime de la muerte, de lo definitivamente «pretérito». La piedra preespiritualizada de los edificios góticos ha llegado a convertirse, en el curso de una historia estilística de mil años, en el material inánime de este demoníaco desierto de adoquines.

### El hastío y el tedio se apoderan del habitante de la gran ciudad

Una miseria espantosa, con embrutecimiento de todas las formas de la vida, se desarrolla en esas soberbias ciudades mundiales, creando entre los tejados y las buhardillas, en los sótanos y en los patios interiores, un nuevo tipo de hombre primitivo. Ello ocurrió en Bagdad y en Babilonia, como en Tenochtitlán y como hoy en Londres y Berlín.

[...]

Pero ni la miseria ni la opresión, ni la clara percepción de la locura que lleva consigo este desarrollo son capaces

de contener la fuerza atractiva de esos centros demoníacos.

[...]

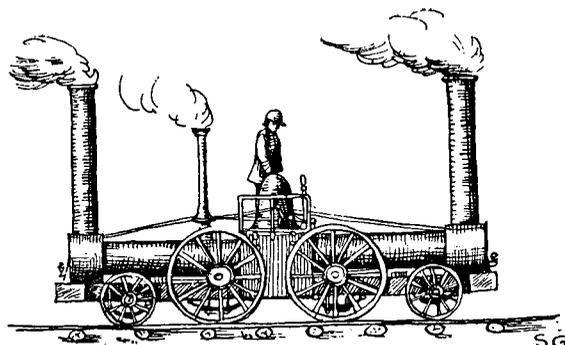
El principio y el fin, la casa aldeana y el bloque de viviendas, son uno a otro como el alma a la inteligencia, como la sangre a la piedra.

[...]

Quien cae en las redes de la belleza pecadora de este último prodigio de la historia no recobra nunca más su libertad. Los pueblos primitivos pueden desprenderse del suelo y emigrar a remotos países. El nómada intelectual no puede hacerlo ya. La patria para él es la ciudad. En la aldea más próxima siéntese como en el extranjero. Prefiere morir sobre el asfalto de las calles a regresar al campo. Y no lo liberta ni siquiera el asco de esa magnificencia, el hastío de tanta luz y de tanto color, el *taedium vitae* que se apodera al fin de muchos. El hombre de la gran urbe lleva eternamente consigo la ciudad; la lleva cuando sale al mar; la lleva cuando sube a la montaña. Ha perdido el campo en su interior y ya no puede encontrarlo fuera.

### La distensión, el deporte, el «placer» y las apuestas, substitutivos de la auténtica alegría

La tensión intelectual no conoce más que una sola forma —forma urbana— de recreo: *la distensión*, la distracción. El *auténtico* juego, la alegría vital, el placer, el arrebatado, nacen del ritmo cósmico, y ya no hallan en la urbe quien sea capaz de comprender su esencia. Pero la anulación del intenso trabajo mental práctico por su contrario, el *footing*, practicado consecuentemente; la anulación de la tensión espiritual por la corpórea del deporte; la anulación de la tensión corpórea por la sensual del «placer» y por la espiritual de la «excitación» que producen el juego y la apuesta: la sustitución de la lógica pura del trabajo diario por la mística conscientemente saboreado, todo esto reaparece en todas las urbes mundiales de todas las civilizaciones. El cine, el expresionismo, la teosofía, el boxeo, los bailes negros, el póquer y las apuestas: todo ello se encuentra en Roma.



# «DE BABILONIA A BRASILIA»

## LA CIUDAD VISTA POR SCHNEIDER

A finales de los años cincuenta se alza en Brasil la que será su nueva capital, Brasilia. Se construye a partir de la nada, con criterios racionalistas (obra de Lúcio Costa, discípulo de Le Corbusier), y por ello deberá ser la ciudad perfecta. El hecho causa un gran impacto mundial y el periodista Wolf Schneider escribe una historia de las ciudades que titula «De Babilonia a Brasilia» (1960). Pero Brasilia quedará como una ciudad más, porque la ciudad por antonomasia es ya, irremediabilmente, Nueva York.

En la segunda mitad del siglo XIX era Nueva York una ciudad muy llena de ajeteo, ruidosa, en cuyas calles no era raro contemplar miserables barracas al lado de palacios de mármol. Los millonarios de la nueva potencia mundial concentrábanse aquí al igual que los fracasados. En 1900 el 40 por ciento de la exportación y más del 60 por ciento de la importación de los Estados Unidos realizábase por el puerto de Nueva York. «El ascenso de Nueva York a la categoría de metrópoli es quizá el suceso más trascendental del siglo pasado», escribe Oswald Spengler.

Aquel mismo año de 1900, las autoridades de Chicago dictaron una disposición que prácticamente proscibía de la ciudad la existencia de los rascacielos: la máxima altura que podían tener todos los edificios de Chicago era de 260 pies (79 metros) e incluso bajaron estos límites a 200 pies (61 metros) en el año 1914.

### ¿Quién construye el edificio más alto?

Así fue cómo Nueva York pudo llegar a ser, sin competencia, la ciudad de las torres, la metrópoli del siglo XX que poseía la silueta que caracterizaba a este siglo.

Aquí dividióse la zona urbana en nueve zonas de altura: en la inferior, la altura de la casa sólo podía equivaler a una cuarta parte de la anchura de la calle, en la superior, dos veces y media dicha anchura. Estas y otras disposiciones complicadas, aunque en modo alguno irrazonables, junto con los progresos realizados en la construcción de ascensores y con la solidez del suelo de Manhattan, permitieron satisfacer de un modo impresionante y un tanto grotesco la antigua afición de las ciudades a construir torres. Eso se realizó en todo caso en la punta meridional y también en el centro de Manhattan.

Otros motivos que contribuyeron a la creación de los rascacielos fueron de índole financiera, y también el pensar el efecto que ello produciría en la propaganda comer-

cial, así como el deseo de alarde, tan propio de las metrópolis. Del propietario del primero y modesto rascacielos, en 1888, dícese que lo único que le impulsó fue la cuestión de cómo podría sacar más dinero de un solar de ocho metros de anchura en Broadway. El motivo más simple de los constructores fue y continuó siendo en realidad el deseo de superar los elevadísimos precios del terreno en la mitad meridional de Manhattan mediante los alquileres que pudieran obtener de las innumerables oficinas que cabían en un rascacielos.

Pero a todo ello vino a sumarse otra razón, acerca de la cual se dice lo siguiente en una obra norteamericana sobre la historia de los rascacielos: «En seguida adquirieron las torres fama y esplendor, y convirtiéronse para sus dueños en una propaganda de éxito fabuloso. Prácticamente, los primeros rascacielos llegaron a ser una especie de columnas anunciadoras levantadas para tres de las mayores firmas del mundo».

La primera de estas firmas fue la fábrica de máquinas de coser Singer. El *Singer Building*, terminado en 1908, fue con sus 47 pisos y una altura de 187 metros el edificio de oficinas más alto de la Tierra y el primer rascacielos de fama mundial, sólo superado por la torre Eiffel entre los demás altos edificios del mundo. Actualmente pasa inadvertido entre docenas de torres más altas y por la forma de su tejado recuerda un poco a una máquina de coser anticuada.

Sólo un año y medio más tarde, este rascacielos fue ya superado por el edificio de cincuenta pisos de una compañía de seguros de vida (Metropolitan Life), con una altura de 213 metros. Según se dice, este record no dejó un momento de tranquilidad a Frank W. Woolworth, fundador de la empresa internacional del mismo nombre, y, contra la oposición de todos sus consejeros, consiguió que el Woolworth Building alcanzase los 241 metros de altura. El presidente Wilson en persona inauguró este edificio en el año 1913. En 1914 había ya en Nueva York 10 rasca-

cielos de más de 700 pies (213 metros) de altura, y por consiguiente, más espacio para oficinas del que podía alquilarse. De esta forma, la moda de las torres acabó por convertirse en un negocio ruinoso.

### Los rascacielos no resultan lucrativos

Pero Nueva York siguió construyendo, con el máximo ardor entre los años 1925 y 1932, es decir, incluso durante la gran crisis económica. La firma de automóviles Chrysler terminó su rascacielos en 1930, y con sus 306 metros de altura el Chrysler Building superó en 6 metros a la Torre Eiffel y ganó finalmente para Nueva York el Premio Torre de Babel (el cual, si existiera, revelaría por completo los verdaderos motivos que impulsan a los constructores de tales torres).

El Chrysler Building conservó el record sólo por un año. En 1931 estuvo listo el *Empire State Building*, con 102 pisos y 380 metros de altura, con un poste para sujetar dirigibles, que en realidad no llegó a utilizarse nunca. Durante un año, 3500 trabajadores estuvieron subiendo cielo arriba 308.000 toneladas de acero, hormigón y vidrio, solamente, según se decía, para construir un edificio de oficinas práctico, aunque en realidad no había ninguna necesidad de sus 16,6 hectáreas de superficie para oficinas. El 17 por ciento de todos los despachos de Nueva York estaban vacíos en el año 1931. Las lóbregas plantas bajas, que es allí donde correspondería, según el concepto europeo, un patio interior, tienen que sostener una torre, y constan en gran parte de habitaciones sin luz diurna.

La poca importancia que han tenido en la construcción de los rascacielos las consideraciones económicas lo demuestran estos ejemplos y también el hecho de que ha pasado de moda la construcción de esas altísima torres de oficinas, a pesar de que apenas han variado las condiciones económicas y los precios de los terrenos. Después de la segunda guerra mundial limitáronse a colocar una antena de televisión a más de un viejo rascacielos para que pudiera incluirse en los calendarios de bolsillo con algunos metros más de altura. El edificio de la ONU, con 166 metros de altura, es ya uno de los rascacielos más altos que se han construido en Nueva York desde el año 1945.

Como último gran rascacielos terminó en 1940 el *Rockefeller Center*, verdadera torre-ciudad, que alcanza hasta 259 metros de altura. Ha sacrificado todos los adornos neogóticos de los rascacielos primitivos en aras de la sencillez, a base de vidrio, hormigón y acero. Entre los atractivos de este paisaje de piedra tan grandioso figuran los «jardines colgantes», como se les llama a menudo, recordando los famosos jardines de Semíramis, en Babilonia: en los tejados de los diversos rascacielos y en las terrazas que se producen al tener que ir estrechando la construcción del edificio a medida que aumenta la altura, se han plantado superficies de césped y parterres con flo-

res, con setos, arbustos e incluso árboles, surtidores, relucientes estanques y pequeñas cascadas. En algunos pisos puede uno ver jardines al lado, encima y debajo de sí.

### Propaganda para Nueva York

También por este lado se evoca a Babilonia, la ciudad de la soberbia, que adornó su Torre con ribetes de religión. Las torres de Manhattan ya no llevan disfraz alguno. Su pretexto era, simplemente, el de que eran prácticas.

Acerca de la utilidad de los rascacielos existían ya desde el principio discrepancias, y podrían considerarse hoy efectivamente prácticos si en realidad no resultara nada imposible, construir otros rascacielos por el estilo del Empire State Building.

Probablemente nos acercamos más a los verdaderos motivos que impulsaron a los constructores si nos fijamos en la intención de la propaganda comercial. La propaganda mediante rascacielos ha tenido concretamente el efecto de la goma de mascar: la firma X pondera su goma de mascar, la firma Y recomienda otra, pero en la práctica están haciendo una propaganda en común, tanto si quieren como si no, puesto que la suma de sus esfuerzos propagandísticos tiene por efecto, especialmente, que la gente llegue a pensar que el mascar goma es algo agradable, idea ésta que probablemente no entraba en el plan de la Creación.

Woolworth, Chrysler, Rockefeller, querían ciertamente hacer propaganda para sí mismos, pero lo que sobre todo consiguieron fue propaganda para Nueva York. Sus torres dicen: nosotras somos el distintivo de la categoría de Nueva York, el mayor centro financiero y comercial del mundo, la ciudad del siglo. Es una ciudad más rica, más nuevo-rica y orgullosa que cualquier otra ciudad que haya existido desde los tiempos de Babilonia. ¡Venid a ver Nueva York! Seguramente quedaréis poseídos de admiración, envidia y sentimiento de pequeñez, y tendréis que confesar: no hay nada que pueda compararse con Nueva York.

Y realmente, no tiene comparación. Y debido a que los americanos hace ya demasiado tiempo que son ricos para que todavía pudiera llamárseles nuevos ricos, ya no fanfarronean tanto como antes, sino que dejan que lo hagan los nuevos ricos de hoy, como, por ejemplo, los rusos, los brasileños, los venezolanos, los milaneses y aquí y allá los alemanes.

Y después de todo, una ciudad necesita torres, a modo de acentos, a modo de signos de exclamación. Detrás del nombre de Nueva York quizá los neoyorquinos hayan puesto demasiados signos de exclamación; pero allí donde la soberbia va unida a tal audacia que desafía al cielo, resulta arrolladora. Y en definitiva, podemos considerar las torres de Nueva York como propaganda conjunta para nuestro siglo, el cual tiene su representación en la más animada de sus ciudades.

# EL SÍMBOLO DE LA RIQUEZA INSUPERABLE

## LA CIUDAD VISTA POR LAPIERRE Y COLLINS

También en la literatura de ficción la ciudad se hace símbolo de aquello por lo que Babilonia es abominada en la Biblia: la riqueza, el poder, el orgullo, la corrupción, el comercio de cuerpos y almas. En el caso de *El quinto jinete*, de Dominique Lapierre y Larry Collins, el paralelismo es doblemente sugerente porque la ciudad es Nueva York, y los ojos de quienes la contemplan, los de los narradores, son también los de los terroristas libios que planean su destrucción purificadora.

El estridente alarido de una sirena de ambulancia desgarró la mañana temprana con la siniestra música que componía ordinariamente el fondo sonoro de las calles de Nueva York. Leila Dajani vio desaparecer el vehículo en el anaranjado halo de Columbus Circle y apretó el paso en dirección a su hotel. Algunos deportistas madrugadores trotaban ya sobre la crujiente nieve de Central Park. Unos basureros echaban las bolsas de desperdicios en los chirriantes depósitos. Transeúntes de rostros abotagados por el sueño caminaban apresuradamente hacia las bocas del Metro de la Octava Avenida. Un portero barrigón paseaba los caniches enanos y adornados con cintas de una inquilina de su casa. La avenida se animaba. Algunos automóviles traqueteaban entre los chorros de vapor que formaban nubecillas sobre el asfalto. Eran las 7 de la mañana del lunes 14 de diciembre, en la ciudad que Moamar Gadaffi quería destruir.

Desde las tristes ciudades dormitorio de Queens hasta los rascacielos residenciales que dominaban Central Park; desde las coquetonas villas de madera de Staten Island hasta los sórdidos ghettos negros y puertorriqueños de Harlem; desde los barrios de barracas del Bronx hasta las callejuelas verdeantes de Brooklyn Heights y de Greenwich Village, los diez millones de rehenes de los cinco *boroughs* de Nueva York se preparaban para vivir una nueva jornada.

Como última expresión de la eterna vocación del hombre a agruparse en comunidades, la loca y fabulosa metrópoli a la que pertenecían era única. Nueva York no se parecía a ninguna otra ciudad del planeta. Era la ciudad por antonomasia, puro ejemplo de todo lo mejor y lo peor que había podido producir la civilización urbana. La ciudad a la que Leila y sus hermanos se disponían a borrar del mapa era un fabuloso microcosmos, una torre de Babel donde todas las razas, todos los pueblos y todas las religiones del mundo estaban representados. En Nueva York había el triple de negros que en Gabón, casi tantos judíos como en todo Israel, más puertorriqueños que en San Juan, más

italianos que en Palermo, más irlandeses que en Cork. Casi todo lo que había engendrado el Universo había dejado allí alguna huella: olores de Shanghai, gritos de Nápoles, efluvios de cerveza múniquesa, tantams africanos, gaitas escocesas, montones de periódicos en yiddish, en árabe, en croata y en otras veintidós lenguas distintas, jardines japoneses con sus cerezos en flor... Tibetanos, khmer, vascos, gallegos, circasianos, kurdos, grupos de todas las comunidades oprimidas de la Tierra, habían elegido allí su domicilio para pregonar su dolor. Sus barrios superpoblados albergaban 3.600 lugares de oración, entre ellos, 1.250 sinagogas y 442 iglesias católicas, así como 1.810 templos diversos, uno para cada culto, secta y religión profesados por el hombre en la eterna busca de su Creador.

Resplandeciente, mugrienta, imprevisible, era una ciudad de contrastes y de contradicciones, de promesas y de esperanzas frustradas: Nueva York era el corazón de la ciudad capitalista, un símbolo de riqueza insuperable; y, sin embargo, su hacienda andaba tan mal, que ni siquiera llegaba a pagar los intereses de sus empréstitos. Nueva York contaba con los equipos médicos más modernos del mundo, pero muchos pobres, que tenían medios para servirse de ellos, morían diariamente por falta de cuidados, y la mortalidad infantil en el South Bronx era más elevada que los *bustees* de Calcuta. Nueva York tenía una Universidad gratuita cuyo número de estudiantes superaba la población de muchas grandes ciudades y, sin embargo, había un millón de neoyorquinos que ni siquiera sabían hablar inglés.

Como los faraones de Egipto, los griegos de la Antigüedad y los franceses del Segundo Imperio habían inventado un estilo arquitectónico para su respectiva época, así también los neoyorquinos de la Edad del acero pulimentado y del vidrio teñido habían marcado con el sello de su genio constructor el panorama urbano del mundo. Pero alrededor de los suntuosos rascacielos del bajo y del medio Manhattan, se extendían horribles junglas urbanas

donde ochocientas mil viviendas infringían todos los reglamentos de sanidad y de seguridad. Nueva York era incapaz de ofrecer un techo a todos sus habitantes, pero treinta mil viviendas eran abandonadas cada año, arruinadas e incendiadas por sus ocupantes, con el consentimiento de los propietarios, más seguros de cobrar el seguro que los alquileres de sus inquilinos. De este modo habían desaparecido cientos de hectáreas de casas, casi tantas como las que habían destruido en Londres las bombas de Hitler durante el *Blitz*.

Ninguna otra metrópoli del mundo ofrecía a sus habitantes tantas ocasiones de enriquecerse, ni una mayor variedad de ventajas culturales. Sus museos, el Metropolitan, el Modern, el Whitney, el Guggenheim, guardaban más impresionistas que el Louvre, más Botticelli que Florencia, más Rembrandt que Amsterdam. Nueva York era el banquero, el modista, el cineasta, el maniquí, el fotógrafo de América; su editor, su agente de publicidad, su novelista, su músico, su pintor. Sus teatros, sus salas de conciertos, de ballet, de ópera, de opereta, de comedias musicales de ópera rock, y de revistas sexy; sus clubs de jazz, sus espectáculos de ensayo eran otras tantas incubadoras donde se alimentaban el gusto y el pensamiento de todo un Continente.

Todas las cocinas del mundo, desde la armenia hasta la coreana, se gustaban en los veinte mil restaurantes de la ciudad; pollos *tandoori* del Punjab, *chich kebab* del Líbano, pasteles de soja de Vietnam, caracoles de Borgoña, *enchiladas* de México, *sukiyaki* del Japón, *bacalaitos* de Puerto Rico. Sus setenta mil almacenes y *boutiques* ofrecían todo lo que el insaciable apetito del hombre podía soñar en adquirir: una Biblia de Gutenberg que costaba dos millones de dólares en una librería de la Calle 46; las más bellas piedras preciosas, en las casas de los diamanteros hasídicos de negra levita de la Calle 47; Goyas y Renoirs, en las galerías de la Calle 57; trajes de noche de Jackie Onassis y zapatos de Joan Crawford, aparatos de ultrasonidos para alejar los ratones, melones llegados directamente del Cavaillon, enjambres de abejas vivas, filetes de oso del Himalaya...

Pero entre tantas riquezas subsistían islotes inimaginables de miseria y de violencia. Un millón de parados neoyorquinos vivían de la caridad municipal. Cientos de miles de negros y puertorriqueños se apretujaban en alucinantes ghettos sin agua ni electricidad, roídos por la decrepitud, el fuego y la desesperación, y donde no tenían una probabilidad entre veinte de morir de muerte natural. Para estos olvidados de la gran sociedad, el apocalipsis estaba ya allí, con sus cuadros surrealistas de parados jugando al dominó en almacenes sin puertas ni ventanas, y de niños negros durmiendo entre la chatarra de coches desmontados. Las calles peligrosas de Nueva York albergaban a la mitad de los drogadictos de América. Sus comisarías de Policía registraban una urgencia cada segundo, un robo cada tres minutos, un atraco cada cuarto de hora, dos violaciones y un asesinato cada cinco horas, un

suicidio y una muerte por sobredosis de droga cada siete horas.

Veinte mil prostitutas –más de las que podían encontrarse en París, Londres, Roma y Tokio juntas– hacían de Nueva York la capital mundial del desenfreno y del vicio. Sus lupanares –rascacielos, como los nueve pisos de los Baños de Luxor–, sus innumerables hoteles de tolerancia, salones de masaje, clubs nocturnos *sexy* y salas de espectáculos obscenos y de Fortuna, ofrecían una gama completa de servicios, desde la simple exhibición hasta las orgías sadomasoquistas más extravagantes.

La inmensa metrópoli condenada a muerte por Gadaffi tenía en realidad rostros: los oasis del bajo y del medio Manhattan, espléndidos y vertiginosos templos del capitalismo y del éxito, mundo resplandeciente de riquezas y placeres, de discotecas excéntricas, de suntuosas *penthouses* dominando Central Park, de banquetes a la luz de las velas en las cimas de cristal de los rascacielos-candelabros de Park Avenue, de monstruosos automóviles negros con teléfono y televisión. Pero estaban también los tristes barrios obreros de Queens, del Bronx, de Brooklyn, inexorablemente roídos por el cáncer de los vecinos pueblos de barracas negros y puertorriqueños. Y estaban las necrópolis del South Bronx, de Brounsville, del norte de Harlem, barrios fantasma destripados, bombardeados, calcinados, saqueados.

Y estaba también una cuarta Nueva York, una ciudad nómada de tres millones y medio de personas que venían diariamente a apretujarse en los quince kilómetros cuadrados de rascacielos al sur de Central Park. Este lunes por la mañana, interminables hileras de luciérnagas brillaban ya en la red de autopistas y de vías rápidas que convergían hacia Manhattan. En todo el contorno, hasta decenas de kilómetros, las estaciones de centenares de pequeñas ciudades y pueblos de Long Island, de Nueva Jersey, de Connecticut, de Pensilvania, se llenaban de hormigas con cuello blanco que iban a trabajar a Manhattan. Financieros, banqueros, agentes de cambio y Bolsa, aseguradores, directores de emisoras de radio y de televisión, agentes de publicidad, abogados, eran, en sus jaulas de acero y de cristal administradores del imperio de la Roma americana. Sin duda Wall Street era aún considerado como la encarnación de Satanás para los marxistas de todo el mundo, sin duda el dios dólar había perdido su gloriosa supremacía de ayer. Pero el estrecho cañón seguía siendo el centro financiero del Planeta. Los ocupantes de sus oficinas discutirían, este lunes de diciembre la concesión de préstamos a los Ferrocarriles franceses, a la Compañía de aguas de Viena, a los transportes públicos de Oslo, a los Gobiernos de Ecuador, de Malasia y de Kenya. La suerte de las minas de cobre del Zaire y de estaño de Bolivia, de los fosfatos de Jordania, de la cría de corderos en Nueva Zelanda, de las plantaciones de arroz tailandesas, de los hoteles de Bali, de los astilleros griegos, dependerían igualmente de las decisiones que se tomasen ahora en las oficinas de dos de los tres Bancos más grandes del mundo: el

First National y el Chase Manhattan. A partir de las diez las palpitaciones del Stock Exchange y de las Bolsas de comercio influirían en la economía y, en muchos casos, en la política de los Estados del mundo entero. En lo alto de sus torres de Mid-Manhattan, las tres grandes cadenas nacionales de televisión ideaban los programas que determinaban los valores, influían en los comportamientos y modificaban las jerarquías social en los rincones más remotos de la Tierra. Símbolos del impacto del imperialismo cultural emanando de estas fábricas de películas, los *muchachos* de Buenos Aires y los *yauleds* de Marrakesh chupaban caramelos a la manera de Kojac; colegialas japonesas se suicidaban desesperadas porque no podían parecerse a las heroínas de los Ángeles de Charlie. No lejos de allí se hallaban las ciudades de los profetas de la sociedad de consumo, las agencias de publicidad de Madison Avenue. Ellas difundían en el mundo entero los beneficios materia-

les y las angustias espirituales que caracterizaban el *American Age*.

En fin, Nueva York era la capital de las naciones del mundo. Sobre la orilla del East River se elevaba el magnífico paralelepípedo del cristal compacto y liso como un espejo, donde las Naciones Unidas habían establecido su domicilio. Cinco mil funcionarios permanentes y quince mil delegados venidos de todas las partes seguirían discutiendo este lunes los problemas mundiales, trabajarían en la elaboración del nuevo orden económico internacional que esperaban sus pueblos.

Los diez millones de neoyorquinos representaban la colectividad más segura, más capaz, más influyente del planeta. Unos magníficos rehenes para el austero y fanático beduino empeñado en purificar el mundo por medio de la tecnología de la que habían sido los soberbios inventores y seguían siendo los dueños.

## *LOS BIENES DE LA CIUDAD TERRENA*

Los hombres que no viven de la fe buscan la paz terrena en los bienes y comodidades de esta vida. En cambio, los hombres que viven de la fe esperan en los bienes futuros y eternos, según la promesa. Y usan de los bienes terrenos y temporales como viajeros. Estos no los prenden ni desvían del camino que lleva a Dios, sino que los sustentan para tolerar con más facilidad y no aumentar las cargas del cuerpo corruptible que apesga al alma. Por tanto, el uso de los bienes necesarios a esta vida mortal es común a las dos clases de hombres y a las dos casas; pero, en el uso, cada uno tiene un fin propio y un pensar muy diverso del otro. Así, la ciudad terrena, que no vive de la fe, apetece también la paz, pero fija la concordia entre los ciudadanos que mandan y los que obedecen en que sus quererles estén acordes de algún modo en lo concerniente a la vida mortal. Empero, la ciudad celestial, o mejor, la parte de ella que peregrina en este valle y vive de la fe, usa de esta paz por necesidad, hasta que pase la mortalidad, que precisa de tal paz. Y por eso, mientras que ella está como viajero cautivo en la ciudad terrena, donde ha recibido la promesa de su redención y el don espiritual como prensa de ella, no duda en obedecer estas leyes que reglamentan las cosas necesarias y el

mantenimiento de la vida mortal. Y como ésta es común, entre las dos ciudades hay concordia con relación a esas cosas. [...]

La ciudad celestial, durante su peregrinación, va llamando ciudadanos por todas las naciones y formando de todas las lenguas una sociedad viajera. No se preocupa de la diversidad de leyes, de costumbres ni de institutos, que resquebrajan o mantienen la paz terrena. Ella no suprime ni destruye nada, antes bien lo conserva y acepta, y ese conjunto, aunque diverso en las diferentes naciones, se flecha, con todo, a un único y mismo fin, la paz terrena, si no impide la religión que enseña que debe ser adorado el Dios único, sumo y verdadero. La ciudad celestial usa también en su viaje de la paz terrena y de las cosas necesariamente relacionadas con la condición actual de los hombres. Protege y desea el acuerdo de quererles entre los hombres cuando es posible, dejando a salvo la piedad y la religión, y supedita la paz terrena a la paz social. Esta última es la paz verdadera, la única digna de ser y de decirse paz de la criatura racional, a saber, la unión ordenadísima y concordísima para gozar de Dios y a la vez en Dios

## LA PAZ EN LA TIERRA

La paz en la tierra, profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos, no se puede establecer ni asegurar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios.

[...]

Estas enseñanzas nuestras acerca de los problemas que de momento tan agudamente aquejan a la familia humana y que tan estrechamente unidos están al progreso de la sociedad, nos las dicta un profundo anhelo, que comparten con Nos todos los hombres de buena voluntad, el anhelo de la consolidación de la paz en este mundo nuestro.

Como Vicario –aunque indigno– de Aquel a quien el anuncio profético proclamó Príncipe de la Paz, creemos que es obligación nuestra consagrar todo nuestro pensamiento, todo nuestro cuidado y esfuerzo a obtener este bien en provecho de todos. Pero la paz será una palabra vacía si no está fundada sobre aquel orden que Nos, movidos de confiada esperanza, hemos esbozado en sus líneas generales en esta nuestra encíclica: la paz ha de estar fundada sobre la verdad, construida con las normas de la justicia, vivificada e integrada por la caridad y realizada, en fin, con la libertad.

Es ésta una empresa tan gloriosa y excelsa que las fuerzas humanas, por más que estén animadas de la buena voluntad más laudable, no pueden por sí solas llevarla a efecto. Para que la sociedad humana refleje lo más posible la semejanza del Reino de Dios es de todo punto necesario el auxilio del Cielo.

Es, pues, exigencia de las cosas mismas el que en estos días santos nos volvamos con preces suplicante a Aquel que con sus dolorosos tormentos y con su

muerte no sólo destruyó el pecado –fuente y principio de todas las divisiones, de todas las miserias y de todos los desequilibrios–, sino que derramando su sangre reconcilió al género humano con el Padre Celestial y trajo los dones de su paz: «Porque Él es nuestra Paz, el que de los [pueblos] ha hecho uno solo. Él, que vino a anunciarnos la paz a vosotros que estabais lejos, y la paz a aquellos que estaban cerca».

Y en la sagrada liturgia de estos días resuena este mismo anuncio: «Cristo Resucitado presentándose en medio de sus discípulos los saludó diciendo: la Paz sea con vosotros. Aleluya. Y los discípulos se gozaron con la vista del Señor». Así, Cristo nos ha traído la paz, nos ha dejado la paz: «La paz os dejo, mi paz os doy. No la doy como la da el mundo».

Pidamos, pues, con instantes súplicas al Divino Redentor, esta paz que Él mismo nos trajo. Que Él borre de los hombres todo lo que pueda poner en peligro esta Paz y transforme a todos en testigos de la verdad, de la justicia y del amor fraterno. Que Él ilumine con su luz la mente de los que gobiernan las naciones, para que junto al bienestar y prosperidad convenientes procuren también a sus conciudadanos el don magnífico de la paz. Que Cristo, finalmente, encienda las voluntades de todos para echar por tierra las barreras que dividen a los unos de los otros, para estrechar los vínculos de la mutua caridad, para fomentar la mutua comprensión, en fin, para perdonar los agravios. Así, bajo su acción y amparo, todos los pueblos se aúnen como hermanos y florezca entre ellos y reine siempre la anhelada paz.

JUAN XXIII: *Pacem in terris*

ORGANIZADA POR EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

### JORNADA DE ORACIÓN POR LA PAZ EN EL MUNDO EN BARCELONA

21 de noviembre de 2001, festividad de la Presentación de la Virgen, a las 6.45 de la tarde

Capilla de San Ignacio de los PP. Jesuitas (entrada por Caspe, 27)

**Exposición del Santísimo — Rosario — Eucaristía**



## *Pequeñas lecciones de historia*

### Montfort y el seminario de San Sulpicio

GERARDO MANRESA

#### **1er momento: 1693: La salida de Rennes**

Luis M<sup>a</sup> había comenzado sus estudios eclesiásticos en Rennes, pero una amiga de la familia les habló del seminario de San Sulpicio y les ofreció para Luis un soporte económico. Al abandonar la casa paterna, sus padres le dieron un poco de ropa blanca, un traje nuevo y diez escudos para el viaje. A cualquiera aquel equipaje le hubiera parecido insuficiente, pero a Luis M<sup>a</sup> le pareció excesivo e inútil.

Al primer pobre que encontró en el camino le dio el traje nuevo y la ropa blanca, al segundo los diez escudos y al tercero le cambió sus harapos por la ropa que llevaba puesta. Sólo le quedó el crucifijo y el rosario, de los que no se separó nunca. Para romper todavía más con el mundo quiso renunciar también a su apellido, Grignon, y desde entonces tomó por nombre el de su pueblo, Montfort. Y así, a pie y mendigando, hizo el camino hasta París. Desde este momento vivió de los cuidados de la Divina Providencia. Al llegar a París buscó albergue en el hueco de una cuadra, renunciando a ir a casa de su bienchora, la cual en vez de presentarlo en el seminario de San Sulpicio lo condujo a una comunidad fundada por el señor Baumodière para estudiantes pobres.

#### **2º momento: 1695: La entrada en el seminario de San Sulpicio**

A Montfort esta pequeña comunidad le pareció un paraíso en la tierra. El director vio enseguida en él un alma privilegiada.

Para costear sus estudios velaba por las noches a los difuntos de la parroquia de San Sulpicio. En septiembre de 1694 recibió las ordenes menores. Poco después moría el director de la pobre comunidad y Luis M<sup>a</sup> buscó otra aún más pobre. Su fama en los estudios y su vida de caridad hicieron que los directores del seminario de San Sulpicio le abrieran las puertas de par en par. El director, el señor Brenier, consideró su entrada como un verdadero favor del cielo y «mandó cantar un “Te Deum” para dar gracias a Dios por haberle enviado un santo levita».

A pesar de esta ilusión por la entrada de Luis M<sup>a</sup>, los cinco años que pasó en este seminario no fueron fáciles. La forma de ser de Montfort no resultó como habían pensado los directores del seminario, Brenier y Leschassier, y a pesar de que Montfort se formó y su ciencia y su fervor aumentaron considerablemente, no lograron anular la originalidad, los modales y el tono de su devoción. Después de una pública controversia acerca de la gracia, en la que Montfort defendía que la piedad es útil para todo y que más sabe el que escucha las lecciones del Espíritu Santo que las de los doc-

tores de más fama, le prohibieron asistir a las clases de la Sorbona. A pesar de ello, siguió en el seminario sin cansarse de proclamar las grandezas de su Madre, María. El 5 de junio de 1700 fue ordenado sacerdote.

#### **3er momento: 1701: Tras la expulsión del hospital de Poitiers**

Montfort está realizando su labor apostólica en el hospital de Poitiers. Es el capellán de la comunidad, cuida de los pobres de la ciudad. Durante el día va por la ciudad pidiendo limosna y recogéndolos, los cuida en una sala del hospital, les prepara la cena, lava los platos, les cura las heridas y les cuida espiritualmente. De una fuerte controversia entre la comunidad y los administradores, la persona que resulta expulsada del hospital, como el culpable de la situación, es Montfort.

Aprovecha esta situación para ir a París y pasar unos días de recogimiento en el seminario de San Sulpicio. De camino a París pasa por el seminario de Angers, donde está el Brenier, su primer director en San Sulpicio. Montfort pide verle pero apenas entra en su presencia se ve despreciado y despedido de modo injurioso delante de toda la comunidad que está en el recreo. Ni siquiera se le concede un pedazo de pan.

Pocos días después llegó a París y se presentó en el seminario de San Sulpicio. Allí le recibió Leschassier. Su antiguo director, que estaba con otros eclesiásticos le recibió con extraordinaria frialdad y le despidió en voz alta seca y desdeñosamente, sin querer hablarle, ni oírle. Un testigo de la escena, el canónigo Blain, refirió este hecho: «Yo, que estaba presente, quedé pasmado y padecí mucho por la humillación de que fui testigo. Él se contuvo, con su dulzura y su modestia de siempre y se marchó con la misma tranquilidad con que había venido.»

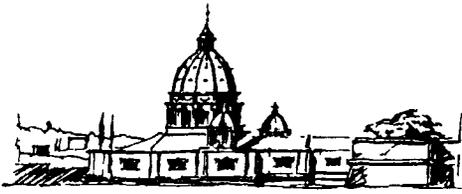
Su único comentario a esta situación, fue: «Que triste es que se trate así a un sacerdote de Cristo».

En esta situación de desprecio y abandono, Montfort escribe «El Amor de la Sabiduría Eterna».

Estos tres momentos son importantes en la vida de Montfort. El primero es un retrato de toda su vida: una pobreza total, sólo le queda el Crucifijo y el Rosario: la Sabiduría encarnada y el camino a seguir, María.

Entre el segundo y el tercero había llegado al arzobispado de París el cardenal Noailles, jansenista convencido. En Francia sólo había 4 obispos ortodoxos, los restantes eran jansenistas o galicanos, mucha parte del clero seguía a sus obispos y así despreciaban a los sacerdotes fieles a Roma.

¡Benditas las tribulaciones de Montfort que siguen dando tanto fruto hoy día!



## ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

### **Celebración del Sínodo de los Obispos: no puede haber colegialidad sin primado del Papa**

El 30 de septiembre se inició en Roma el Sínodo de los Obispos en torno al tema «El Obispo: Servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del Mundo». Las peticiones de una mayor colegialidad en el gobierno de la Iglesia no deben menoscabar la autoridad del Papa. Así lo manifestaron en las últimas sesiones del Sínodo varios de los obispos que han tomado la palabra ante la asamblea general.

Diferentes preladados, como monseñor José Mario Ruiz Navas, presidente de la Conferencia Episcopal de Ecuador, o monseñor Amédée Grab, obispo de Chur (Suiza) y presidente del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, habían pedido en días anteriores a la Asamblea dar mayores poderes a las Conferencias de Obispos y al Sínodo. Dos participantes en la asamblea —el cardenal László Paskai, arzobispo de Esztergom-Budapest (Hungría), y monseñor Luis Morales Reyes, presidente de la Conferencia Episcopal Mexicana— han tomado a su vez la palabra para recordar con vigor que la colegialidad no puede poner en tela de juicio el primado papal, pues tiene un carácter «insustituible» en la Iglesia. El cardenal húngaro confesó ante los preladados que se sentía con la obligación de hablar en defensa del ministerio del obispo de Roma, pues consideró que hoy día es necesario «expresar con más claridad la doctrina de la Iglesia de nuestro tiempo a causa del sentimiento común que existe contra la autoridad y la jerarquía». El primado de Hungría, de 73 años, quien sufrió durante décadas en carne propia la represión comunista, recordó además que «la persona y el servicio del Sumo Pontífice han dado una gran fuerza espiritual y de ánimo a los fieles durante la persecución de los cristianos».

Por su parte, monseñor Morales Reyes, arzobispo de San Luis de Potosí, afrontó la cuestión del sucesor de Pedro, explicando con claridad que «la fidelidad a ese primado, es parte integrante e irrenunciable de la fe cristiana». «La colegialidad episcopal debe ser entendida a la luz de las fuentes de la revelación y no de modelos humanos o sociales con los que pudiera tener alguna semejanza aparente», afirmó.

En la mañana del sábado 27 de octubre Juan Pablo II presidió en la Basílica vaticana la concelebración eucarística de clausura del Sínodo de los obispos. De su homilía entresacamos algún fragmento en los que se reafirma la unidad en torno al sucesor de Pedro y en fide-

dad al Magisterio de la Iglesia. «Sobre todo el obispo debe tener el coraje de anunciar y defender la sana doctrina, aún cuando esto conlleve sufrimientos. El obispo, de hecho, en comunión con el colegio apostólico y con el sucesor de Pedro, tiene el deber de proteger a los fieles de toda clase de insidias, mostrando en un retorno sincero al Evangelio de Cristo la solución verdadera para los complejos problemas que pesan sobre la humanidad. El servicio que los Obispos están llamados a prestar a su grey será fuente de esperanza en la medida en que reflejará una eclesiología de comunión y de misión».

### **Ataques de musulmanes a cristianos provocan 200 muertos en Nigeria, tras las manifestaciones de protesta contra Estados Unidos**

Enfrentamientos entre cristianos y musulmanes han provocado este fin de semana del 13 y 14 de octubre al menos doscientos muertos y centenares de heridos en la ciudad de Kano, norte de Nigeria, desencadenados por las protestas contra los ataques anglo-estadounidenses a Afganistán. En la mañana de este lunes episodios de violencia seguían verificándose en esa ciudad.

El director de la agencia misionera *Misna*, el padre Giulio Albanese, revela: «todo comenzó el viernes pasado, durante la tradicional oración islámica. Terminada la oración, la gente salió de las mezquitas y comenzaron las manifestaciones que en un primer momento parecían tener un carácter bastante espontáneo».

«El hecho es que muchos facinerosos comenzaron después a gritar eslogans contra Estados Unidos: “¡Alá maldiga América!”. Durante toda la noche, después, continuaron los enfrentamientos y, por desgracia, tanto el ejército como la policía han sido incapaces de contener la violencia de estos fanáticos, que además han quemado tiendas e incluso lugares de culto». «Numerosos cristianos trataron de huir de la ciudad —añadía el padre Albanese—. El terror reinó durante más de 48 horas. El riesgo es que estas manifestaciones contra Estados Unidos se difundan por otros Estados del norte de Nigeria de mayoría islámica».

Por otra parte, según afirma la agencia *Compass*, los cristianos del estado Kano, en el norte de Nigeria, sufren una auténtica persecución desde el pasado mes de septiembre cuando el Gobierno ha decidido demoler algunas iglesias y cerrar otras. Líderes cristianos de la Asociación Cristiana de Nigeria (CAN) en Kano, no católica, infor-

maron que siete iglesias fueron destruidas, seis fueron incendiadas y otras fueron obligadas a cerrar durante el mes de septiembre. Muchos líderes cristianos indicaron que los disturbios religiosos que tuvieron lugar en Jos, en Nigeria central, produjeron como reacción atentados contra cristianos en Kano. «Durante este mes [septiembre], como resultado de los incidentes de Jos, algunas iglesias han sido atacadas. Entre las iglesias afectados están las de la Iglesia de la Brigada Apostólica, que fue quemada; la metodista de Wesley, que también fue quemada; la de la Iglesia ECWA, en Tudun Murtala, que fue completamente arrasada; la iglesia católica de Shagari Quarters, en Naibawa, que fue devastada; y la Overcomers Chapel, también en Naibawa, que fue completamente destruida», reveló Gabriel Ojo, pastor de la Primera Iglesia Bautista de Kano. «Muchas casas privadas, tiendas y coches pertenecientes a cristianos fueron quemados o destruidos», añadió. El Gobierno del estado ha notificado la orden de demolición a 54 iglesias y 17 han sido ya demolidas a pesar de las protestas de las respectivas Iglesias cristianas ante el estado. El pastor Ojo indicó que el Gobierno ha declarado a todas las iglesias situadas en la zona de Shagari Quarters de la ciudad de Kano como «estructuras ilegales». «Todos estos son lugares donde hay una alta concentración de cristianos --dijo-- El Gobierno, debido a su insensibilidad, se ha vuelto sordo a nuestros ruegos». Otros veinte edificios eclesiales habían sido ya demolidos los días 6-13 de junio por la Agencia de Planificación y Protección Ambiental del estado de Kano. Después la agencia alegó que las iglesias no cumplían las leyes ambientales.

### Juan Diego podría ser canonizado el próximo año

La televisión mexicana reveló este lunes que el Vaticano ha dado luz verde a la canonización de Juan Diego, el indígena a quien se le apareció la Virgen de Guadalupe, en diciembre de 1531. Según fuentes no oficiales citadas por «El Noticiero» de Televisa, la ceremonia en la que Juan Pablo II proclamaría santo a Juan Diego podría tener lugar en el año 2002.

Por su parte, una corresponsal de ese canal de televisión entrevistó al cardenal Norberto Rivera Carrera, arzobispo de Ciudad de México y primado del país, quien manifestó que tanto la Comisión Médica como la Comisión Teológica de la Congregación vaticana para la Causa de los Santos ya han aprobado el milagro, requisito indispensable para una canonización.

Juan Diego fue beatificado el 6 de mayo de 1990 por Juan Pablo II quien llamó al beato «el confidente de la dulce Señora de Tepeyac». Con la canonización de Juan Diego al igual que con la beatificación de los pastorcillos de Fátima el Señor ensalza lo débil e insignificante a los ojos del mundo para confundir a los poderosos. Así lo afirmaba Juan Pablo II el día de su beatificación en la Basílica de Guadalupe: «La Virgen lo escogió entre los más hu-

mildes para esa manifestación condescendiente y amorosa cual es la aparición guadalupana. Un recuerdo permanente de esto es su rostro materno y su imagen bendita que nos dejó como inestimable regalo».



*Virgen de Guadalupe*

Juan Pablo II, en esa misma ocasión afirmó del «indio predilecto de María»: «Las noticias que de él nos han llegado encomian sus virtudes cristianas: su fe sencilla, nutrida en la catequesis y acogedora de los misterios; su esperanza y confianza en Dios y en la Virgen; su caridad, su coherencia moral, su desprendimiento y pobreza evangélica. Llevando vida de ermitaño aquí, junto al Tepeyac, fue ejemplo de humildad».

«Juanito, Juan Diegito, el más pequeño de mis Hijos», como le llamaba la Señora en las sucesivas apariciones, será, pues, elevado a los altares para Gloria de Dios y muestra de amor y compasión que Nuestra Señora de Guadalupe ha tenido para todos los hijos de México y del mundo entero.

## ORIENTACIONES



## BIBLIOGRÁFICAS

GREGORIO PEÑA

*Leyendas negras de la Iglesia*

Vittorio Messori

Planeta Testimonio, Barcelona (primera edición: 1996; novena edición: 2000), 267 págs., 2200 PTA.

Vittorio Messori (Assuolo di Modena, Italia, 1941) se licenció en Ciencias Políticas en la Universidad de Turín. Periodista de profesión, ha trabajado dentro del grupo del periódico italiano *La Stampa*. En el diario *Avvenire* ha publicado durante los últimos años, dos veces por semana, la columna «Vivaio» (Vivero) —de la que proviene buena parte del material de este libro— y cada mes, en la revista *Jesús*, «El caso de Cristo», un estudio sobre la historicidad de los Evangelios.

Después de *Hipótesis sobre Jesús* (más de un millón de ejemplares vendidos en Italia y superadas las veinte ediciones en todo el mundo) ha publicado varios libros, también de amplia difusión internacional: *Apuesta sobre la muerte, Informe sobre la Fe: entrevista al Cardenal Ratzinger, ¿Padece bajo Poncio Pilatos?*, y fue el periodista que entrevistó y colaboró con Juan Pablo II en el libro del Pontífice: *Cruzando el umbral de la Esperanza*.

El presente libro es una recopilación de artículos que Messori ha publicado en periódicos italianos. El título que los une, *Leyendas negras de la Iglesia*, apunta a un problema pastoral de los más punzantes y donde «sorprende constatar la poca atención que recibe de los ambientes eclesiales», escribe el cardenal Biffi en el prólogo. «Cuando un muchacho, educado cristianamente por la familia y la comunidad parroquial, a tenor de los asertos apodícticos de algún profesor o algún texto empieza a sentir vergüenza por la historia de su Iglesia, se encuentra objetivamente en grave peligro de perder la fe», añade Biffi. Messori, que para dar fuerza a sus argumentos evita recurrir a testimonios que pudiesen parecer del «círculo» propio, parte de la afirmación de Léo Moulin, profesor octogenario de Historia y Sociología en la Universidad de Bruselas durante medio siglo y que, aún siendo un racionalista cuyo agnosticismo bordea el ateísmo, encomienda a Messori que repita a los creyentes uno de sus principios madurado a lo largo de una vida de estudio y de experiencia: «Haced caso de este viejo incrédulo que sabe lo que se dice: la obra maestra de la propaganda anticristiana es haber logrado crear en los cristianos, sobre todo en los católicos, una mala conciencia, infundiéndoles la inquietud, cuando no la vergüenza de su propia historia. A fuerza de insistir, desde la Reforma hasta nuestros días, han conseguido convencernos de que sois los responsables de todos o casi todos los males del mundo. Os han paralizado en la autocrítica masoquista para neutralizar la crítica de los que ocupan vuestro lugar».

El cardenal Giacomo Biffi, en el prefacio del libro indica que, «para salvar nuestra alegría y orgullo de pertenecer al «pequeño rebaño» destinado al Reino de Dios, no sirve la renuncia a profundizar en las cuestiones que se plantean». La escéptica cultura contemporánea, en oposición a lo que comúnmente se piensa, no carece de cuentos, sino de espíritu crítico. Por ello sólo se puede sacar al Evangelio de la posición desfavorable en la que se encuentra si examinamos todo con tranquila ecuanimidad.

Un análisis de la historia de la Iglesia desde la perspectiva de la fe nos la presenta como una realidad intrínsecamente santa constituida por hombres todos ellos, en grado y medida diferente, pecadores.

Un análisis de indole filosófica, que puede ser compartido por todos los que dispongan de un mínimo de honestidad intelectual muestra que acusar a la Iglesia viva de hoy en día de sucesos, decisiones y acciones de épocas pasadas, es por sí mismo un implícito pero patente reconocimiento de la efectiva estabilidad de la Esposa de Cristo, de su intangible identidad que, al contrario de todas las demás agrupaciones, nunca queda arrollada por la historia.

Pero una vez tenidos en cuenta esas dos consideraciones, se hace necesario examinar la credibilidad de lo que comúnmente se dice y se escribe sobre la Iglesia. Hay que averiguar la verdad, salvarla de las alteraciones, proclamarla y honrarla, cualquiera que sea la forma en la que se presenta y la fuente de información («cualquier verdad, quienquiera la diga, viene del Espíritu Santo», escribió santo Tomás de Aquino) y, recíprocamente, también hay que decir que las falsedades, las manipulaciones y los errores deben ser desenmascarados y condenados, porque allá donde se extingue el respeto a la verdad, empieza a cerrarse para el hombre cualquier camino de salvación.

El mismo Jesús dijo que al árbol se le juzga por sus frutos. Los 63 artículos recopilados y ordenados en nueve apartados en este libro tienen como nexo precisamente la defensa de los verdaderos frutos de salvación que la humanidad ha recibido de Dios mediante la Iglesia.

En el apartado I («España, la Inquisición y la leyenda negra»), nos muestra una campaña tenaz y secular que se ha encargado de proyectar la luz más negativa posible sobre este pueblo que, allá donde llegó, dejó siempre a su paso tierras católicas. Incluso en Asia, donde los españoles consiguieron lo que nadie había conseguido antes, fuera católico o protestante: la conversión al cristianismo, duradera y en masa, de toda una región, la de las Filipinas, con la exclusión de Mindanao, que siguió siendo musulmana. De la península ibérica han salido siempre hombres que tienen como singular carisma su fidelidad a Roma. Son cosas que ciertas culturas no pueden perdonar.

Para los protestantes, y sobre todo para los anglicanos,



fue cuestión de vida o muerte mantener con una guerrilla psicológica la guerra contra el Gran Proyecto de los Habsburgo de España: una Europa unida por una cultura latina y católica. La difamación sistemática de la colonización española acompañó muchos de los tenaces intentos ingleses por apropiarse del imperio sudamericano. La verdad es que la forma de conquista de las Américas católica y la protestante se origina en dos teologías distintas: los colonos protestantes se consideraron con

el derecho, fundado en la misma Biblia, de poseer sin problemas ni limitaciones toda la tierra que lograran ocupar echando o exterminando a sus habitantes; en cambio, «nuestra principal intención fue la de tratar de inducir a sus pueblos que abrazaran nuestra santa fe católica y enviar a aquellas tierras religiosos y otras personas doctas y temerosas de Dios para instruir a los habitantes en la fe y dotarlos de buenas costumbres poniendo en ello el celo debido», dejó escrito Isabel la Católica en su testamento. Hasta que la Corte de Madrid no sufrió la contaminación de masones e «iluminados» no reparó en gastos ni en dificultades para cumplir con los acuerdos con el Papa que había concedido los derechos de patronato a cambio del deber de evangelización.

En «España y América: más leyenda negra», deshace Messori la acusación de «imperialismo cultural» con que se acusa a la antigua España imperial y católica. Las monarquías española y portuguesa reconocían como una de sus tareas principales la evangelización de los indígenas. Atendiendo a ese fin los misioneros, en lugar de pretender y esperar que los nativos aprendieran el castellano, empezaron a estudiar las lenguas indígenas, a las que dotaron de escritura, gramática, diccionario y literatura, evitando que se perdiesen. Fue la Revolución ilustrada la que pretendió extirpar los dialectos y lenguas locales, considerados incompatibles con la unidad estatal y la uniformidad administrativa. Este odio de los jacobinos liberales contra la fe católica se hace aliado del socialismo y del marxismo en la persecución de Méjico a principios del siglo xx contra los *Cristeros*.

En «La Revolución francesa y la Iglesia» muestra el choque que se da entre la concepción que de la sociedad tiene la Iglesia y la que se deriva de la Revolución francesa.

En 1789 la Asamblea Nacional Francesa proclama una «Declaración de los derechos del hombre (que fue elaborada en las lógias masónicas), que manifiesta que el origen de la ley y del poder no deriva de Dios sino del pueblo y su voluntad. Esta declaración ocultaba la proclamación que en 1776 hiciesen los independentistas americanos porque en ella se reconoce que «todos los hombres han sido creados iguales y tienen unos derechos inalienables que el creador les otorga...»

La «Declaración universal de los derechos humanos» de las Naciones Unidas, en 1948, confirma y hace explícito que «La voluntad del pueblo es el fundamento de la autoridad de los poderes públicos...»

Estas dos «Declaraciones» representan casi la Biblia de una nueva religión: la religión del hombre donde todos deberían converger. Una base común para creyentes y no creyen-

tes, para construir una sociedad diferente y mejor. Para esta nueva Religión de la Humanidad (la «Democracia») es ilegítima y arbitraria cualquier autoridad que no derive expresamente del pueblo a través del voto, y rechaza cualquier autoridad que no sea legitimada a través de elecciones libres, periódicas y universales. La Iglesia, que naturalmente no es democrática, es el enemigo del «hombre democrático».

Con la ilustración de la ilustrada «libertad, igualdad, fraternidad o muerte» que los revolucionarios aplicaron a los católicos de la Vendée ejemplifica Messori la situación.

En el apartado «Galileo y la Iglesia» denuncia Messori las mentiras de los ilustrados y luego de los marxistas que crearon deliberadamente un «caso» útil a una propaganda que quería (y quiere) demostrar la incompatibilidad entre la ciencia y la fe.

En «Los nazis y la Iglesia», explica Messori las relaciones que el Estado Vaticano mantuvo con el Estado nazi alemán. El Concordato de 1933, aún siendo violado en numerosísimas ocasiones, fue una herramienta que protegió a los católicos. Aquellos que culpabilizan a la Iglesia por estas relaciones: judíos, comunistas y luteranos, mantuvieron estrechas relaciones y por más tiempo con el III Reich.

En «Los hermanos separados y la Iglesia», explica Messori cómo no ha sido la Iglesia católica la intolerante con los protestantes o los anglicanos, sino al revés. Hasta 1913 estaba perseguido y penado en Inglaterra el ser Católico. La pretendida colaboración con los nazis fue exactamente al revés: el sustituir al Papa por el poder de turno ha hecho siempre fácil al clero protestante colaborar con los poderosos aún en la represión. Los católicos, fieles a Roma, son siempre un cuerpo extraño para un Estado que pretenda ser absoluto.

En el apartado «La pena de muerte y la Iglesia» explica la doctrina de la Iglesia: no niega la autoridad legítima que posee el poder para infringir la muerte como castigo, si bien siempre ha sido contraria a llevar a alguien a la muerte. ¿Dónde está la razón de la creencia actual de algunos que consideran delito, un crimen y una traición al Evangelio la pena de muerte? Las sociedades que niegan la vida futura y ponen como meta el derecho a la felicidad en este mundo, rehuyen la pena de muerte como una injusticia que apaga la facultad del hombre de ser feliz.

En el apartado «La leyenda de la Sábana Santa», Messori trata un tema especialmente querido por él. Ante la sospecha de que, partiendo de los análisis «científicos» de datación, el Santo Sudario sea una falsificación medieval, lo cual, aunque en teoría no cuestiona a la fe, en la práctica la roza peligrosamente, Messori propone abandonar el punto de vista de un «cientifismo» decimonónico y plantear interrogantes desde una perspectiva religiosa que, al final, puede revelarse como la más «científica» posible.

En «La otras historias», Messori trata en diversas cuestiones que nos aclaran las continuas manipulaciones a que estamos sometidos para atacar nuestra fe cristiana: esclavos negros, cinturón de castidad, riquezas vaticanas, Gandhi...

En conclusión, podemos decir que se trata de un libro de fácil lectura, y contenido apasionante que nos descubre engaños que nos han aturcido la dignidad de reconocernos católicos. Una destacada virtud del libro está en las numerosas obras de lectura formativa que se citan a lo largo de los 63 artículos que recoge.



## De otras fuentes

### Una mirada actual a los signos del retorno de Cristo

*De la revista argentina Gladius (núm. 51, de 15 de agosto de 2001), reproducimos este artículo de Federico Mihura Seeber, tan apropiado para el tema que nos ocupa.*

Este tema de los «signos» de nuestra época, signos de la Segunda Venida de Cristo, signos de los tiempos, o del «Fin de los tiempos» está sometido hoy a tantos dislates, charlatanería y audacias heterodoxas, como para que me sea necesario hacer algunas aclaraciones antes de exponer lo que yo mismo pienso al respecto. Hay ciertas premisas, de cuya participación en los oyentes quisiera asegurarme. Porque, aun cuando no hubiera acuerdo en estas premisas, me parece necesario darlas a conocer para que, quien me oiga, sepa qué es lo que verdaderamente pienso de ello, y para que, si se disiente conmigo, se objete aquello que realmente he dicho y no otra cosa.

En primer lugar—como primera premisa— diré que, según lo que yo creo que debe entender un cristiano, la Segunda Venida de Cristo debe darse, cuando se dé, como una *ruptura* histórica, como una oposición dramática frente a lo que se conoce como «sentido de la Historia», o de la «historia mundana». Quiero decir, no como un Acontecimiento ocurrido *en la línea* de la evolución histórica, sino como algo que sea opuesto, de algún modo, a ello. Con relación a la historia mundana y a sus valores, la Segunda Venida de Cristo ha de ser catastrófica, no pacífica. Esto es lo que, a tenor de las profecías canónicas y de una interpretación clarividente del sentido seguido por la historia humana, ha entendido siempre la Iglesia y la cultura cristiana. Esto es, por otra

parte, lo que aún hoy sugiere el término «apocalíptico», adjetivo que deriva del único Libro inspirado sobre el Fin de los Tiempos.

Y debo señalar lo anterior porque hoy—justamente hoy, cuando los valores que dirigen la historia mundana se presentan como más radicalmente enemigos que nunca de los valores cristianos de siempre— no faltan— aun dentro del cristianismo— quienes sostienen la idea de un próximo «advenimiento», de una planificación o «acabamiento» cristiano de la historia que estaría, precisamente, en la línea de sus valores y que sería, por ende, recibido pacíficamente por ella. Existe toda una corriente de opinión «progresista» en la Iglesia actual, para la que los llamados «signos de los tiempos» son detectados en la línea de un acompañamiento o más bien, de un «matrimonio» cada vez más íntimo entre las consignas del mundo moderno y las posturas doctrinales y pastorales de la Iglesia de Cristo. Para esta opinión, la Segunda Venida de Cristo no se daría de un modo dramático, implicando una lucha y una persecución feroces sobre la Iglesia, y un correlativo y último triunfo de la Iglesia sobre el Mundo sino, al contrario, como triunfo definitivo del Mundo moderno—acompañado en ello por una Iglesia complaciente que acompañará al Mundo— sobre los viejos resabios de oscurantismos entre los cuales, paradójicamente, se encontrarán los cristianos que aún queden «enemigos del Mundo».

Quiero aclarar, por lo tanto, que cuando hablo de la Segunda Venida de Cristo lo hago—de acuerdo con toda la tradición— del primer modo y en el primer supuesto. Entendiendo a esta Segunda Venida como un acontecimiento no pacífico sino al contrario «agonal» y catastrófico, en que Cristo vendrá—como dice la Escritura— en Gloria y Majestad, como juez vengador de la sangre de sus fieles y para poner «a sus

enemigos debajo de sus pies». Y que ello no se verificará sin una lucha terrible, en la que quedará involucrado todo el Cosmos: visible e invisible. Esto entiendo por Segunda Venida o Segundo Advenimiento.

En segundo lugar debo manifestar, como presupuesto de todo lo que he de decir, que una Segunda Venida en los términos aclarados, esto es, como acontecimiento «catastrófico», no debe ser para ningún cristiano fiel un motivo de tristeza o consternación—ni tampoco de «inacción»— sino que debe ser esperado con expectación y *deseo*. Esto—in-sisto— bajo la forma de un acontecimiento histórico tremendo. Porque para él—para el cristiano fiel— está dicho por el Maestro que «cuando estas cosas empezaron a ocurrir [y las cosas que menciona el Evangelio no son «Jauja»] ardad animosos y levantad vuestras cabezas [...] porque se acerca vuestra redención».<sup>1</sup>

Nadie puede pretender, sin duda—y no lo pretendería Nuestro Señor cuando hizo la advertencia— que este consejo evangélico de «estar alegres» en esa circunstancia fuera a ser fácil. No lo será sin duda; y no lo será ahorrado al cristianismo el Dolor y la Persecución, sean cuales fueren los modos que ambas cosas adopten. Pero aunque la actitud indicada no nos vaya a ser fácil, debemos por lo menos saber que esta actitud—actitud de alegría por nuestra próxima salvación— es la que *debe ser*. (Y esto de saber lo que debe ser no es un cometido menor: es la base y el fundamento para que pongamos nuestro esfuerzo, pequeño o grande, para que sea. No nos moveremos siquiera, en cambio, a poseer esta disposición, si nuestros pastores nos acunan con sueños de pacifismo y confort permanente).

*Desear* para nosotros el cumplimiento de estas «profecías apoca-

1. Lc 21,28.

límpicas» no es pues —a la luz de lo que Cristo nos dice— sinónimo de *pesimismo*, como se nos objeta de todos lados cuando acometemos este tema. Es, por el contrario, sinónimo del más profundo *optimismo*, ya que, si se nos dice que andemos alegres entonces, es porque nuestra salvación está próxima; y nadie pretendería que no fuera alegre, para el verdadero creyente, la expectación de la Salvación y del *Triunfo*. Porque la perspectiva de una Salvación que es, además, Triunfo, es más que un buen motivo de alegría: lo es de *júbilo* o de alegría «desbordante». Pero, claro está, no hay triunfo sino para los que han luchado; y no hay lucha sino para los que tienen un enemigo. Y por eso es que decimos, con alegría y con júbilo «¡Ven, Señor Jesús!», «Ven a poner a tus enemigos bajo tus pies!».

Tercera premisa, o tercer supuesto que sustenta estas reflexiones, es el de que la expectación del Acontecimiento no implica una previsión *cierta* del *tiempo* de su ocurrencia. Lo que despierta nuestra expectación son «signos», son signos indicadores de que el tiempo se acerca, pero no son signos inequívocos que nos indiquen el «cuando». Inducen en nosotros un conocimiento de apreciable probabilidad, no una total certidumbre. Pero son con ello *suficientes* para adecuar nuestra conducta a lo que nos advierten; para ponernos en actitud de vigilancia. Cuando uno expone estas cuestiones en ambientes «cristianos» que participan de la opinión «pacifista» y pacificadora que hemos dicho, y que se niegan a ver los signos premonitorios de catástrofes en nuestro mundo presente, se nos suele oponer la fórmula: «muchos en la historia pretérita han predicho el Fin de los Tiempos, y se han equivocado [...] ha habido muchos “profetas de desgracia”, que han visto pasar la fecha fijada [...] y la historia los ha desmentido». A ello hay que responder en primer lugar, que están bien equivocados quienes han pretendido ponerle «fecha y hora» al Acontecimiento, porque ello está más allá de toda capacidad de previsión humana, y hacerlo es una temeridad desaconsejada por el Evangelio. Pero hay que añadir que no se han equivocado *tanto*, muchos de los que han advertido signos de la proximidad del Fin y, sin embargo, han sido después desmentidos por una historia que ha seguido su curso. Porque la historia

humana ha tenido, de todos modos, momentos de ruptura, consumación y catástrofe que, si no han sido un Fin *total* de la historia, sí han significado, en cambio, un término y «clausura» de períodos enteros, de verdaderos ciclos o «eras» históricas. Acontecimientos terribles han sido, en cierto modo, «fines de la historia», fines *parciales*. Estos términos parciales han ido además en una progresión de gravedad creciente y, de este modo, han sugerido o anunciado la perspectiva de un Fin-total. Tal connotación tienen por ejemplo la caída bajo el embate bárbaro del Imperio Romano previamente cristianizado, e igualmente el asolamiento de Europa por las huestes de Mahoma, o la llamada Reforma y las Guerras de religión terribles que le siguieron; y mucho más poseen esta connotación las grandes Revoluciones modernas, la francesa y la rusa, y la devastación bélica concomitante. ¿No fueron cada una de ellas, «consumación catastrófica» de toda una época, época que se creía de duración ilimitada? Y hay en esta sucesión de «finales parciales» —como decimos— una progresión de gravedad creciente. Si a esto lo vemos a la luz del Misterio de Cristo y de su Iglesia aparece un dato sumamente sugestivo: estas catástrofes han sido desenlace de tensiones previas crecientes, en cuyo «pródromo» se manifiesta siempre un decaimiento de la religión y un crecimiento concomitante de la corrupción. Estas catástrofes históricas cierran época en las que el Mensaje de Cristo, inspirador de todas ellas, comienza a ser olvidado y corrompido; la catástrofe es como su desenlace obligado; y a partir de la catástrofe la historia recomienza albergando siempre en ella la misma tensión entre cristianismo y anticristianismo. Este curso «cíclico» y, al mismo tiempo «progresivo» de la historia cristiana, se nos aparece como reproduciendo la estructura y estilo del libro que nos ha sido dado para interpretarla: el Apocalipsis de San Juan. Porque él mismo manifiesta esta modalidad como de «flujo y reflujo», de término y recomienzo, siempre sobre el mismo tema o «leitmotiv», «Cristo-Anticristo», aproximándose paulatinamente a un Fin Definitivo.

Así pues, deducimos: no se equivocaron del *todo* quienes pronosticaron el Fin, y el Fin no vino. Porque para los espectadores de esos períodos crepusculares de su propia historia, fue válida

su alerta sobre los signos como signos del Fin. Lo eran, solo que en el estilo profético: pre-anunciaban, en la figura de un fin parcial, del fin de *una* época, a lo que sería el Fin-final, el Fin de *todas* las épocas. Y ello como acontecimientos catastróficos y «agónicos» (es de notar que el término «agonía» significa «lucha» al mismo tiempo que «final»), expresiones de una misma lucha de intensidad siempre creciente: «Iglesia-Anti-iglesia; Cristo-Anti-cristo».

Así pues, no se equivocaron advirtiendo sobre la inminencia del Fin. Se pueden haber equivocado al preverlo Fin-final. Pero ¿quién no tiende a identificar el fin de todo aquello que le es familiar en su contemporaneidad, con el Fin de todo?

Pero por otra parte todavía, si aquellos se equivocaron al entender lo que era Fin-parcial como Fin-final fue, sin duda, porque siendo signo lo primero de lo segundo, se le parece. Y si, como hemos dicho, hay en esto una progresión de gravedad creciente, los fines parciales más próximos se asemejarán al Fin-final cada vez más. Y el equívoco será cada vez menor, hasta que deje de serlo en absoluto. Como ha dicho humorosamente nuestro único «profeta nacional», el padre L. Castellani, varias veces la Cristiandad ha temido ya estar delante de «la Hora temida y el Día definitivo [...] y se ha equivocado; pero algún día no se equivocará»<sup>2</sup> y «se cumplirá quizás (el Fin) en forma completa por nosotros, que pensamos menos en el Fin del Mundo que los primeros cristianos. ¡Y sin duda estamos más cerca que ellos!».<sup>3</sup>

Habiendo hecho las anteriores salvedades, con respecto a qué es lo que entiendo por Segunda Venida, y cuál es el valor de certeza que ha de asignarse a lo que son sus signos, añado ahora cuál debe ser la actitud del cristiano a su respecto. Atender a los «signos» del Segundo Advenimiento, auscultar los tiempos que nos tocan vivir bajo esa perspectiva, es una *obligación seria* para todo fiel cristiano que se tome *el Evangelio en serio*. Porque allí se nos dice que hemos de estar preparados; y debemos estar preparados, precisamen-

2. *El Evangelio de Jesucristo*, «Domingo 1º de Adviento».

3. *Cristo, ¿vuelve o no vuelve?*, «¿Está cerca la Parusia?».

te, porque nadie sabe el día ni la hora. Y porque no sabemos con precisión el día ni la hora, por eso debemos estar en todo momento *atentos a los signos*. («Si el amo de la casa supiera a qué hora viene el ladrón» podría irse a dormir tranquilo y, digamos, «poner el despertador» quince minutos antes... pero no lo sabemos, y por eso debemos estar siempre preparados.) Pero se nos ha advertido también que hay tiempos en que esto se hace más urgente y necesario. Tiempos en los que los signos serán más significativos, más alertadores. Con respecto a la previsión de la estación veraniega, al saber de antemano que el verano llegará, a esto en *toda* estación anterior *lo sabemos*. Pero no «nos preparamos» para él, porque no está cerca; aunque sepamos que sin duda vendrá, podemos prescindir de ello «tranquilamente». Pero cuando vemos en primavera abultarse las yemas y comenzar a brotar los árboles, entonces sabemos que el verano está cerca. Y sobre esta comparación concluye Nuestro Señor: «cuando veáis que todo esto sucede, sabed que el Fin está cerca, que está a las puertas».<sup>4</sup>

Los signos son, pues, solamente esto: signos. Nos dan una probabilidad, quizás una alta probabilidad, *no una certidumbre*. (Y por eso yo someto todo lo que diré al juicio autorizado de la Santa Madre Iglesia; pero ella a su vez ha de admitirme que yo exprese mi opinión, siempre bajo esta forma de opinión revisable.) La certidumbre de un hecho futuro que depende de la libre voluntad, divina o humana, esa certidumbre sólo puede darla la misma ocurrencia del hecho, es decir, cuando él deja de ser futuro. Pero sería necio, y de necedad culpable, no atender a los signos, no valorar la inminencia que nos atestiguan.

\* \* \*

¿Cuáles son, pues, para nosotros, los signos más relevantes como indicadores de la «consumación de los Tiempos» en perspectiva cristiana, es decir, indicadores de que Cristo vuelve pronto, como Señor y Juez de la Historia, para instaurar «nuevos cielos y nueva Tierra»?

Me perdonarán lo que pueda apare-

cer como presunción de «profeta», pero es el caso de que yo veo *varios*. Me detendré en los más importantes, ateniéndome a los que la Sagrada Escritura me revela y a los que mi propia reflexión filosófica y teológica me sugiere sobre el juicio de la historia presente.

Veo signos en dos partes: en la figura del *Mundo* actual, y en la de la Iglesia. Aludiré a ellos en ese orden, aunque la delimitación de las dos áreas—lo que sería el plano de la historia humana y natural, y el de la religiosa o sobrenatural—no sea, en todos los casos, del todo clara.

¿Que veo, en primer lugar, en el *Mundo* actual, qué característica de él que, atento a lo que me parece comprender con mi inteligencia, y a lo que me enseñan las Escrituras, me sugiere la inminencia de un retorno de Cristo «en Gloria y Majestad»?

Veo varias cosas—tantas, que cuando reflexiono sobre ellas, me atosigan y dificultan mi elección de las más significativas. Veo en el Mundo de hoy, en este Mundo «globalizado», sujeto a una única forma de dominación legal que es la democracia de la «opinión pública», y a una única forma de dominación real que es el Poder del Dinero; en este Mundo hambreado en su mayor extensión que llaman «tercer mundo», plétorico y corrompido en sus zonas privilegiadas del «primer mundo», en este Mundo moderno que está próximo a ser «pacificado» en las referidas condiciones, veo estas cosas que han sido anunciadas en las Escrituras y previstas por los Santos Padres, a saber:

a) Que lo que en las Escrituras es llamado el «tiempo de las Naciones» parece cumplido. La política ha dejado de ejercerse de un modo limitado y plural, para acercarse a un tipo de dominación que es ilimitado y universal y del cual, por lo tanto, nadie podrá sustraerse. La sede para lo que en el lenguaje evangélico puede llamarse el «príncipe de este Mundo» está preparada, y sólo espera a llamado para sentarse en ella. La Humanidad ha aceptado ya, pacíficamente, la cancelación de las Naciones y de las Patrias, y aspira a lo que se anuncia en su reemplazo: la instauración de un Poder Mundial, cuya manifestación más patente es hoy la extensión universal del poder de dictar justicia. La vigencia de un Tribunal mundial (ya no tiene sentido hablar de

Tribunal internacional, dada la inexistencia real de las Naciones), por encima del marco jurídico-legal de los Estados, es ya casi un hecho. Lo que hasta ayer nomás era repudiado como inadmisibles ingerencias en lo que es la expresión vital de la soberanía, hoy tiende a ser admitido por todos con beneplácito. Esto sugiere la aproximación de una ominosa realidad profetizada: la desaparición de toda posibilidad de asilo extrajurisdiccional para cualquiera que desafíe las directivas del Poder Mundial. Un Poder inmensamente eficaz, y extendido universalmente, se cierne sobre el hombre de este recién comenzado Milenio.

Pero veo además, b) destacándose sobre esta inmensa jurisdicción universal, la figura de un tipo inédito de *Poder*, oscuramente sugerida por S. Pablo en *II Tes 2, 3*.

Hay elementos, en este Poder, que parecen paliar la gravedad de su yugo sobre aquellos que le sean refractarios. Ya está dicho: esta nueva forma del Poder universal se ejerce bajo el auspicio de una ideología aparentemente benévola: es la ideología de la democracia individualista, supuestamente tolerante y enemiga de todo tipo de coacción o violencia. Nada hay, en la figura del Poder que se avecina, que lo emparente con las distintas formas de tiranías *conocidas*. Ciertamente, los profetas y padres antiguos siempre han atribuido, al poder perseguidor de los cristianos de los últimos tiempos, *las mismas* características de las tiranías tradicionales: poderes ejercidos por la coacción y la violencia, de los cuales el «tipo» ha sido siempre el del Imperio Romano. ¿Sugiere acaso, esta faz del mundo político presente, la aproximación de un Tirano con esas características? ¿Es concebible, a corto plazo, la instauración de un Imperio Perseguidor ejerciendo una persecución sangrienta sobre los cristianos?

Debemos reconocer que no. Y, sin embargo, computando todas las restantes características de nuestro mundo político, se debe alertar que la ausencia de esta figura de crueldad y violencia en el Poder que se avecina es un motivo más bien para un *redoblado temor* que para la tranquila confianza. Se ha de ser sumamente cauto al respecto. Porque es, precisamente, la Mentira o la Simulación la nota más propia de este mundo político. Y es la Mentira y la

4. Mt 24,32.

Simulación la nota identificadora del mayor enemigo de Cristo.

Es nuestro Mundo político, en efecto, un Mundo «democrático» que, por serlo, dice haber erradicado toda forma de dominación «del hombre sobre el hombre». Pero propósitos utópicos o «angelistas» como éste, suelen derivar precisamente en el opuesto a lo que pregonan («*Qui fait l'ange* –ha dicho Pascal– *fait la bête*»). Y es que, como hemos añadido, esta nuestra democracia es la democracia «de la opinión pública». Un régimen en que la «opinión pública» gobierna. Y ¿quién es este «personaje»? En realidad, es bajo su dominio bajo el que se ha de establecer, a mi entender, la forma más intensa y omnímoda de dominación sobre los hombres, sobre los hombres reales. La «opinión pública» es un engendro genial, surgido de las usinas de dominación política de nuestro tiempo. ¿Qué, o quién, es ella? No siendo opinión ni voluntad de nadie en particular, la «opinión pública» es opinión y voluntad de *todos*. Y ¿quién es, o quién representa a ese «todos»? Ya sabemos en qué usinas o laboratorios se fabrica esa «opinión de todos». Aunque sean muchos los que saben que en esos centros se «cocina» lo que ha de ser tenido por «opinión pública», nadie se atreve jamás a decirlo, porque aquéllos representan al todo, y *cada uno* es, por su parte, una diminuta hormiga frente al todo. Ved lo que normalmente ocurre. Se lanza una consigna de opinión, sea por ejemplo: «los jóvenes no deben ser oprimidos por los padres» y, entonces, aunque cada padre –o aun la mayoría de ellos– opine lo contrario en su fuero interno, ¿qué padre –me pregunto– se atreve a expresar su opinión públicamente, por ejemplo frente a un periodista encuestador, desafiando así a lo que es «opinión pública»? Así la «opinión pública» no es la de nadie en particular; no es tampoco la suma de opiniones particulares o su mayoría, *pero es la de todos*. Y como cada uno se siente débil y amedrentado frente a ella, a los efectos prácticos esta opinión de todos, que no es la de los individuos en particular, *termina por serlo*. Porque este hábito de adecuar la propia opinión a lo que se espera que ella sea, termina por anular, en el hombre común, su misma opinión propia y «privada», y el hombre que se reservaba su opinión secreta, ya ni en el secreto la conserva.

Entendámoslo bien: aunque sea atípico como expresión de Poder político, *este Poder es inmenso*; es más poderoso que todo lo que han sido los más terribles poderes asentados sobre la fuerza de las armas y la violencia. Es un Poder que no necesita violentar la voluntad porque ya, sutilmente, ha violentado las conciencias. (Un caso reciente muestra la superioridad de este Poder con respecto al Poder asentado en la violencia: durante la caída del Poder soviético hubo un momento, que muchos recordarán, en el que los tanques del temible ejército rojo salieron a la calle a reprimir. Pero la asonada militar duró poco: sólo el tiempo suficiente para que los camarógrafos de la TV internacional enfocaran sus cámaras sobre las torretas de las columnas blindadas. Bastó que sus ocupantes se supieran observados por la «opinión pública internacional» para que volvieran como corderos a sus bases de partida).

No por el hecho de que «no nos damos cuenta» de la fuerza de este Poder ello deja de ser así. Es al revés: el hecho de no darnos cuenta de él es lo que lo hace más temible y poderoso. Sobre todo, más efectivo.

Ahora bien, esto es un signo, un signo «ominoso». Signo de que se aproxima un Poder antes desconocido,<sup>5</sup> un Poder que rompe los moldes de todo poder político que se ha dado en la historia, que no tiene antecedentes, porque todos esos poderes históricos, aun siendo perversos en muchos casos, no dejaban de responder a ciertos datos de lo que es la *naturaleza* política del hombre. Y este nuevo Poder atípico no es un Poder meramente natural. Es antinatural; o quizás *preternatural*. Para mi olfato, «huele» a Infierno, por la sencilla razón de que está basado en la Mentira: la mentira de un poder que pregona públicamente la erradicación del poder, y que lo ejerce en realidad de un modo disimulado que impide toda posibilidad de control.

Es bajo esta forma de Poder, como creo que hemos de representarnos lo que ha de ser el Poder del Enemigo de Cristo, digámoslo llanamente, del Anti-cristo. Éste, a quien el Apóstol ha

5. La *atipicidad* de este Poder que ya se ejerce, pero que como forma manifiesta *se avecina*, es, también, un signo. Hemos encontrado recientemente en Newman una confirmación de ello.

nombrado con el enigmático mote de «*anomos*».

¿Por qué digo del Anti-cristo? Lo digo porque el Anti-cristo *se parecerá a Cristo*. Se parecerá, sin duda que de un modo perverso, siendo como será, su mayor Enemigo, y el de sus fieles, pero se parecerá. Aquí debo apartarme algo de la perspectiva meramente humana y terrena y debo aludir a la religiosa y sobrenatural. El Anti-cristo así prefigurado, se parece a Cristo, porque también el Poder de Cristo es un Poder universal, como lo es el poder «globalizado»; se parece a Cristo porque también el Poder de Cristo es un «yugo suave», como lo es el «gobierno democrático de la opinión pública»; se parece a Cristo porque también Él predicó la hermandad de todos los hombres por encima de sus vínculos locales, nacionales o familiares como lo hace, nuevamente, el poder globalizado. Y este parecido con Cristo, parecido tramposo y por el cual serán seducidos muchos cristianos, se acrecienta cada vez que la propia Iglesia de Cristo, la Iglesia visible en muchas de sus instancias jerárquicas asume y hace propias algunas de las consignas del Mundo (pero esto pertenece al tema de la segunda parte).

Está dicho que el Anti-cristo se parecerá a Cristo. Será, sin duda, sin embargo, su diametral oposición. Y se ha de estar alertados sobre la acción del Enemigo de Cristo, acción que es un anticipo de la Venida de Cristo; es aquí donde debemos aguzar nuestra mirada crítica. Aquí donde deberíamos ser «asustados como serpientes». Porque el peor enemigo es, siempre, aquél que no se muestra como tal sino que se disimula. Así pues, el Poder supremamente anticristiano *no se mostrará como tal*. Está escrito sobre el Anti-cristo, en las epístolas de San Juan, que él «salió de entre nosotros, pero no es de los nuestros».<sup>6</sup> El Anticristo, personificación última de la cultura moderna anticristiana, usa de los consignas cristianas. Su propia religión será –al decir de nuestro P. Castellani– un cristianismo *adulterado*. Ahora bien, no puede haber peor perversión que esto: la *adulteración* del cristianismo. Y es que «Anti-cristo» significa esto: el Anti-cristo no es algo o alguien «extraño a Cristo»;

6. I Jn 2,19.

no es mero «paganismo»; no es mero «agnosticismo». Es algo que *tiene que ver con Cristo*. Es Cristo –por así decirlo– *invertido*.

Ahora bien, si hemos hablado del parecido con Cristo, debemos destacar también cuál es el núcleo de su oposición diametral con Cristo. Esto también ha sido anunciado para nosotros, para que no caigamos en su trampa. ¿Qué es ello?: «Vine en nombre de mi Padre –dice el Señor– y no me recibisteis, pero vendrá otro en su propio nombre, y a éste lo recibiréis». <sup>7</sup> Y, efectivamente, la religión y el culto del mundo moderno, basamento del Nuevo Poder que se acerca no es otro que la religión y el culto *del hombre*, es el culto de este que viene en nombre de sí mismo: *en nombre del hombre*. El culto de Dios Padre, que Cristo nos ha revelado, es sustituido por el culto y la adoración del hombre. Esto está a la vista de todos. «Derechos humanos», éste es el valor supremo de la cultura y la política actuales. «Derechos humanos» sobre toda ley, sobre todo orden; derechos humanos por encima de toda sujeción religiosa. Porque «religión» significa sumisión, ligamen; pero la «religión del hombre» ha roto todo ligamen y todo vínculo de dependencia.

Paradójicamente, sin embargo, esta ruptura de toda sujeción por parte del hombre, está derivando hacia la más tremenda de las sujeciones. Rechazada la sujeción al Padre, vendrá la sujeción a este nuevo «hijo de hombre» que no es sino el «hijo de la perdición». Porque el hombre es, por naturaleza, un ser dependiente, y cuando rechaza su dependencia natural y legítima, termina atándose a dependencias aberrantes.

Todo esto que destacamos de nuestro Mundo es «signo»: signo de que estamos en los umbrales de una nueva persecución de caracteres inéditos. Este nuevo Poder perseguidor no vendrá, quizás, con látigo y cachiporra, pero llegará a ejercerse de un modo mucho más sutil sobre nuestras conciencias y sobre nuestras almas. *No excluyo tampoco al látigo y cochiporra*, que quizás de todos modos vuelvan a usarse, si es que los fieles resisten hasta el final el asalto y violación de las conciencias. Debo confesar, sin embargo, que no me es fácil de representar, hoy, la figura de un Poder anticristiano *duro y violento*. No me es fácil verlo a partir de los ca-

acteres del Mundo que nos rodea, donde rige la «tolerancia», la «no-violencia» y el «pacifismo», y el reconocimiento universal de los derechos humanos. Que no me sea fácil verlo no quiere decir que niegue su posibilidad. Más bien tiendo a afirmar lo contrario: que de algún modo volverá el Poder violento. Que volverá la crueldad manifiesta, el castigo corporal y la pena de muerte, en el marco y bajo los auspicios del Poder «democrático», que volverá contra los refractarios a ese Poder. Creo que volverá esto, pero no lo veo.

No veo el «cómo». Y ello porque no veo cómo una persecución así pueda llegar a ejercerse sin un *marco legal coactivo*. Y esto es lo que hoy tiende a desaparecer por el imperio del propio principio de legitimación del poder. En el régimen político actual, el mismo principio de «legalidad» se está diluyendo. No es que no existan las leyes, ni que ellas tiendan a desaparecer. Pero en el régimen actual de gobierno de la «opinión pública» las leyes pierden perdurabilidad: son, cada vez más, expresión *temporaria y modificable* de esta misma «opinión pública». Más aún, lo propio y característico de la ley, que es su autoridad para ligar (ob-ligar) a la voluntad, está negado por todo el aparato jurídico y moral de nuestro tiempo, que precisamente excluye toda sujeción y límite, toda *heteronomía* de la voluntad. Las leyes son cada vez más «leyes permisivas» (como la ley de divorcio, o las anti-discriminatorias), lo cual constituye, sin duda, una «*contradictio in terminis*».

Consecuentemente con lo expuesto, me cuesta representarme la posibilidad de una manifestación política personal de poder violento, al estilo de un «*Imperator*» o de un tirano convencional. Me cuesta representarme a un «Anti-cristo» como dominador personal, *ungido* por esta forma de legalidad.

Y, sin embargo, esto mismo que hemos destacado en la nueva estructura jurídica, la dilución del «principio legal», *coincide asombrosamente con una de las notas con los que San Pablo caracteriza al que será «hijo de perdición» y perseguidor final de Cristo*. Dice, en efecto, el Apóstol, que en los tiempos postreros «se manifestará el *a-nomos*, el hijo de perdición». <sup>8</sup> «*A-nomos*» significa «sin ley», o «negador

de la ley»; y en esa línea, «*a-nomia*» significaría «negación de la ley» o «ausencia de ley». La expresión, que puede entenderse, sin duda, en el sentido de «hombre salvaje», o «incivilizado», puede significar también, más sutilmente, lo que estoy tratando de explicar: el tipo de hombre de la moderna democracia individualista, del cual el Anti-cristo sería expresión suprema. Porque la «*a-nomia*» como negación del principio legal (que es el de la sujeción de la voluntad humana a la norma, a cualquier norma, buena o mala) es, precisamente, la característica más distintiva de la nueva juridicidad y de la nueva moral cívica. Y, así, el «*a-nomos*» de hoy no es ya más el «salvaje», el hombre cerril que huye de la convivencia ciudadana porque no puede someterse a sus contenciones sino, al revés, es el *hombre civilizado mismo*. Que es tanto más «*a-nomos*» cuanto más civilizado es; que lo es, precisamente, en virtud y por obra de esta civilización de la «*a-nomia*».

Intente entender esto, cada cual, aplicando su inteligencia con ayuda de la Gracia para la intelección del signo profético. Para mí es evidente, de todos modos, que aquí se da un signo que nos alerta sobre la inminencia de un Poder Perseguidor –perseguidor y corruptor– de caracteres absolutamente novedosos, *inédito*. De un Poder de jurisdicción omnímoda y universal que, con afectada tolerancia, ha de ejercerse sobre quienes todavía lo resistan, *sin contención legal alguna*.

Pero si hemos dicha que sería «inédita» una forma de Poder así, también y por la misma razón, sería inédito el Desenlace de la persecución que ejerciera. Y esto mismo me lleva a sospechar su carácter «postrero». El Desenlace de la última Persecución es el Triunfo de Cristo «adveniente» y, con Él, el de sus fieles. Tanto mayor será el Triunfo cuanto más grave haya sido la Persecución; y tan «inédito» o impensable será el primero, cuanto inédito e impensable hubiera sido la segunda. «Impensable e inédito», esto es, imposible de representárnoslo claramente a partir de nuestros datos comunes de experiencia. Y esto es lo que me sugiere su carácter de Fin-Final, es decir, postrero. Porque de nuestro destino *final* está predicho que será asombroso y «pasmante»: «lo que ni ojo humano vio, ni oído oyó, eso tiene preparado Dios para los que le aman».

7. Jn 5,43.

8. II Tes 2,3.

# CRISTIANDAD

hace  
cincuenta años

J. M<sup>a</sup> P. S.

## *Pío X: «Sobrenaturalizarlo todo»*

*En el número de septiembre de 1951 CRISTIANDAD se hacía eco de la reciente beatificación del papa Pío X, que había tenido lugar el 3 de junio de aquel año. En nuestro número de junio ya recordábamos esta efeméride reproduciendo el decreto de beatificación del papa Pío XII –que posteriormente también lo canonizaría–. Dada la figura inmensa del papa José Sarto, san Pío X, y su trascendental importancia para la regeneración de la Iglesia, volvemos hoy sobre el tema reproduciendo un artículo que nuestra revista hace cincuenta años tomaba, a su vez, de la prestigiosa revista Civiltà Catòlica firmado por el padre A. Martini, S.I.*

*Dos vertientes fundamentales de un mismo principio constituyen y resumen el pontificado fecundo de Pío X. En primer lugar –y por encima de todo– procuró la preeminencia de lo sobrenatural, en todas las dimensiones de la vida de la Iglesia, pues su fin no es sino la salvación del hombre, que viene únicamente por Jesucristo. De ahí la divisa y el lema del Santo Padre: Instaurare*

*omnia in Christo. En segundo lugar, atendida la situación real del mundo, condenó las desviaciones doctrinales que atacaban a la raíz misma de la doctrina de la Iglesia, al pretender reducir la religión a la experiencia humana de lo absoluto como algo emanado de las mismas facultades humanas. De ahí el Decreto Lamentabili y la encíclica Pascendi de 1907.*

*Al igual que su antecesor, el hoy ya beato Pío IX, antepuso la causa de Dios a su propio prestigio e incluso a su propio carácter. En efecto, Dios dispuso que fueran los dos papas más mansos y caritativos que señalaran con valentía los errores modernos que están abocando el mundo entero –bajo el nombre de «civilización occidental», que pretende sustituir a la civilización cristiana– a la desesperación y a la ruina por negación de la misericordia divina que quiere, nada menos, que la divinización del hombre, único fin que puede dar sentido y agradecimiento infinito a la vida humana que Él ha creado.*

## PÍO X, VIVO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

### **El diagnóstico del beato Contardo Ferrini**

Una feliz coincidencia unió en el día 3 del pasado junio dos momentos capitales en la vida de José Sarto, el Beato Papa Pío X. Mientras en el lejano 1835, él, nacido el día anterior, recibiendo el santo Bautismo, venía a ser por la vida de la gracia que se le infundía, candidato a la bienaventuranza eterna, el 3 de junio de este año la voz de la Iglesia, en la persona del Vicario de Jesucristo, lo ha proclamado vivo entre los bienaventurados del cielo y lo ha propuesto a los fieles como modelo y protector en su peregrinación terrena.

Desde su destinación a la vida celestial hasta la solemne confirmación de haberse cumplido su llegada, han transcurrido ciento dieciséis años, y mientras su vida corporal creció y se desarrolló hasta consumarse en 1914, su alma y su espíritu no han sido sepultados en una tumba, ni se abismaron exclusivamente en Dios para gozar del premio de sus méritos y de sus fatigas, sino que han continuado vivos y activos entre el pueblo cristiano.

Pío XI lo sentía hablar todavía a la Iglesia toda, cuan-

do inauguraba el 28 de junio de 1923 el monumento fúnebre en la basílica de San Pedro; vivo en el recuerdo de todo el mundo lo proclamaba Pío XII a los peregrinos vénetos el 19 de agosto de 1939, a los veinticinco años de su muerte; y maravillosamente presente lo hemos sentido aquella tarde conmovedora y triunfal de su exaltación, cuando una vez más la plaza resultó pequeña para contener las multitudes que representaban los millones de fieles que, desde los días de su vida, han sentido en él la santidad, y han invocado su sanción suprema con un movimiento singular aun en el mismo curso de la historia de la Iglesia. Puesto que se puede afirmar justamente que el pueblo cristiano ha empujado adelante esta causa de beatificación, aquel pueblo que ha hecho de las criptas vaticanas un devoto santuario, y que en la Basílica concebida sobre todo como el más sugestivo ambiente para dar a la tierra una imagen del esplendor de las liturgias celestiales, ha llevado un aliento de intimidad, de recogimiento, cuando ante la tumba olvida todo brillo del arte y se recoge en oración.

Un Papa santo, en la vida y en las obras. Santo y

santificante, puesto que, lleno de Dios en su alma, lo hacía sentir, haciendo mejores a cuantos, directa e indirectamente, se acercaban a él.

Así lo comprendieron, en su vida y en su muerte, el pueblo fiel, la jerarquía, los políticos, los mismos adversarios más encarnizados. Este consentimiento singularmente unánime continúa hoy todavía y explica la extraordinaria popularidad de la devoción hacia él. Si es lícito, después de casi ya cuatro decenios de su muerte, formular el que será el juicio de la historia especialmente acerca de su Pontificado, apoyándonos en cuanto se ha dicho, hay que decir que Pío X, correspondiendo a las más íntimas necesidades de la Iglesia en su tiempo, ha sido un Papa santo y santificador, y como tal ha marcado el carácter a un período no breve de la historia de la Iglesia.

El Beato Contardo Ferrini, había intuido esta verdad. Pensando en el sucesor de León XIII, escribía que *«a la ciencia, a la segura penetración, al arte delicadísimo de aquél, podía ser necesario, cuando se hubiesen cumplido los designios de la Providencia, que le sucediese una vuelta más patente a las virtudes evangélicas de los tiempos apostólicos, a la bondad, a la caridad, a la pobreza de espíritu, a la mansedumbre»*. No se podía diagnosticar mejor el estado de la vida eclesiástica, ni formular mejor augurio sobre el futuro Papa que Dios se había preparado en la sencillez campesina, en una región donde tres siglos antes tantas fuerzas de renovación habían trabajado en hacer del Evangelio el alma de todo un pueblo.

### **El peligro fundamental que amenazaba al Cristianismo**

El Beato Contardo Ferrini lo había visto bien. La Iglesia, el catolicismo en el umbral del siglo xx tenían necesidad de un llamamiento fuerte y salvador a lo único necesario, a las fuentes interiores que en todo tiempo condicionan la eficacia de la actividad y la mantienen en los cauces benéficos establecidos por Dios.

León XIII, en sus inmortales Encíclicas, había afrontado y resuelto en sus puntos fundamentales las cuestiones más grandes que se presentaban a la Iglesia en la sociedad moderna, democrática, económica, crítica y cientista. Establecidos los confines entre lo inaceptable y lo justo en las tendencias contemporáneas, así intelectuales como prácticas, no había vacilado en emprender caminos de conciliación hacia los regímenes políticos y había abierto a los católicos el campo de las actividades sociales, invitándoles a fecundarlo con la doctrina de la Iglesia y la actuación de su celo, como no había tampoco vacilado en incitar a pensadores y estudiosos a apropiarse las conquistas de todas las ciencias para tender a una nueva síntesis cristiana de la ciencia y de la fe. Siguiendo con fervor y arrojo tales directivas, pudieron los católicos conseguir conquistas y victorias volviendo poco a poco a ocu-

par posiciones perdidas y alcanzando otras nuevas, hasta entonces cerradas a su actividad.

Pero el espíritu del siglo, con el cual tenían que enfrentarse, era mucho más péfido de cuanto sospechaban la mayoría de ellos. Era el espíritu de negación de lo sobrenatural, de alejamiento de la religiosidad tradicional, de disolución de aquélla en la nebulosidad de un sentimiento incapaz de resistir a la corrosión de una exigencia positivista despiadadamente crítica en sus investigaciones.

Amenazaba gravemente el peligro de la disolución de lo sobrenatural en la piedad y en la vida cristiana, en la ciencia eclesiástica y en la misma actividad de los católicos. No es posible aquí aventurarse en el examen de estas afirmaciones, pero para darse cuenta de la complejidad de las circunstancias y de la realidad concreta en las corrientes del cristianismo bastará indicar algunos hechos. El idealismo había ya sentenciado la condenación de la racionalidad en la religión degradando ésta a sentimiento ciego e instintivo, mientras el positivismo elaboraba el catálogo de las formas históricas de las religiones, reduciendo el cristianismo a un sincretismo de éstas. El mundo social y politicoeconómico evolucionaba hacia una liberación del individuo de toda regla moral para empujarle a la producción, conquista y posesión de una masa de bienes materiales, en la falaz esperanza de que encontraría en ello la plena satisfacción de sus más íntimas exigencias. Frente al triste espectáculo de la miseria y de las diferencias sociales, era fácil en la práctica, si no en la teoría, ser arrastrado a creer que el cambio de aquellas condiciones y la eliminación de aquellos males constituían el objetivo supremo a conseguir. En un tiempo de dinamismo y activismo siempre más acentuado, podía insinuarse sin querer un desprecio o a lo menos un alejamiento práctico de las virtudes más contemplativas, de la oración, del mayor aprecio reservado para los bienes del cielo. Como el mundo enemigo de la Iglesia aspiraba declaradamente a construirse su paraíso en la tierra, despreciando el cielo, también los católicos que daban en tales ambientes sus primeros pasos corrían el peligro de invertir sus ideales o no asegurar en la práctica y aun en la estimación teórica la primacía de los valores sobrenaturales. Era grande el peligro, en medio de un mundo emancipado, de no dar a Dios el puesto que le corresponde.

La condenación del «americanismo» por León XIII había sido una señal de alarma. El peligro, evitado en parte, no fue, sin embargo, eliminado. Un estado de ánimo incierto e indefinido se fue creando poco a poco en el seno de la Iglesia, en lo referente a las ciencias sagradas, así como en lo concerniente al gobierno de las almas y a las iniciativas católicas, precisamente cuando el laicismo del siglo, hijo de la revolución, se preparaba, en las regiones que habían permanecido fieles al Vicario de Cristo después de la defección protestante, a dar sus últimos golpes para intentar destruir su influjo y su misma existencia.

## El llamamiento a la supremacía de lo sobrenatural

Si se puede hablar de una necesidad histórica, que se venía madurando en aquellos años, se debe decir que el catolicismo necesitaba un nuevo llamamiento, alto, solemne, fuerte, a la primacía de lo sobrenatural, a la exigencia de poner a Dios en primer término y de no transigir nunca en lo que toca a sus derechos, a costa de perder incluso toda ventaja humana y mundana. Era urgente una nueva afirmación eficaz de los principios eternos del Evangelio, renovando en todo el cuerpo de la Iglesia el contacto con las verdaderas fuentes de la vida.

A estas exigencias respondió plenamente Pío X. Solía él mismo definirse en las varias etapas de su vida como un cura, un obispo, un cardenal de aldea; aun como Pontífice continuaba llamándose un pobre cura de aldea que sabía poco, pero tenía también un tan grande genio humano que acertó a conocer en concreto las raíces ocultas de los males, y tanta profundidad espiritual para comprender que era sólo uno el remedio para rejuvenecer a la Iglesia, esto es, adaptarla a las necesidades de los tiempos y sanar así toda la sociedad: *«Instaurare omnia in Christo»*, como se propuso por programa, y acercarse a las ruinas y a los orgullosos moribundos que se creían sanos, para llevarles a Jesús. Era la convicción que se había formado desde sus estudios en el seminario, y que había confirmado en su experiencia pastoral: el mundo no se sana, no se renueva sin Dios y sin Jesús.

Lo había escrito con toda claridad en una carta pastoral como obispo de Mantua (1885-1894): *«Es preciso combatir el delito capital de la época moderna que quisiera sacrilegamente sustituir a Dios por el hombre, es preciso iluminar con los preceptos y consejos evangélicos y con las instituciones de la Iglesia todos los problemas que el Evangelio y la Iglesia han resuelto luminosa y triunfalmente: educación, familia, propiedad, derechos y deberes; restablecer el equilibrio cristiano entre las diversas clases de la sociedad; pacificar la tierra y poblar el cielo: he aquí la misión que yo debo realizar entre vosotros, volviendo a colocarlo todo bajo el imperio de Dios, de Jesucristo y de su Vicario en la tierra, el Papa»*. Y en su primera Encíclica volvía sobre lo mismo con estas expresiones: *«Proclamamos que no tenemos, en el supremo Pontificado, otro programa sino éste: restaurar todas las cosas en Cristo de modo que sea Cristo todo en todas las cosas»*, y además: *«Afirmamos que Nos no queremos ser, ni con la ayuda divina seremos otra cosa ante la sociedad humana sino el Ministro de Dios, de cuya autoridad somos depositarios. Los intereses de Dios serán nuestros intereses, y por ello estamos resueltos a consumir todas nuestras fuerzas y la vida misma. Por lo tanto, si alguien reclama de Nos una consigna que sea la expresión de Nuestra voluntad, ésta daremos siempre y no otra: restaurar todas las cosas en Cristo»*.

## ¿Medievalismo e intransigencia? El cáliz de la soledad

Hubo quien definió este programa como un repliegue del catolicismo sobre sí mismo, un separarse netamente del mundo y de la sociedad, ni faltó quien tachase de medievalismo el ideal del Papa en su pretensión de hacer de nuevo cristiana la sociedad. Estas observaciones tienen una parte de verdad, en el sentido únicamente que volviendo con ardor a las fuentes de la propia espiritualidad la Iglesia debía trazar una línea de neta distinción entre el mundo y reforzar de nuevo situaciones y posiciones propias no sólo de la Edad Media sino de toda su tradición más auténtica. El mérito de Pío X fue y es precisamente el haber diagnosticado las verdaderas causas de todo florecimiento del cristianismo y de haber trabajado sin descanso para volver a ponerlas en acción para el verdadero bien de la sociedad contemporánea.

Este programa llevaba consigo luchas, dolores, actos de firmeza y tal vez de intransigencia. Reclamaba para esto un carácter de combatiente, el valor para perseverar en el propio camino incluso abandonado de todos, gustando hasta el fondo el cáliz amargo de la incompreensión aun por parte de los más fieles, el heroísmo de gustar el cáliz de la soledad. Pío X no vaciló. Bajo la mansedumbre, la humildad y la apacibilidad de sus maneras se ocultaba un ánimo diamantino, con un singular don de gobierno y un sentido altísimo de la autoridad. Pudo parecer a veces como vacilante entre su deseo de contentar y consolar, condescendiendo a todos, y la rigidez del capitán que persigue inflexiblemente su meta; se ha hablado incluso de un dualismo latente e incurable en su personalidad y acción. Pero si se profundiza más allá de lo superficial, en el fondo de su alma no tardará en comprenderse cómo el heroísmo constante de su virtud y el contacto continuo con Dios hacían en él connatural lo divino, en armoniosa conciliación con los sentimientos más noblemente humanos.

Siempre pronto a condescender, a consolar y a suavizar, no transigía empero de ningún modo cuando el honor o los intereses de Dios corrían el peligro de ser lesionados o solamente disminuidos.

Anotó con mucha propiedad Pastor en su Diario el día 10 de mayo de 1907: «En las cosas de la fe, Pío X es irremovible», y no por efecto de obstinación, sino por una persuasión iluminada por la oración y como corroborarla por una explícita confirmación del cielo.

Fue, pues, Pío X, como la Historia lo exigía, como la Iglesia lo reclamaba para las dificultades y las necesidades de los tiempos. Y no es su última gloria que lo podamos hoy contemplar nosotros como respondiendo de tal modo a la gravedad de los deberes y de las circunstancias en el fulgor de las virtudes sobrenaturales y de la riqueza de sus dotes humanas que lo ponen entre las figuras de los más grandes Pontífices.

CONTRAPORTADA

## ¿Y si la respuesta es Dios?

Después del 11 de septiembre, la tentación de excluir al otro, el «tú sobras», como manera de señalar al culpable, resulta irrefrenable. Para unos sobran los estadounidenses, para otros los musulmanes, y aprovechando el desaguado, surge el oportunista que quiere excluir a Dios, como responsable de todos los males, proclamando con extraña inocencia la bondad benévola del ateísmo. Esto es lo que intentaba Gregorio Morán en «¿Y si el problema es Dios?». Claro que no existe originalidad en el intento. Simplemente, digámoslo así, se «inspiraba» en un artículo previo de José Saramago. Nadie puede sorprenderse del razonamiento de Morán o de su precursor: ambos comparten el comunismo como fundamento cultural originario. Y esto lógicamente limita y condiciona la capacidad para interpretar los hechos. Por tanto, no cabe la sorpresa ante su discurso, pero sí en su atrevimiento, porque el siglo xx ya ha mostrado los resultados de la «liquidación de Dios».

El prólogo ocurrió doscientos años antes. La Revolución Francesa fue el primer intento de eliminar a Dios y, de paso, a sus creyentes. Y eso fue el genocidio de la Vendée, una región como una tercera parte de Cataluña, donde el 35% ciento de la población fue masacrada. 120.000 personas asesinadas en nombre de la Razón, 30.000 casas destruidas, las fuentes envenenadas, los campos arrasados. Se exterminó en masa, encerrando a los cristianos en grandes cajones arrojados al Loira. De Bretaña se desterraron a la Guayana a miles de personas, que en su mayoría murieron. O los 40.000 guillotinos y muertos en cárceles en sólo dos años, campesinos, obreros y pequeños burgueses en su inmensa mayoría. Esa fue una revolución sin Dios. El ejemplo contrario fue coetáneo: la revolución americana, llena de sentido religioso, triunfó sin guillotina ni masacres de inocentes.

Los otros intentos europeos de construir un estado sin Dios son mucho más recientes. El nazismo ocupó un período breve pero intensamente sangriento de nuestra historia, con el intento de cambiar a Dios por el pequeño ídolo de la raza aria. Pero la gran experiencia fue el comunismo, que, con la misma lógica que Morán aplica, determinó que Dios era «el problema». Luego, desde 1917 a 1989, mataron a 100 millones de personas en nombre de la razón del partido, de Estado. Lenin, Stalin, Mao, Pol Pot son algunos nombres ilustres de una larga saga de exterminadores que reinaron con el beneplácito cómplice de una parte de la intelectualidad europea. «Si Dios no existiera, todo estaría permitido», escribió Dostoievsky. Por eso el «archipiélago Gulag», sus inmensos campos de concentración y exterminio, fueron el resultado de un trabajo cotidiano, rutinario, que alimentaba a toda una población de diligentes funcionarios, que aplicaban despersonalizada y concienzudamente la ley.

Ante esa máquina de la razón de Estado, justificada en nombre de un «mundo mejor», sólo existió una defensa: la lucha por la religión, constructora de la conciencia personal, fundamento ético del Estado y horizonte de sentido de la democracia, como han explicado Masaryk y Havel. Y en eso estamos, porque estos son los hechos ante los que nadie, incluido Morán, puede mirar hacia otro lado. Los hechos dicen que el siglo xx, como escribe Andrea Ricardi, es el siglo de los mártires. De los mártires cristianos, los que mueren sin matar. Y por eso es también el siglo de los grandes exterminios practicados por los que quieren culpar a Dios de nuestros desatinos humanos.

JOSEP MIRÓ I ARDEVOL (*La Vanguardia*,  
29 de octubre de 2001)